Éric Vuillard

14 DE JULIO



La Historia suele contar la toma de la Bastilla desde el punto de vista de grandes personajes que, en realidad, nunca estuvieron allí: en esta obra, se cuenta la historia de quienes sí se hallaban allí ese preciso día, el célebre 14 de julio de 1789. Sus protagonistas eran gentes anónimas, impulsadas por el hambre, el malestar, la carestía de lo indispensable. Pero antes de seguir los pasos de estos desconocidos revolucionarios, Vuillard retrocede unos meses para relatar la rebelión de los trabajadores de las manufacturas Réveillon, que vieron recortados sus salarios, y cuya cruenta represión causó más muertos que los del 14 de julio. También se detiene en narrar cómo se vivía en esos momentos en la gran corte de Versalles, así como el trasfondo económico y social que provocó el levantamiento. Pero sobre todo sigue, hora a hora, de manera vibrante y apasionada, cómo individuos sin derechos convulsionaron un régimen arcaico para dar un nuevo sentido a la historia. Y relatar la historia, advierte el autor, «es una manera de mirar el presente».

Éric Vuillard

14 de julio

ePub r1.0
Titivillus 08.06.2020

Título original: *14 Juillet*
Éric Vuillard, 2016
Traducción: Javier Albiñana Serain

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Sobre el autor

Para Lucie

La *folie* Titon

Una *folie* es una casa de recreo, extravagancia de arquitecto, desmesura principesca. Su porte ligero, delicado, y el libertinaje de las luces a través de las innumerables ventanas anuncian el reino burgués de la segunda residencia. Imita las villas de Palladio, es un Vitruvio para empresario, un Alberti de petimetre. Pero de entre todas las *folies* que se construyeron en Francia, en la Borgoña y en la región de Burdeos, cerca de Montpellier, a orillas del Loira, pabellones delirantes, coquetos jardines, con sus islas de magnolios y sus cuevas de musgo, donde enjambres de sombrillas se desperdigan por las avenidas, fue la *folie* Titon la que, en las postrimerías del Antiguo Régimen, dio que hablar. Su gloria reside en haber visto despegar un globo Montgolfier con dos hombres en su barquilla por vez primera en la historia del mundo. El papel que envolvía el globo procedía de la manufactura Réveillon, instalada en la *folie* Titon, en la barriada de Saint-Antoine, en París. Su segunda gloria fue la última. El 23 de abril de 1789, Jean-Baptiste Réveillon, propietario de la manufactura real de papeles pintados, se dirige a la asamblea electoral de su distrito, y exige una bajada de salarios. Emplea a más de trescientos trabajadores en su fábrica, en la rue de Montreuil. En un momento de relajación y de pasmosa franqueza, afirma que los obreros pueden vivir sobradamente con quince sueldos en vez de con veinte, que algunos tienen *los bolsillos llenos* y pronto serán más ricos que él. Réveillon es el rey del papel pintado, lo exporta al mundo entero, pero la competencia es feroz; le gustaría que la mano de obra le saliese más barata.

La moda la había lanzado María Antonieta, que había mandado empapelar las paredes de su tocador: amorcillo abrazando una paloma bajo un dosel floral, angelotes disparando con arco, grutescos, grupos bucólicos, escenas protagonizadas por monos. Y esa moda del papel pintado, sublimemente pintado, estarcidos, pinceles, se había difundido por Europa; fue entonces cuando entre dos suntuosas fiestas, ahuecándose con un gesto delicado de la mano su chaleco frambuesa apagado y ajustándose el fular crema, Jean-Baptiste Réveillon se planteó seriamente, debido a la furiosa competencia internacional, su recorte salarial.

Pero el pueblo tenía hambre. El precio del trigo había subido, también el del candeal, todo estaba caro. Y hete aquí que Henriot, fabricante de salitre, anunció por su parte exactamente lo mismo. En los suburbios, la gente comenzó a murmurar. Por las noches se reunían en las tabernas, gritaban, renegaban, se tomaban su copita preguntándose si en adelante podrían llegar a fin de mes. Todo el mundo estaba agitado, inquieto. La noche del 23 de abril de 1789 fue una larga noche de discusiones, de quejas y de ira.

Esto sucedía poco antes de la apertura de los Estados Generales, varias veces aplazada. La gente se manifestó. Un día, dos días, en vano. Réveillon y Henriot debían de creer que se les pasaría, que entre dos lingotazos de tintorro, entre dos mendrugos de pan, se tragarían la píldora, ¡por fuerza se la tragarían!, y que, muy pronto por la mañana, regresarían todos ellos a arrodillarse ante sus máquinas y currar para vivir; porque ¡bien hay que vivir!, uno no puede pasarse la vida berreando en la place de Grève. Pero las protestas no cesaron.

Y es que una gran hambruna azotaba Francia. La gente se moría. Las cosechas habían sido malas. Muchas familias mendigaban para vivir. Aquí y allá, convoyes de grano habían sido atacados, graneros saqueados, almacenes asaltados. La gente rompía vidrios a pedradas, desventraba barricas a cuchilladas. Habían estallado motines contra el hambre en Besançon, en Dax, en Meaux, en Pontoise, en Cambray, en Montlhéry, en Rambouillet, en Amiens. Aquí y allá, se insultaba a los magistrados, se asediaban sus palacios, resultaban heridos soldados. Era un pueblo de mujeres, de niños, el que se rebelaba. También, un pueblo de gente desempleada. De seiscientos mil habitantes, París contaba con ochenta mil almas sin trabajo ni recursos. Entonces la agitación se extendió a los que vivían en cuchitriles, se les había apartado de los debates y del voto de preparación a los Estados Generales, saltaba a la vista que no había gran cosa que esperar, que lo único que iban a

dejarnos sería el frío del siguiente invierno y la hambruna; el asunto iba a decidirse entre gente de bien.

La tarde del 27 de abril, una multitud afluyó desde Saint-Marcel, reclamando el pan a diez sueldos mientras gritaban: «¡Mueran los ricos!». Arrastraron dos monigotes ante el Ayuntamiento, uno representando a Réveillon, otro a Henriot; los quemaron. La cabeza de Réveillon ardió bajo las farolas, el humo volaba hasta las ventanas, se estrellaba contra el roleo. La gente lloraba. Los magistrados se ocultaban amedrentados tras las cortinas. Las cenizas formaban ya lodo. En torno a la plaza, los miembros de la guardia francesa empuñaban las armas. Las mujeres les gritaban a la cara, las bocas retorcidas en la mugre del aire, que no había derecho a reventar de hambre. Los soldados las apartaban con cuidado, las alentaban a volver a sus casas. Entonces comenzó todo. La gente se dirigió primero hacia la rue de la Cotte, donde la mansión de Henriot quedó arrasada. Tras derribar el portalón, de cuyos goznes de hierro seguían pendiendo trozos, se precipitaron dentro gritando al unísono. Las mujeres se abalanzaron hacia las cocinas, recogiendo en sus faldas grano o harina, los hombres se sonaban en las colgaduras, los niños meaban acuclillados bajo las mesas, la multitud corría de una habitación a otra, atónita, rodando barricas de vino, después escapando en medio del fuego que se había declarado, escupiendo en los retratos, tambaleándose, pateando entre un lujo inconcebible que se destruía, removiendo en los cajones, hurgando en las alacenas, los armarios, la bodega. Pero no fue suficiente.

Siempre han vivido en casas de adobe y tablones, con sillas sin paja, sin fuego, mascando pan malo. Eso hace que la ira ascienda tanto como quieren bajar los salarios. Durante la jornada del 28, se extienden los disturbios. Acuden de todos los barrios aledaños, desde la otra orilla del Sena. Recogen a su paso a los gancheros, a los mendigos que duermen bajo los puentes; y, por la noche, consiguen forzar la entrada de la *folie* Titon. Es el desquite del sudor contra la sombra de la parra, el desquite de lo canallesco contra los angelotes mofletudos. Allí está la *folie*, la *folie* Titon, donde el trabajo se troca en oro, donde la vida agostada muta en golosina, donde todo el trabajo de los hombres, cotidiano, ingrato, donde toda la mugre, las enfermedades, la indigencia, los niños muertos, los dientes podridos, el pelo estropajoso, las callosidades, las desazones de toda el alma, el mutismo espantoso de la humanidad, todas las monotonías, las rutinas mortificantes, las pulgas, las sarnas, las manos asadas por las calderas, los ojos que relucen en la negrura,

las penas, las desolladuras, el puaj del insomnio, el aj de la chiquillería, allí es donde todo eso se convierte en miel, en cantos, en preciosos cuadritos.

La multitud corre por los jardines de la manufactura. Aprietan el paso entre los pequeños setos de color verde tierno, atraviesan el río de la Inclinación por el puentecillo de la Estima antes de quedar atrapados entre los bosquecillos, dentro del secreto de los ricos. Algunos grupos se detienen al pie de la casa, bajo la sublime fachada, admirando frontones, balaustradas, y experimentando ellos también, por un instante, una sensación de gracia, de equilibrio, encandilados por el ansia de proporción y de simetría. Pero el orden y la belleza no perduran demasiado. Una suerte de asco embarga a la multitud. La seducción deja de hacer mella, la majestuosidad de la *folie* Titon se diluye entre la grava del patio. Tan sólo queda la *folie*, la locura, la de las grandezas, con su cráneo perforado.

Sí, aquí, en la casa de Réveillon, todo se troca en lujo, telas, espejos, pequeños útiles para peinarse, maquillarse, rizarse el pelo entre gentiles amorcillos. Sí, todo se transforma en todo, el cordel en cordón de cortinas, la hoz en lindas tijeras, el calzón en batín, los orines del penco en hilera de frascos de perfume. Sí, aquí la mosca es una abeja pintada en el dintel, el pozo es una fuente, la madera cariada un parterre, la turba pringosa un bonito parqué, los desesperos de cada día una clase de piano, el tejado con goteras se convierte en otro piso, y un amasijo de miles de barracas se metamorfosea en *folie*. Sí, era hermosísima la *folie* Titon. Pero, ahora, sus colchones iban a vomitar sus tripas de lana y sus zapatos a perder los tacones.

Una turbamulta de hombres, fascinada, consiguió, a través de una muselina de telarañas, arrancar unas botellas de las entrañas de la tierra. Era el néctar de las Luces, proveniente de la bodega de Montesquieu. Rompieron los cuellos de vidrio en las escalinatas del palacio y se echaron al coleto los más selectos caldos, ensangrentándose las fauces. ¡Qué cosa más buena!, no hay nada como despacharse de un tirón un vino de mil libras, pimplarse a chorro un Château Margaux. La cisterna bien repleta, se levantaron bamboleándose, la sesera hecha un pudín, zumbados, las lentes de piel de salchichón y mascaloteando como vacas. El producto sustraído del trabajo ha de ser derrochado y su delicadeza debe degradarse, ya que todo tiene que brillar y todo desaparecer.

Así comenzó la revolución, el 28 de abril de 1789: saquearon la hermosa mansión, rompieron los cristales, arrancaron los doseles de las camas, rasgaron las tapicerías de las paredes. Lo rompieron y lo destruyeron todo. Derribaron los árboles; prendieron tres inmensas hogueras en el jardín. Miles

de hombres y mujeres, de niños, arrasaron el palacio. Querían hacer cantar a las lámparas de araña, querían bailar entre los velos, pero, sobre todo, ansiaban saber *hasta dónde se puede llegar*, aquello que una multitud tan numerosa *puede hacer*. Fuera había una masa de treinta mil curiosos. Pero van desarmados, sólo disponen de palos y adoquines. Y de pronto llegan los gendarmes. El gentío les dirige una catarata de insultos y silbidos. Desde los tejados llueven piedras y tejas de pizarra. Desadoquinan la rue de Montreuil. ¡Qué gustazo apedrear a los guindillas! Sin eso no hay libertad que valga. La caballería avanza contra la multitud; la gente retrocede en medio de las babas de los caballos, frente a los sables que relucen. Entonces, los soldados arman los fusiles y disparan. La primera salva mata a mucha gente, la multitud se pega a las paredes, se acurruca como puede; lanzan tejas desde los tejados, gritan. Pero vuelven a cargarse los fusiles: ¡fuego a discreción! Decenas de muertos cubren la calle. En ese momento se produce una desbandada. La gente corre, se atropella, es la gran colada bajo el jadeo del cielo. ¡Las mujeres gritan a los soldados que no maten, que tengan piedad! Prosiguen los disparos, se hacinan los cuerpos, los soldados a caballo recorren las calles sableando por la espalda a los que huyen. Se habla de más de trescientos muertos y otros tantos heridos. Los cadáveres fueron arrojados a los jardines de los alrededores, a las carretas de estiércol de los huertos cercanos, amontonados. Hubo también algún ahorcado. Después marcaron al hierro candente a los agitadores, a quienes se mandó a galeras. Y se dice que, aparte de la del 10 de agosto de 1792, fue la jornada más mortífera de la Revolución.

La Tombe-Issoire

El saqueo de la *folie* Titon se consideró un desastre. Se contabilizó el menor pomo de puerta desaparecido, cada paleta de chimenea, cada pinza, el más pequeño pedazo de tapicería arrancado, los manteles desgarrados, las almohadas reventadas, las tazas de porcelana desportilladas, las chaquetas de seda hechas jirones, el satén reducido a confeti, los innumerables chalecos de lino, los saltos de cama de la señora, los montones de pañuelos quemados, todo se contabilizó con precisión, meticuloso inventario donde se apilan las cifras, nueve mil libras por aquí, siete mil por allá, diecinueve mil libras por aquí, dos mil quinientas por allá. Pero el número de muertos entre los habitantes del barrio, en cambio, permanece vago, indefinido.

Dos días después de las revueltas, Odent y Grandin, comisarios en el Châtelet, sede de la policía, las mazmorras y la morgue, escoltados por el doctor Soupé, bata negra y maletín cargado de bisturíes, y guiados por el conserje de las catacumbas, pasaron bajo el dintel de la puerta de la Tombe-Issoire. Enfilaron una triste escalera antes de zigzaguear en la fría oscuridad de las antiguas canteras. Luego, al llegar ante una puerta cerrada con candado, les invadió una especie de malestar. Ambos comisarios estaban, sin embargo, habituados a los asuntos criminales, pero de aquellos siniestros dédalos se desprendía algo inhabitual. A Dios gracias, la institución sirve de armadura, uno se olvida de sí tras la máscara, enyesado por el traje; y así, tan pronto como se abrió la puerta y divisaron los cadáveres, se pusieron a trabajar.

Según los términos del atestado que se instruirá esa misma tarde, se hallaban allí dieciocho cadáveres de sediciosos, muertos durante la revuelta Réveillon; dicho de otro modo, dieciocho obreros del barrio de Saint-Antoine. Los sepultureros los agarraron por las piernas y por los brazos; las cabezas, caídas hacia atrás, se bamboleaban, los cabellos barrían el suelo. Los alinearon. A continuación, Grandin repartió a los sepultureros unos números escritos en tarjetas. Trastabillando con sus zapatones, los sepultureros se inclinaron sobre los muertos, prendiendo en sus ropas los números que se les había entregado. Una vez colocadas las etiquetas, los sepultureros se retiraron junto a la puerta; y los comisarios procedieron a realizar una escrupulosa descripción de los cuerpos.

El número 1 es un hombre de unos treinta y cinco años, lleva el pelo largo recogido en una coleta, tiene la nariz aguileña y el rostro afilado. Viste una chaqueta de paño grueso, chaleco rojo con botones de cobre y camisa de tela basta; lleva un pantalón azul y un delantal de bayeta. Pero el objeto de la visita no es efectuar un retrato del difunto ni detallar su vestimenta: los sediciosos son sospechosos de robo. De modo que se procederá a registrar sus bolsillos. Odent hace un breve movimiento hacia atrás con la cabeza, un sepulturero sabe de inmediato lo que eso significa. La hilera de cadáveres es larga. Están tiesos y fríos, en total hay dieciocho peleles tumbados en el suelo del sótano. Aquí son más los muertos que los vivos. El sepulturero obedece, lentamente, pasa entre los cuerpos, se inclina, vuelve del revés el bolsillo del delantal, nada.

Acto seguido se realiza un inventario de las heridas y de las causas de la muerte. Soupé abre el maletín, extrae un escalpelo, unas pinzas y tijeras. Recorta la ropa, limpia rápidamente la llaga, separa los labios de la herida con unos ganchos. La camisa del difunto está llena de sangre. Se le salen los intestinos por el costado.

Vuelta a empezar. Número 2. Un mozo de dieciséis años. Pelo largo en una cola de caballo, nariz respingona, rostro moreno. Y respecto a su ropa, la misma chaqueta de paño gris, el mismo chaleco de algodón, los mismos botones de cobre, pero desparejados, el mismo delantal, con calcetines de lana por añadidura. Una vez más, Odent hace una señal con la cabeza, el sepulturero se inclina e introduce su manaza de hombre en el bolsillo del muchacho. Nada. Pero, en su caso, el hueso parietal está fracturado y el occipital reventado. Lo cual significa que lo hirieron por detrás, que le hundieron el cráneo a golpes de sable o de bayoneta.

Y así sucesivamente. Número 3, veinte años de edad. Un guapo mocetón de un metro setenta, de cabello castaño y alborotado. Lleva chaqueta y chaleco de lana. Y como todos los demás, lana *gruesa* y algodón *grueso*, botones *desparejados* y chaqueta *tosca*; pero también las mismas telas miserables: de paño la chaqueta, de tela basta la camisa, de algodón el chaleco, de sarga el calzón, de lana los calcetines; y la misma ropa de trabajo, pobre o miserable: calzón de piel, chaqueta de paño y delantal de bayeta. Y nada tampoco en los bolsillos, pero una gruesa llaga encima del ojo y el hueso de la frente abierto, meando trozos de seso y cuajarones de sangre.

Se pasa al número 4. Tiene la cara redonda, sanota. Pelo recogido en la espalda. La nariz corta y ancha. Viste con tela gris, una camisa de tejido basto, corbata de muselina, chaleco de grueso algodón. El sepulturero registra al muerto. Grandin alza las cejas; le brillan los ojos tras las gafas. El techo de piedra rezuma unas gotas; hace bastante frío, al comisario le pica la garganta, tenía que haberse abrigado más. El sepulturero se vuelve y se encoge de hombros: nada en los bolsillos.

Pasa por encima del cadáver para acercarse al número 5. De nuevo un joven de veinte años. De nuevo pelo oscuro y cara redonda. De nuevo la ropa de tela gruesa, de paño gris, y los calcetines de lana. Y de nuevo, los bolsillos vacíos. Pero una herida considerable en la cara y la parte posterior del cráneo hundida. El sepulturero da vueltas en torno al cadáver, tropieza y le pisa la mano; recobra el equilibrio como puede, apoyándose en el pecho del muerto; se incorpora. Un círculo de luz blanquea la bóveda. Y sigue la letanía, número 6, número 7, número 8, número 9 y 10 y 11, y así hasta el 18: nariz aguileña, rostro alargado, cabello oscuro recogido en una cola de caballo, y luego los pingos, chaleco de tela color verde oliva forrado de sarga, camisa de tela basta. Son muchas las colas de caballo, los calcetines de lana, los pechos abiertos, las heridas bajo la axila y los cráneos hundidos. Muchos los bolsillos vacíos. Pero en los dieciocho cadáveres de Montrouge, ni un ochavo. Habían registrado todos los bolsillos, pero no encontraron más que viejas tabaqueras, una llavecilla y algún mísero útil de trabajo. Nada más. Ni un solo *bolsillo lleno*.

El domingo 3 de mayo, en vez de deambular tranquilamente por los muelles del Sena o echar una partida de cartas, Louis Petitanfant, deshollinador, y

Louise Petitanfant, sirvienta, se encaminaron hacia Montrouge. Hacía un día agradable. Subieron durante largo rato por la rue Saint-Jacques y luego por el barrio de Saint-Jacques; pasaron por delante del Observatoire, se embarraron los pies, siguiendo recto, siempre recto por el camino del Bourg-la-Reine, jalonado de campos hasta las barreras, los puestos de control de entrada a la ciudad. Louis se quitaba de cuando en cuando el sombrero y se enjugaba la frente. Caminaban en silencio. Una vez pasada la Charité, llegaron a la Tombe-Issoire. Allí tuvieron que esperar a que les abriera el conserje; permanecieron comedidos ante la puerta. Louis sostenía el sombrero entre las manos. Guardaban silencio. Luego volvió el conserje y les indicó que lo siguieran. Bajaron la escalera, pesadamente, apoyándose en las paredes. Estaba oscuro y húmedo, el farol iluminaba mal. Por fin llegaron a la puerta de la catacumba. El conserje giró la llave en el candado.

Era una gran sala oscura, los cadáveres estaban tendidos boca arriba, apestaba; Louise se cubrió la cara con el delantal. El conserje les indicó que avanzaran, andaba mal de tiempo. Caminaron despacito ante la hilera de muertos, echando una mirada al pasar a aquellos rostros desconocidos, algunos parecían dormir, otros, ya verdosos, resultaban inquietantes. Sin decirlo, abrigaban la esperanza de no encontrarlo allí, de que hubiera pasado la noche fuera y de que regresara a casa al cabo de unos días. Pero al llegar al número 5, Louise se detuvo. Hizo una señal. Observaron atentamente el cadáver. ¡Les cambia tanto la cara a los muertos! La cabeza estaba torcida hacia la izquierda, los labios rígidos; una parte de la cara había quedado desfigurada y esbozaba una espantosa mueca. Bajo el bigote se vislumbraba el nácar de los dientes. Le habían cerrado los ojos. Ya no tenía el semblante dulce que ellos conocían, pero el traje de tela color gamuza era el suyo, no cabía duda; un faldón de la chaqueta se le había levantado y Louise reconoció el forro de retales de algodón que ella misma le había cosido. También estaba el calzón de paño gris, las medias de lana, sí, tenía que ser él, pese a ese cráneo hundido y aquella horrenda mueca que le surcaba el rostro.

Cuando estuvieron fuera y emprendieron el regreso, caminaron sin mirarse. Louise se había quitado los zuecos y los llevaba en la mano. Al cruzar la barrera, se dijo que nunca olvidaría la cara de su hermano muerto, sus labios estirados hacia atrás, aquella máscara. Y cayó en la cuenta de que no le había dado un beso; eso le causó una inmensa pena. Luego le vino un recuerdo, o más bien un conjunto de recuerdos, que se habían unido unos con otros y formaban en su cabeza una suerte de estribillo que le traía a la memoria su infancia. Era la edad en que uno empieza a pasear lejos de casa, a

experimentar la libertad, y en que los padres temen que nos suceda algo. Ella y sus hermanos se habían construido unas minúsculas cabañas frente a la casa donde vivían, en las orillas del puerto del Trigo. Eran tres chozas minúsculas, construidas con cantos rodados, barro y tablas viejas; tan pequeñas que tenían que reptar para entrar en ellas, y con el mayor cuidado posible para no tirar los ramajes del techo. Una de las primeras que construyeron fue la de Louise. Habían acumulado dentro guijarros de formas extrañas y pequeños objetos con los que jugaban a comiditas. Un poco más arriba, hacia la Grève, una cuesta muy suave estaba flanqueada de fresnos. Y allí, en su recuerdo, doblan las campanas; sopla un poco de viento y doblan las campanas; va a caer la noche. Declina el sol. Louise atisba los últimos rayos entre los árboles, sobre las fachadas del muelle. La luz es hermosa, suave y cálida. Ya es hora de regresar, el río está ya oscuro. Corre con sus hermanos. ¡Corren hasta quedarse sin aliento! Están juntos, se ríen; se empujan un poco y se ríen.

A las diez de la mañana del día siguiente, los recibió el comisario Odent. Los hicieron sentar en sendas sillas de paja. Louise retorcía las cintas de su cofia. En el piso de arriba, alguien tocaba el clavecín. Mientras redactaba el formulario con membrete, el pasante les preguntó si habían reconocido claramente a su pariente. Contestaron que sí. Una vez redactada el acta, procedió a leerla: *tras haber examinado el cuerpo muerto número cinco, los aquí presentes han reconocido a su hermano, de nombre Augustin Vincent Petitanfant, de oficio peón y albañil, que habitaba con sus hermanos*. Tras lo cual, el pasante alzó la cabeza, y les pidió que tuvieran a bien firmar el documento. No sabían escribir.

La deuda

Desde su cubeta calcárea, plantado en medio del limo, al oeste del bosque de Meudon, Versalles. Una ciénaga, un erial. Y por la carretera de París, toda una procesión de fruteros y verduleros, de pasteleros, heladeros, carniceros, proveedores de alimentos, se dirige al palacio; larga fila india de dulces, *macarons*, tartas genovesas, refinadas aves de corral, espinacas frescas, lentejas finas como la arena, jugosos pepinos, hermosas peras de Anjou, peras Inconnue la Fare, Beurré d'Hiver, Pérouille, pues Dios se ha sacado de debajo de su manto de luz un incalculable número de variedades de pera; sí, por los Campos Elíseos se trasiegan para el rey las mejores delicias de Francia. Como si un enorme gendarme dirigiera el tráfico de nuestras vituallas, lo deleitoso y lo sibarita toman la dirección de Versalles, lo soso y lo magro la de los suburbios. Lo exquisito y lo sabroso arrea dando tumbos hacia el oeste de la capital, lo agrio se encamina a las chabolas. Lo tierno y lo suculento galopan hacia la corte, lo insípido y lo pocho se van a París.

Y, por encima de todo, en Versalles se juega, se juega insolente, incansable, loca, atrevidamente; se juegan cantidades importantes, todo Versalles juega. Juega el rey. Juega la reina. Hay mesas de juego en todas las estancias, en todos los edificios. Se juega al faraón, a los dados, a la lotería, a lo que sea. Un banquero acude expresamente de la ciudad con el fin de alimentar las mesas con dinero contante y de anotar las deudas. Se ametralla el tapete verde. Mientras la multitud parisina manduca por diez sueldos y se despacha su cuartillo de aguardiente, mientras Raffetin zampa con Cottin en

la taberna del Grand-Faucheur, mientras se pimpla y se juega por apenas unos céntimos, en medio de un gran bochinche y humazo, entre restos de pescado y migas de pan, mientras una parroquiana zurra la badana a sus retoños junto a una panda de mendigos y traperos, mientras el reino rozaba la bancarrota, el déficit de la pensión de la reina se eleva a finales de año a casi quinientas mil libras.

Y alrededor de ese joyero, de esa dulce mandorla donde se desgranan los pequeños placeres, se afanan miles de albañiles, de jardineros, de jornaleros. El palacio es una obra eterna. Versalles es una obra eterna. Durante treinta años se cavará, se arrancará, se plantará, se edificará. Se precisarán treinta años de construcción, de explanación, treinta años para convertir una apestosa marisma, una extensión de bosque y agua estancada, en pabellones, parterres, bosquecillos, cornisas. Emigran hasta aquí desde toda Francia. Desde Berry, Bretaña, Normandía, Poitou, se acude a Versalles para tallar y labrar madera, para acarrear, mampostear. Los obreros se alojan en barracas de tablas. Todo es insalubre y feo. El trabajo es duro, los accidentes numerosos. Los niños juegan en medio del callejón. La gente se arrastra hasta el café, con sus viejos calzones de arretín, con su casaquilla de tela a rayas amarillas, manchadas por la faena. Una nube de limpiabotas aguarda ante las puertas de palacio. Entre los tenduchos pegados a las verjas, se cruza uno con Pierre Navet, que luce su miserable levita, y con Raymond, el aguador, y con el Barnabita, que nos pide un ochavo, y con el Tormentos, que vocifera en su dialecto imposible, y con la lavandera a la que se mete mano, y con las remendonas, las bruñidoras de oro, los gitanos, las busconas, zigzagueando entre los regueros de basura, donde se revuelcan los cerdos.

Versalles es una corona de luz, una lámpara de araña, un vestido, un decorado. Pero tras el decorado, e incluso dentro, incrustada en la carne del palacio, como esencia misma de sus placeres, bulle una actividad turbia, maledicente, subalterna. Así, uno se topa con chamarileros por doquier, porque en Versalles todo se aprovecha, todos los obsequios se revenden y todos los restos se recomen. Los nobles se zampan las sobras de primera mano. Los criados roen las carcasas. Y después se arrojan por las ventanas las conchas de las ostras y los huesos. Los menesterosos y los perros recogen lo que queda. Eso recibe el nombre de cadena alimentaria.

Pero antes que nada, antes que los prenderos, antes que las tabernas, insinuándose hasta el corazón de Versalles, hasta su corazoncillo de piedra, existía una caterva de planchadoras con las chorreras arrugadas, de floristas. Sí, desde todos los rincones del reino, el palacio, sus girándulas, sus cohetes,

sus máscaras, sus carrozas iluminadas con antorchas, sus hachones, su alegría, atraían a todos los oficios, a todos los enceradores de parqué, a todos los pinches, todas las ambiciones, desde el buen burgués hasta el gentilhombre, pero también las necesidades más obscenas. Mientras unas fiestas pletóricas de magnificencia celebran el amor y la juventud, y se usa amablemente el lenguaje de las tetas, mientras se dialoga entre maquillaje y lunar postizo, a la luz de las velas, y el atardecer se escurre entre las avenidas, más allá, en los pasillos alejados, en los muros de las barracas, todo un rebullir de busconas, bucaneras o gorriones, que, en el frío del invierno, entre dos cólicos, pendonean en busca de una pizca de azúcar y de tabaco, de unas monedas a cambio de una pizca de placer.

Con énfasis, se nos enseña el reinado de cada rey, sus episodios: la toma de posesión de Luis XIV, la reforma del reino, el buen Colbert, la Regencia, la guerra de sucesión de Austria, el atentado de Damiens, la marcha de La Pérouse. Pero nunca se nos habla de esas pobres chicas procedentes de Sologne y de Picardía, todas esas guapas mujeres azotadas por la miseria y que subieron a un coche de postas con un simple atadijo de pingos. Nadie ha trazado nunca su itinerario desde Craponne a París, hasta las verjas del palacio. Nadie ha escrito nunca su fábula amarga.

Con el fin de alojar a las mil quinientas personas encargadas de la mesa del rey, se había expropiado a toda la población del antiguo pueblo de Versalles, ¡sí, a toda! ¡Marchaos a tomar viento, bribones, borrachines! Arrasaron el burgo y se apropiaron de la tierra a fin de construir el Grand Commun, un edificio central sobrio y armonioso, ejemplo de equilibrio y de mesura. Y hasta el final, hasta la Revolución, Versalles verá un derroche innumerable de servidores, lacayos de toda suerte, asadores, violinistas, portadores de instrumentos, corredores de vino, conductores de hacanea, verduleros, hortelanos, pinches de cocina; a lo que debe añadirse una horda de cargos y puestos, damas de compañía, pajes, y al menos una cuarentena de ayudas de cámara sólo para el rey, arrapiezos sublimes revoloteando en torno al lecho real, al espejo real, al orinal de Su Majestad.

Pero Francia estaba empeñada hasta el cuello. Ya no se sabía qué contarles a los banqueros en esa carrera hacia el abismo; las enormes pelucas habían costado carísimas. Los Luises, cualquiera que fuera su número, habían metido la mano bajo demasiadas faldas, pellizcado demasiados talles y mordido demasiadas nalgas. Ah, sí, lo sé, me lo han contado, lo que costó más caro, lo más costoso de verdad, lo que realmente se tragó el Tesoro fue la participación de Francia en la guerra de Independencia de los Estados Unidos.

Al parecer, fue entonces cuando todo cayó en barrena. Pero no me creo una palabra. La deuda es más antigua. Se repite a más y mejor que el tren de vida de la corte representaba una ínfima parte de los gastos. Y nos hablan de entre un siete y un diez por ciento del presupuesto del Estado, como si eso no fuera nada; un gravamen colosal, sin duda más alto todavía, hasta tal punto la contabilidad de los grandes rebasa siempre sus propias cuentas y abruma a los demás, los convierte en vasallos, los oprime.

Existen cuatro relojeros de la cámara del rey, y uno de ellos tiene, como única misión, dar cuerda al reloj de muñeca del monarca por las mañanas. Parece una broma, una chanza rabelesiana, una fantasía absurda, una habladuría. Pero hay cosas más divertidas, cosas peores. Está el capitán de los mulos de Versalles, cuando allí ya no hay mulos. Están los avisadores, cuya única tarea consiste en saber a qué hora desea oír misa el rey. Está la compra realizada por María Antonieta de un par de candelabros con diamantes, por doscientos mil francos, en 1775. Está, ese mismo año, la compra de un sublime par de pendientes. ¡Hala! Trescientos mil francos. Pero ¿qué son trescientos mil francos? ¡Qué ruines, qué mezquinos somos! Y luego está la moda, el emblema baladí, pero ¿quién sabe lo que es esencial para el alma? Llegado un momento, ironía de perversos demonios, hace furor la pulga; todo tiene que ser de color pulga, color pulga joven, color espalda de pulga, ¡ah!, la fantasía, la risa, hasta que la reina se cansa, la pulga ha quedado anticuada, lo que priva ahora es el rubio ceniciento. El peluquero de Su Majestad le ha cortado un mechón de su hermoso cabello. Mercurio lo lleva a las hilaturas de Lyon, donde deben fabricarse tejidos que tengan *exactamente* ese color. Pero la vestimenta no basta. Se precisa el peinado. Y eso es un arte. Se confeccionan cabelleras como nunca se volverán a ver, piezas montadas en varios niveles, montículos de cabello recogido, cardado, en punta. Se encuentra de todo, plumas, cintas, pequeñas escenas teatrales, una guapa molinera que conversa con un galán.

Al final, la nostalgia de una vida rústica llevó a construir la Aldea de la Reina, farsa campestre, paraíso en miniatura donde el teatro y la fiesta ayudan a olvidar los quebraderos de cabeza de la corte, la hambruna del reino y la deuda del Estado. En torno a un pequeño estanque se erigieron una decena de chozas, una granja, bien había que alimentarse, un palomar, que no falten los zureos, un tocador, hay que estar guapa, un granero, porque nos gusta revolcarnos en el heno, un molino, porque es bonito, un jardín florido, y sobre un minúsculo río un puentecillo de piedra. Se inspiraba en el parque de Ermenonville, en su concepto sencillo, natural, dirigido directamente a la

vista, al espíritu y al alma, y que al mismo tiempo había servido de inspiración para *La nueva Eloísa*, la novela de Jean-Jacques Rousseau. De modo que, en virtud de lo más ridículo de su persona, y a la par de lo más cautivador, María Antonieta mantuvo un leve contacto con el autor de *El contrato social*. Este acercamiento no debe sorprendernos ni preocuparnos. Después de la Revolución, el propio pueblecito servirá de taberna y posteriormente de casa de citas. Y, así, comparecemos de numerosas maneras ante el Tiempo. Éste nos entrega, con una venda en los ojos, a toda suerte de separaciones, y nuestras obras quedarán dispersas como las carnes de Atalía, echadas a los perros.

Y mientras los príncipes no se privan de nada, las finanzas del reino se agostan; Francia ayuna. Comienza entonces una furiosa y caótica caza del impuesto. La tasa, el tributo, el canon conforman un mismo aullido frío y monocorde; por un lado, exhalan el perfume y el humo que asciende de las lámparas de araña, por otro apestan a sudor y a candela. Sobrevino entonces una danza. Los ministros de finanzas se sucedieron a un ritmo desenfrenado. Se gobernaba a golpe de arbitrios: bancarrotas parciales, imposiciones supuestamente provisionales pero que se prolongaban sin fin. Llegó entonces Turgot, que pretendió la libre circulación de bienes y la desregularización de los oficios, con el fin de liberar a la producción de sus pesos. Cayó en menos de dos años. Luego llegó Necker, un banquero. Su favor apenas duró. Después fue el turno de Calonne; hombre delicado, al parecer enviaba a las damas guapas pistachos envueltos en vales de descuento. Corría el dinero. Favoreció a más y mejor la especulación. Cuando el déficit alcanzó un punto crítico, lo despidieron. El Tesoro estaba vacío, pero se ignoraba el monto exacto de la deuda. Para calmar los ánimos, la corte anunció que iba a *reducir su tren de vida*. Fue una pequeña revolución doméstica. María Antonieta disminuyó el número de sus caballos, y recortó, en cosas relativas a su mesa y a sus aposentos, un millón; eso equivalía a confesar el monto exorbitante de sus gastos.

Luego ascendió de nuevo Necker, con el fin de tranquilizar la Bolsa, pues entonces era ya la Bolsa la que tomaba el pulso del mundo. Y mientras en Versalles se cazan ciervos, Necker se devana los sesos. Había comenzado su brillante carrera en Girardot, un banco de negocios franco-suizo especializado

en la especulación con la deuda pública y las materias primas. El joven Necker llevaba los libros de cuentas; tenía fama de hábil. Cuenta la leyenda que inopinadamente sustituyó al encargado en un asunto capital. No se atuvo a las directivas que le habían marcado y adoptó una posición arriesgada, como esos *traders* que, en la actualidad, arrojan sus órdenes entre las mandíbulas del monstruo, esperando que la cosa funcione. Y aquello funcionó. Cosechó de golpe y porrazo un fabuloso beneficio de quinientas mil libras. Lo nombraron socio de inmediato.

El establecimiento prosperó. Especuló con la deuda inglesa, merced a informaciones de primera mano. Y es que, entretanto, Necker había sido nombrado administrador de la Compañía de Indias. Pero especuló también con la deuda francesa. La ganancia es una melancolía sin medida, toda la decepción del mundo se traduce en el poder de vender y de comprar. Y así, las competencias de Necker superaban los valores del Tesoro, iba al negocio. Orientó sus cálculos al precio de las materias primas, pero, sobre todo, a la compra de graneros, de cantidades descomunales de trigo. Por último, nombrado intendente de finanzas del rey de Francia, Necker emitió colosales contribuciones públicas. El banco que acababa de abandonar suscribió catorce millones.

Así, durante todo el periodo que precede a la Revolución, se asiste a curiosos tejemanejes sobre los fondos del Estado. La deuda pública no deja de aumentar y el pueblo pasa hambre. Se especula en la Bolsa con los préstamos. Francia se halla casi en bancarrota.

Tomar las armas

El 4 de mayo, se convocaron los Estados Generales en Versalles. Al día siguiente, los asistentes se reunieron en una gran sala construida para la ocasión, en el palacete de los Menus Plaisirs. El lugar es suntuoso. Mil ciento treinta y nueve diputados tomaron asiento. En esta ocasión se los necesita para recaudar el impuesto; deben aceptarlo los tres estamentos, antes de que suba la tensión. El primer día, se presenta el rey, quien declara ser el mayor amigo de su pueblo; a la gente le gustaría creerlo. A su izquierda, María Antonieta dormita. En su tocado lleva un penacho de plumas blancas. Por fin toma la palabra Necker. Éste se levanta, gordo, satisfecho de sí mismo, fatuo, como se decía entonces; y a juzgar por los trígonos y sextiles, los tresbolillos y las quintillas, la predominancia de los signos de aire en su discurso lo predisponen a cuanto es volátil: elasticidad, adaptabilidad demoniaca, pragmatismo. La presencia no menos notable del fuego indica un exceso de audacia, de arrogancia. La carencia de agua tiene efectos más tristes, denota un exceso de sensibilidad, no se es capaz de amar tanto como los demás, no se está implicado en lo que entra en el ámbito del corazón. Y ese día Necker fue exactamente tal como era, frío, expansivo, no habló más que de finanzas y de economía política; fue abstracto, altivo, y aburrió a todo el mundo durante tres horas con un discurso técnico y oscuro. No se abordó ninguna de las cuestiones vitales. Fue un chasco, los asistentes estaban decepcionados.

Pasó el tiempo. La urgencia era cada vez más acuciante. Los franceses rugían. Y, al poco tiempo, el Tercer Estado se proclamó Asamblea Nacional.

El 20 de junio, el rey mandaba cerrar la sala de los Menus Plaisirs. Se decidió entonces reunirse en el Jeu de Paume y se pronunciaron palabras importantes. ¡Juramento! ¡Constitución! Transcurrieron tres días. El rey declaró nulas las decisiones de la Asamblea y pidió a los diputados que abandonaran la sala. Los diputados del Tercer Estado se negaron a obedecer. Mirabeau pronunció entonces esa gran frase suya que comienza por el pueblo y concluye con la fuerza de las bayonetas. ¡Ah!, es como si a veces un hombre hubiera esperado toda su vida para pronunciar unas palabras, como si esas palabras lo poseyeran por entero, lo retuvieran entre sus sílabas, haciéndole expiar todo el resto, y portaran, en los pliegues del discurso, una mezcla de evidencia y de misterio, de grandeza y de trivialidad, en los que la humanidad ve reflejado su augurio. Sí, Mirabeau habla. Es un sentimiento, una verdad. Nadie puede hacer ya nada en contra. Dice. La gruesa boca se abre por primera vez con tanto brío como descaro. La voluntad del pueblo acaba de entrar en la Historia.

Y, a los cinco días, el rey cede. Invita a la nobleza y al clero a sumarse al Tercer Estado. Se llega a una reconciliación. Pero el pueblo recela. En la sombra, el conde de Artois apremia al rey a hacer uso de la fuerza. Destila su vinagre día tras día, hora tras hora. Y mientras se pronuncian palabras conciliadoras, se ordena que se dirijan hacia París tropas de mercenarios. El propósito era escaldar los suburbios. Redoblaron los tambores; se vio desfilar a los chaquetas rojas, los tricornios, la sombra de los jinetes en las cercas de barro. París se sintió lentamente atrapada, oprimida, amenazada. En la casa Ramponneau, del barrio de la Courtille, los aguadores, la baratera de sombreros viejos, los vendedores de chatarra o de pieles de conejo, la vendedora de pescado, todo el mundo se exalta. Antoine Salochon, cochero, se exalta, Jean Morin, cantero, se exalta. En el mercado Saint-Martin, los toneleros se exaltan, las alquiladoras de sillas, las vendedoras de arenques o de remolacha se exaltan. En casa Bonneau, entre dos cubetas de vajilla, Charles Glaive, papelero, se exalta, Milou, vendedor de ajedreces, se exalta, Jean Robert, cerrajero, Chorier, tapicero, Picollet, impresor, se exaltan. En todas las tabernas se alzan las pintas de plomo, los vasos de gres, se brinda con cerveza y aguardiente, la gente se sube a los taburetes. Los Porcherons se encienden, el Moulin de Javel se enciende, Vaugirard se enciende, la Rapée se

enciende, el Gran y el Pequeño Charonne, el Gros Caillou, Mesnil-Montant, todos los barrios populares se encienden. En la taberna de la Bouteille, se habla mucho y en voz alta, se grita, se blasfema. ¡Ah!, cómo le gustaba a la gente subirse a las mesas por aquel entonces. En la taberna de la Fontaine, Charles Bassin, cestero, se sube a la mesa y se acalora, Pierre Pontillion, tratante en granos, se acalora, Jean Chevreul, carretillero, se sube a su silla y se acalora. Las disputas van a más. Todo el mundo se acuesta tarde. Se habla y se habla. Nunca se había hablado tanto. Por lo general, se trabaja duro, todo el día un continuo mover de piernas y brazos, sudor, el cuerpo doblado. Pero desde abril, la gente habla. La boca produce palabras. Muchas palabras. Una avalancha.

El 11 de julio, se despide de nuevo a Necker. Es sustituido por Breteuil, vinculado al conde de Artois y a la reina. Todo el mundo comprende lo que eso significa: es el regreso de una política de intransigencia. La noche del 11 al 12, París se revuelve en la cama. La gente duerme mal. El 12 de julio, se masca la tensión en el ambiente. Por todas partes se forman corros, la gente se interroga, discute, protesta. Y he aquí que, por la tarde, en el Palais-Royal, un joven abogado de veintinueve años, de rostro dulce y hermoso cabello largo, como se llevaba entonces, dice tartamudeando que la dimisión de Necker es preocupante. Se forma un grupito que le presta atención. Lo animan a que levante la voz.

Esto sucede delante del café de Foy. La dueña del establecimiento había conseguido que permitieran a su marido la venta de refrescos y helados en la gran avenida de castaños, lo cual atraía a numerosa clientela. La dueña había obtenido dicha autorización en una audiencia particular del duque de Orleans, admirador de su belleza. Muestra palmaria del precio al que se pagaba la donosura. Y precisamente ante ese café, al que el bueno del duque acudía a veces a tomar una limonada y admirar a la bella dueña, fue donde Camille Desmoulins —tal es el nombre del joven abogado— se subió a una mesa del bistró y tartajeó su primer discurso. Porque tartamudeaba. Resulta increíble la cantidad de tartamudos convertidos en oradores y la cantidad de malos alumnos convertidos en escritores. Así de curiosa es la vida, que a menudo nos atrapa allá por donde ha fallado.

Camille propone al pueblo la ira. Se sube a una mesa delante del café de Foy. «Se prepara una noche de San Bartolomé de los patriotas», clama. Es su fórmula más famosa, su momento de gracia. La palabra «patriota» es a la sazón una suerte de ábrete sésamo. La multitud se muestra conforme con él. Las palabras del joven secundan nuestros miedos, la inquietud que va en aumento, la falta de pan. Sí, se prepara una noche de San Bartolomé. Pero no se producirá. El conde de Artois no entrará a la cabeza de sus mercenarios en París. Las palabras de Camille rebotan por doquier, chorrean, rezuman, son la forma de este mundo; al igual que las de Mirabeau, tratan de un tema intangible, un estigma, una fe; lejos del minueto del lenguaje, son un signo, comprensible para todos y sin embargo insondable; son las palabras de todo el mundo.

Pero a los grandes momentos siempre se asocian episodios más livianos, disparatados, como una respiración del alma, donde se insinúa el error, merced a una delirante contorsión. En una tienda de los grandes bulevares, se sacan figuras de cera, los bustos del duque de Orleans y de Necker, y los pasean por las calles como nuestros lares, benefactores. Los árboles están repletos de hombres y de chiquillos apostados allí para ver mejor. Las ramas se arquean. La gente conversa de un árbol a otro. Los bustos desfilan debajo, inocentes y grotescos. Se ve gente por todas partes, en los tejados, en las ventanas, es increíble la cantidad de personas que puede haber en una ciudad, y ese tono nuevo, esa excitación, ese estallido verbal, esa amistad.

Y los manifestantes llegan a la Tullerías; entonces, bajo las órdenes del príncipe de Lambesc, un regimiento carga contra la multitud. Una jornada es un signo, y los signos son ambiguos, contradictorios. Y así, mientras la gente se desahoga, mientras la canción arrabalera suplanta a la gavota, los jinetes cargan. Golpean, ¡oh!, sin ánimo de matar, pero aporrean, atropellan, las mujeres corren entre los setos, todo el mundo retrocede, impelido como por una horconada de estiércol. Un buhonero, François Pépin, arrastrado por los jinetes, se lleva un bayonetazo. Para defenderse, la gente improvisa barricadas de sillas, se arma de palos, de piedras, y estalla la intifada de los pequeños comerciantes, de los artesanos parisinos, de los niños pobres.

Al final, los guardias franceses, entre quienes cada día crecía el descontento, se suman a los rebeldes. Desde el asunto Réveillon, discutían las

órdenes, se negaban de disparar a la multitud. Entre ésta había hermanos, hermanas, amigos. Enterados de lo que sucede en las Tullerías, los soldados abandonan al instante los cuarteles y se enfrentan a las tropas reales. Ante tan inesperada resistencia, el barón de Besenval ordena a la tropa retirarse.

París pertenece ahora al pueblo. Todo está trastocado. Agudizado. La gente se baña en las fuentes. Ha caído la noche. Pequeños grupos llegan hasta las barreras. Son cuadrillas de obreros, carpinteros, sastres, gente normal, pero también mozos de cuerda, desempleados, menesterosos, salidos directamente de su tenderete o del puerto del Trigo. Y, en la noche de la gran ciudad, saltó entonces una chispa, un grito fulgurante. La oficina de tasas de entrada fue incendiada. Luego otra. Y otra más. Las barreras ardían. Lo que arde proyecta sobre lo que nos rodea algo fascinante. Bailamos en torno al mundo que se trastorna, la mirada se pierde en el fuego. Somos paja.

La mañana del 13 de julio, los burgueses preocupados se reúnen en el Ayuntamiento. Se organiza un comité y se decide crear una milicia armada. A esa misma hora, el rey sale de caza. Su caballo galopa por los bosques, sus criados reúnen a los perros, suenan ladridos, el ciervo corre entre la espesura. Tan sólo el tiempo cambia a los hombres, pero ciertas distancias parecen cargadas de siglos; a veinte kilómetros de París, se vive en otro mundo. La reina está en el Trianón, cogiendo capuchinas. Los acontecimientos de los últimos días la tienen un poco nerviosa, pero sus horarios no varían. Recibe a Fersen; esa tarde, para relajarse, jugarán unas partidas de billar.

Entonces los parisinos se dedicaron a buscar armas. Temían que regresaran las tropas. Una curiosa idea que se les pasó por la cabeza, en el bullir de la acción, fue ir al Monte de Piedad. Se abalanzaron sobre los objetos empeñados, como si hallaran allí la respuesta a todos los problemas, una verdad perdida hacía tiempo, que un pobre diablo hubiera acudido un día a empeñar en el montepío. Lo habría depositado amablemente en el mostrador, a cambio de unas monedas; luego, como nadie habría acudido a reclamarla, el objeto habría quedado consignado, almacenado, olvidado. Y, en efecto, en el

Monte de Piedad, entre los relojes suizos, los encajes finos y los viejos bastones, dieron con un buen montón de armas antiguas. Son las pistolas de Matusalén, los mosquetes del Diluvio. Comoquiera que sea, la multitud se arma.

Por la mañana, habían desvalijado el Guardamuebles de la Corona. Un variopinto tropel se deslizó por sus nobles arcadas. Se atropellaron en las grandes escaleras y los suntuosos salones, yendo a parar a la sala de armas. Una multitud impresionada arrancó de sus hornacinas los cañones de desfile, obsequio del rey de Siam. Imagínense aquellas bocas exóticas damasquinadas con plata, sobre sus cureñas de madera de las Indias barnizadas de negro; las arrastran de escalón en escalón, las deslizan por las rampas. Luego, los puños extrajeron las armas de sus compartimentos de caoba, las lanzas doradas de los antiguos paladines pasaron a las manos de los curtidores y los cascos de los caballeros ornaron las cabezas de las modistillas. Algunos se cubrieron sin duda entre risas con los jirones de la armadura de Felipe Augusto, porque, en un cuadro de la época, se vislumbra la figura anacrónica de un caballero medieval por las calles de París.

Se apoderaron de reliquias, tizonas, arcabuces, alabardas, despojaron los figurines. Cuando se hubieron hecho con todas las armas, incluidos los sables chinos, y tal vez algunas azagayas, arrancaron los baldaquinos para hacerse bastones, las barras de las cortinas se trocaron en picas, y se confeccionaron garrotes con los pies de silla.

Desde hacía unos días, las armerías eran allanadas y saqueadas. Los documentos del Châtelet lanzan un horrible lamento. Aquí abren una tienda, allí revientan unas puertas, aquí roban unos barriles de pólvora, allí apandan unos cuchillos. Despiertan a un comerciante en plena noche, una banda irrumpe en su casa, quieren fusiles, pistolas. Por todas partes erraba una extraña multitud, armada con un batiburrillo de cosas. Y aquí tenemos, deambulando por el barrio de Saint-Antoine, al hijo de las Luces, armado con mosquetes y picas, pero también con escopetas de mecha y fusiles de rueda. Apenas saben utilizarlos, son antigüedades de los tiempos de Francisco I. Otros enarbolan hachas, puñales oxidados, míseras navajas. Son felices y desfilan a pleno sol.

Por último, fruto de una descabellada y sublime ocurrencia, las turbas llegaron a forzar las puertas de los teatros. Penetraron en los almacenes de utilería y convirtieron sus réplicas de escena en auténticas armas. Blandieron los escudos de Dárdano y la antorcha de Zoroastro. Las falsas espadas se

trocaron en auténticos bastones. La realidad desnudó a la ficción. Todo se volvió verdad.

Insomnio

No dormir es vivir en la muerte. La noche nos arrastra, inmóvil, hasta el momento en que renunciamos. El día es confusión, y la noche, despiadada. La noche oculta en su interior un espejo en el que nos adivinamos sin vernos, y, en el lento paso del tiempo en las horas silenciosas, vislumbramos a veces un destello, una mísera chiribita nos surca un instante la faz, y allí, en el fuego muy breve de nuestro rostro, una señal se dirige a cada uno de nosotros, todo se ilumina.

Pero no lo entendemos nunca. Nos tomamos una copa, fumamos un pitillo, abrimos la ventana. El aire es caliente, terriblemente caliente. No dormiremos más, nunca más, nos quedaremos despiertos hasta que esa intensa claridad regrese y permanezca. No regresa. Las horas se estiran. Hurgamos en nuestros papeles, releemos cartas viejas, como si quisiéramos asegurarnos de nosotros mismos, de lo que somos, y de lo que valemos. La noche del 13 de julio de 1789 fue larga, larguísima, una de las más largas de todos los tiempos. Nadie pudo dormir. En torno al Louvre deambulaban pequeños grupos, mudos, acechando siniestramente. Las tabernas no cerraban. En los muelles, durante toda la noche peregrinaron seres solitarios, extrañas sombras. Hacía un calor achicharrante, no había modo de conciliar el sueño; fuera, la gente buscaba un poco de viento, un poco de aire. Nadie en París dormía.

Fue uno de los veranos más hermosos del siglo. También uno de los más calurosos. Se asaba uno. Pero el invierno había sido frío, tan frío que las

raíces se habían helado a más de un pie bajo tierra. El hambre se había extendido por toda Francia, silenciosa al principio, hasta que cundió la desesperación, y después la ira. Y ahora hacía mucho calor. Demasiado calor. Por las noches, los jóvenes salían a escudriñar la ciudad, eran largas jornadas a pie desde los suburbios. Francia era entonces un país joven, asombrosamente joven. Los revolucionarios fueron gente muy joven, comisarios de veinte años, generales de veinticinco. Jamás ha vuelto a verse tal cosa. Y aquella juventud impaciente, el 13 de julio, fue incapaz de dormir. Ansiaban otro cuerpo, era menester abandonar la buhardilla, la piltra, y recorrer la ciudad con piernas de saltamontes. Todos salieron, como se hace a esas edades, muy deprisa, sólo con lo puesto. Vagaron por el adoquinado de las calles, entre los guijarros de las orillas del Sena, en medio de la nada. Por la Courtille se pasean mujeres con su pañuelillo en la cabeza, las pesadas faldas, el delantal anudado por encima del talle, una pañoleta cubriéndoles los hombros, y el pelo peinado con trenzas. Familias de mendigos dormitan bajo los porches. A muchos parisinos apenas les llega el dinero para comprar pan. Un jornalero gana diez sueldos al día, un pan de cuatro libras vale quince. Pero el país, en cambio, no es pobre. Incluso se ha enriquecido. El beneficio colonial, industrial, minero, ha permitido prosperar a toda la burguesía. Además, los ricos pagan pocos impuestos; el Estado se halla casi en la ruina, pero los que viven de renta no pueden quejarse. Los que curran en balde son los asalariados, los artesanos, los pequeños comerciantes, los braceros. Por último están los parados, todo un pueblo inútil, famélico. Y es que, en virtud de un tratado de comercio, Francia está abierta a las mercancías inglesas, y los clientes ricos acuden ahora a aquellos proveedores extranjeros que venden a mejores precios. Se cierran talleres, se reducen los efectivos. Y en la noche del 13 de julio todo eso resuena, irrita al perrito que vaga por allí, urge entre las piernas del viejo borracho que mea, pringa las axilas del trapero, reconcome a todo el mundo.

Bandas armadas con fusiles y picas levantaron barricadas en las calles de París. Detenían las carrozas, las registraban, y después las llevaban a la place de Grève. En apenas unas horas, la plaza se convirtió en un prodigioso depósito; brillaban los cueros, los hierros forjados en forma de cuello de cisne, los espejos. Las sillas de mano se codeaban con los carros de bueyes, los sacos de trigo se hacinaban contra pirámides de vajillas. Llevaban allí todo lo que encontraban, por temor a que el avituallamiento y las armas desaparecieran durante la noche. Y es que corrían noticias inquietantes, se había avistado a las tropas reales en la barrera del Trône. Y, pese a todo, las

parejas se besuqueaban entre dos tragos de aguardiente. Se juntaban allí todas las variedades lingüísticas de Francia. Se habían formado bandas alrededor de la capital; durante los últimos días de abril, los funcionarios vieron entrar por las barreras «un número espantoso de hombres mal vestidos y de cara siniestra»; y las primeras semanas de mayo, cerca de Villejuif, una tropa de quinientos a seiscientos vagabundos quiso asaltar Bicêtre y se acercó a Saint-Cloud. Ahora el aspecto de la multitud ha cambiado. Se entremezcla «gran cantidad de extranjeros llegados de todos los países, la mayoría harapientos, armados con grandes palos». Venían desde una distancia de treinta, cuarenta, cincuenta leguas; y toda aquella masa se precipitaba hacia París.

Se cuenta también que, desde la víspera, aquellos miserables recorrían las calles en pandillas, amenazaban los hogares donde los burgueses se encerraban desconcertados y temblorosos. Las panaderías y las vinaterías fueron saqueadas. Las chicas arrancaban los pendientes de las viandantes; y si el pendiente se resistía, desgarraban el lóbulo. La mansión del teniente de policía fue saqueada, y sus moradores pudieron escapar a duras penas. Lanzando gritos de muerte, otra tropa penetró en la Force, donde están los presos por deudas; los liberan. Un grupo de hombres andrajosos hunde a hachazos la puerta de los hermanos lazaristas, saquea la biblioteca, destroza los armarios, los cuadros, todo. La calle está plagada de ruinas y de pobres diablos. Algunos se han apoderado de un alba, de una batuta de sochantre, de una capa pluvial, de una casulla, de un báculo, se los han puesto, y, con esa facha, bendicen a los transeúntes.

Durante la noche del 13 al 14 de julio, que es, yo creo, la noche de las noches, la Natividad, la más terrible noche de Navidad, el Acontecimiento, la chusma, como suele decirse, los más pobres, en suma, aquellos a los que la Historia dejó hasta ese momento pudrirse en el arroyo, armados con fusiles, espetones, picas, hacen que les abran las puertas de las casas y que les sirvan comida y bebida. En lo sucesivo, la caridad no bastará. Son vagabundos de aspecto aterrador, cuentan las crónicas. Bandas de burgueses circulan por las calles para restablecer el orden; colgaron de las farolas a cuatro desgraciados, aquí y allá, a los que remataban a tiros de fusil.

Doblan las campanas. Se echan abajo las puertas de los campanarios. Todas las campanas de todos los campanarios repican a vuelo. Tañe el martillo.

Tiemblan las paredes. Los sonidos se propagan y arrecian. La campana mayor vomita su *fa* sostenido. Desde sus casi tres metros de boca, la de Notre Dame, que sólo suena en las grandes ocasiones, repercute en los muros de todo el casco antiguo los pesados redobles de su corazón vacío. Las mariposas de metal golpean, traviesas, por doquier. ¡Las campanas de las torres, las del capítulo, las de las mansardas suenan! Pero no es ni la solemnidad de los grandes momentos, ni el toque del *plenum* del domingo, ni el toque de *alma* de las fiestas del Señor, ni el del gran *vesperal*, como en las grandes solemnidades, ni el toque de los *quatre moineaux* de las bodas, no: es el toque a rebato. A un tiempo grave e irradiante, a un tiempo viril y agudo, mezcla todos los timbres en su panza, punza el oído y revienta el cuerpo con sus bajos, que no podemos oír. Es como un humo que se arruga; el cielo rezuma, tiembla, tirita. Las charlatanas enmudecen. Las chanzas se petrifican en los labios, el pie trastabilla en el reguero de basuras. Los perros se esconden. El clamor se mitiga. El viento despabila las antorchas. Escupimos un hueso de fruta, que la noche se traga.

En Éfeso, bajo el reinado del emperador Decio, siete oficiales de palacio que habían repartido sus bienes entre los pobres buscaron cobijo en las montañas. Los persiguieron. Los soldados descubrieron su refugio; pero cuando penetraron en la cueva donde vivían, los encontraron inmersos en un sueño profundo. Salieron silenciosamente y tapiaron la cueva. Transcurrieron dos siglos. Un paseante se topó con la mampostería y desmanteló la trampa; penetró en la cueva y los siete hombres despertaron. Así es la sedición. Surge en el mundo y lo trastoca; luego su empuje se mitiga, se la cree perdida. Pero un día renace. Su historia es irregular, veleidosa, subterránea y entrecortada. Porque bien hay que vivir, hay que asumir la vida, uno no puede estar siempre rebelándose; se requiere un poco de paz para engendrar hijos, trabajar, amarse y vivir.

Al rayar el alba, se encaminaron hacia los Inválidos. Querían fusiles para defenderse contra los ejércitos del rey. En toda la ciudad se formaban pequeños grupos que iban en dirección al Campo de Marte. A eso de las nueve, miles de personas se habían plantado ya detrás de las verjas; se produjeron algunos disparos. El marqués de Sombreuil parlamentó. De minuto en minuto, la multitud iba haciéndose más densa. Las verjas

comenzaron a temblar en su zócalo de piedra. Al poco, había allí varias decenas de miles. Y miles de personas no son una manifestación estudiantil, no pueden dispersarse a porrazos. Versalles había enmudecido, el anciano marqués no sabía ya qué hacer. Los grandes acontecimientos sobrevienen con frecuencia así, el poder ha quedado vacío, guarda silencio, acaso por prudencia, y los altos funcionarios dudan mientras los dados ruedan sobre la mesa.

Hacia las diez, el gobernador abre las verjas, sin duda para parlamentar, pero no hay modo de contener a una multitud, una multitud no parlamenta, no discute, a la multitud no le gusta esperar. Los jóvenes se atropellan, los que están detrás y no ven nada empujan entre risas, ¡venga, venga! Hasta que llega el instante, lacónico, se tuercen los goznes, la multitud vocifera, las palabras de Sombreuil se pierden entre los adoquines. Nadie oye lo que dice, a todos se la trae al pairo. Los guardias ya no pueden contener a la gente. El número se impone. Sombreuil se aparta; y entra el gentío. Todas las edades, todos los sexos, todos los oficios, todas las jetas posibles, caras viejas, manos callosas, chiflados, palurdos, mariposas nocturnas, burgueses, cocidos, molondros, roceros, todos derriban las verjas, desempastan los arcos tutelares, riendo, gritando inundan el gran patio. Allí se detienen un instante, atónitos. ¡Qué hermoso es los Inválidos!, ¡los cestos de frutas, los cuernos de la abundancia, los ventanales, las arcadas! Pero el tropel los arrolla a su vez.

Entonces, los veteranos se suman a los insurgentes; sus destinos se tocan. Los guían entre los dédalos del palacio. Y se organiza una inmensa zarabanda; los corredores desfilan, las escaleras giran, la gente baja a tientas, como borrachos, atropellados por doquier, se hunden en los grandes subterráneos. Dos kilómetros de pasajes, de túneles, donde están almacenados treinta mil fusiles depositados en sus lechos de paja. La confusión es tremenda, la gente se aplasta, se asfixia. Gritan al caer en los escalones de piedra. Enfebrecidos, los brazos se tienden, agarran, atrapan. Luego, las manos a modo de visera, deslumbrados, abriéndose un difícil camino entre la multitud que baja corriendo en el otro sentido, resurgen del suelo. Dios mío, qué hermoso es un fusil, qué vertical. Parece un juguete, una herramienta, un cetro.

Ciudadela

He aquí el templo de Horus. Ocho torres. Unidas por un muro. Tres metros de espesor. El mutismo. La sordera. Pocas aberturas. Ciega. La ciudadela. Altísima. Construida en doce años. De puerta se convirtió en fortificación, flanqueando la ciudad. Falsa puerta, pues. Fortaleza, almacén, arsenal, caja de caudales, prisión. Posee sus mazmorras, como todos los castillos de su tiempo, vientre muerto. Figura inexpresiva del antiguo Egipto. Dios de arena y de piedra. Masa enorme. Gran tasca. Tarasca. Bàou. No sabemos qué sentido darte, si fuiste la gran cosa oscura, Orión, Cocito, dios del silencio, alma muerta, petrificada. O si fuiste algo totalmente distinto, que ya ignoramos, Anat, disimulada la pureza de tus proporciones, unidas la ira y la miseria para derribarte.

Lo que sorprende, de entrada, es una desproporción. Entre el barrio de Saint-Antoine, las casitas, las chabolas, incluso los edificios, y la Bastilla. Domina el barrio. Lo cobija. Uno se pregunta qué hace ahí.

Nos anonada.

Durante toda la noche se habían formado grupos bajo las torres. Dentro de la ciudadela, los guardias estaban intranquilos. Habían sonado disparos de fusil en el vacío. Una multitud muda y recalcitrante erraba alrededor de las murallas. Sabían que en su interior estaba la pólvora, que el gobernador De Launay la había mandado transportar de noche del Arsenal a la fortaleza, y que había tomado otras precauciones, como aquellas carretillas de adoquines que se había visto cargar en lo alto de las torres. Los insurgentes del barrio de

Saint-Antoine aumentaban por momentos. Unos niños jugaban en el arroyo, ladraban unos perros; había también grandes gaviotas. ¡Ah!, nunca podremos saber, nunca sabremos qué llamarada recorrió los corazones, qué júbilo; tal vez podamos arder con el mismo fuego, pero no ese mismo día, no en ese mismo momento; podremos preguntar minuciosamente a las memorias, echar mano de todos los testimonios, leer todos los relatos, los periódicos, escudriñar los atestados, no encontraremos nada. La auténtica piedra Rosetta, la que permitiría que nos sintiéramos en casa en cualquier época, no la hemos encontrado. La verdad atraviesa nuestras palabras, como la señal de nuestros secretos.

Desde la mañana, había aumentado el agolpamiento en torno a la Bastilla. Hubo perros que ladraban, una mula de la que tiraban hacia París, unos jóvenes borrachos. Sí, había ancianos muy pobres, comerciantes muy gordos y jovencitas muy guapas. Nicolas d'Arras llevaba desde las seis en el patio del Arsenal. Estaba con los dos Moreau, François, teniente, que tiene veintitrés años, y Philippe, capitán, que es el mayor y sólo tiene un año más. Hay también guardias franceses, hombrecillos de color azul-blanco-rojo. Se vislumbra un enjambre de tricornios y gorros de piel. Primero desperdigada, una multitud no es casi nada, corre aire por todas partes, la gente no tiene miedo, la excitación es aún muy pequeña. Luego las mallas van estrechándose imperceptiblemente, se diría que el agua sube, y de pronto los codos se tocan, el rumor es enorme. ¡Ah!, cómo crece, ¡y esos jóvenes despeinados, que se tronchan! ¡Y esa madre anciana que se suena con el delantal!

Cuán excitante debió de ser estar allí al alba, burlarse y reírse, jugar con el miedo. Nada hay tan hermoso y embriagador como el alba. Un viento frío alza los cabellos, hincha las camisas. Llegan gentes de todos los rincones de París, inquietas pero felices. Una multitud ya numerosa avanza hacia los barracones que flanquean la Bastilla. Vislumbran los fusiles que les apuntan desde lo alto de las torres. Ellos tan sólo tienen palos, adoquines, algunos fusiles, poquísima pólvora. Fraternizan con los guardias franceses y con los que se yerguen al pie de la fortaleza. Es un ambiente curioso, electrizante. Se sienten próximos sin conocerse. Intercambian unas palabras, se ríen; cuando de repente, desde la Bastilla, suenan disparos. Caen dos hombres, muertos. A un muchacho de quince años le atraviesan un brazo. La multitud se

desperdiga por el camino sinuoso, a lo largo de las tiendas; se pegan a los muros del patio, se dispersa lanzando gritos.

Un tipo gesticula para reunir a la gente, aposta a lo largo de los cuarteles a algunos hombres, y éstos abren fuego de inmediato contra las torres; pero las balas rozan la piedra. Ese tipo es Fournier. Apenas dejó atrás la infancia, se hizo criado; luego se embarcó a la aventura, a los quince años, hacia Santo Domingo, de donde trajo un gran sobrenombre: el Americano. Carece de instrucción; estudió poco; apenas sabe escribir. Pero sabe liderar a la tropa. La vida se agrandó por sí sola a su alrededor, escuchó con oído indiscreto tras las puertas de los despachos, vivió en los bistrós.

Por un instante el barrio parece muerto. Los dos cadáveres permanecen tendidos en medio del patio, como paja después de la tormenta. Luego la multitud regresa lentamente, bordeando los muros. Un niño de doce años ha resultado herido. Está ahí solo, incapaz de incorporarse. Fournier le grita que no se mueva, que van a acudir en su ayuda. Al hombre le embarga una mezcla de ira y de compasión, que conforma el fondo ardiente de su carácter. De súbito, los guardias franceses salen de su retiro y disparan en dirección a la Bastilla. A Fournier se le acelera el corazón y se lanza a través del patio.

Asiéndolo por el hombro, arrastra al chico para ponerlo a salvo de las balas. Y de inmediato deciden trasladarlo al Ayuntamiento, la herida tiene mal aspecto, hay que partir al punto, no se le puede dejar morir. Lo alzan aprisa y corriendo sobre un trozo de tabla. Lo acarrean dando tumbos hasta la calle. Pero la rue Saint-Antoine se hace de pronto larguísima, la tabla raspa los dedos, el chico gime. Fournier también ha recibido un balazo; cojea. Amotina a toda la gente con la que se cruzan. Realiza tremendas proezas de lenguaje, vocifera que se necesitan armas y pólvora —habla como un corredor de comercio— para los postes, los muros, las empalizadas. Cuando le contestan que eso hay que ir a pedirlo al Ayuntamiento, explica, con la litera apoyada en la pierna, que ya han estado allí, que no les darán nada, que el alcalde de París es un mamarracho. Tras ellos, prosigue el fuego; pero una vez rebasado Saint-Paul, da la impresión de que todo se ha detenido, la fusilería hace un ruido intermitente y lejano. La gente se acerca con timidez. Preguntan qué le ha sucedido al chico. Fournier lo cuenta todo y de nuevo se encorajina. Una ráfaga de viento le barre la cara. Con él, la Revolución empieza en la calle. La multitud se aparta. Los hombres están baldados, unos desconocidos los ayudan. Hacen un alto junto a la fuente; depositan la camilla, titubeando. Fournier moja un pañuelo en el agua para enjugar la frente del herido.

Entre los porteadores, hay un tipo gigantesco; sostiene él solo un lado de la litera. Fournier lo mira. Es un negro. Fournier y el negro se miran. El muchacho delira y gime. Lo colocan junto a la fuente; Fournier y el negro se inclinan sobre él. Yo veo a los dos hombres y al muchacho, pero quizá estoy soñando. Son una alucinación, el hombre irascible, Fournier, el hombre pendenciero, el petimetre arruinado, convertido a la ira, y el negro, Delorme, los dos, frente a frente, al alba. Y si bien Fournier es un antiguo colono, si montó su fábrica de tafia a porrazos y lo perdió todo, el negro tampoco es un tipo cualquiera. Se llama Guillaume Delorme. Hace algún tiempo, durante una reunión de colonos en casa del abogado Joly, su presencia no pasó inadvertida; al pie de la libreta de quejas, para sulfurar a los demás, firmó «*de Lorme*»; un negro con partícula. Más adelante, mucho más adelante, cuando el torrente se lo hubo llevado todo, lo volvemos a encontrar el 2 de pradial, apuntando un cañón hacia la Asamblea Nacional; en las calles del barrio de Saint-Antoine, levanta la última barricada de la Revolución.

El sol sonrosa las fachadas del barrio del Marais. Los espejos retroceden. Un trapero recoge los sollozos. Fournier se restriega con la manga sin despegar la mirada del otro. Y me los imagino, a Fournier el Americano, cuya amargura corre parejas con el rencor político, y a Guillaume Delorme, el negro *sans-culotte*, uno blanco, el otro negro, cual dos cuerdas que se trenzan, examinándose, curiosos, repasándose, husmeándose tal vez, en algún lugar entre la iglesia de Saint-Paul y la Croix-Blanche. Me los imagino inclinados sobre un muchacho herido. Han cruzado el océano, uno, hijo de esclavo, entre barriles de azúcar, camino de Europa, el otro, pobretón, que parte a buscar fortuna en las Antillas. Sus vidas se han cruzado, impelidas por irremisibles contradicciones. Pero la vida rectifica en ocasiones la impronta de nuestras luchas; Fournier lo ha perdido todo y ha vuelto hacia atrás, echando pestes. Y ahora, helos aquí en torno a una litera, sosteniendo, el uno, un pañuelo húmedo, el otro, la mano fría del chico. Sobre ellos pasa el Atlántico en forma de nubes.

El herido tiene sed. El negro le da de beber. El niño sonríe y le acaricia el pelo crespo. El negro se ríe. Los ojos del chiquillo se cierran. Le tiemblan los labios. Delorme le rasga la camisa, la herida está muy roja; se la cura como puede. Sus manos negras están teñidas de sangre. Fournier habla suavemente y sostiene la cabeza del niño que llora. No va a morir, mal empezaría el día. Acude gente por doquier, se apretujan, conmovidos, a la luz del amanecer, preguntan qué sucede; los han despertado los disparos de fusil. «¡Matan a los niños!», responde Fournier.

* * *

En torno a las diez y media, los sublevados que vienen de los Inválidos irrumpen de todas las calles circundantes. Las plazas se llenan, las zonas aledañas a la prisión están atestadas. Se propala un rumor. Un chiquillo corre entre los grupos y grita que un batallón del rey se acerca por el norte. La gente habla en los umbrales de las puertas. Se llaman unos a otros. ¡Qué desastre! Un comerciante propone ir al Ayuntamiento; hay que avisar a la Asamblea, reclamar la ayuda de Lafayette. Pero de inmediato hay protestas, alguien grita que Lafayette es un mamarracho, que el preboste es un mamarracho, llegan a las manos. Entre discusiones de pequeños comerciantes y cháchara de pescaderas, un tipo gordo, barba negra y camisa entreabierta, consigue amotinar a varios hombres; y se van hacia la puerta Saint-Denis con el fin de detener a los soldados. Pero los que entran en París no son los ejércitos del rey, son hordas de desertores.

Dicen que aquel día se juntaron cerca de doscientas mil personas en torno al monstruo, lo que representa la mitad de la ciudad, sin contar a los recién nacidos, los ancianos y los enfermos; es decir, que está todo el mundo. Debe de ser un gentío fabuloso, una especie de totalidad. Lo nunca visto. La totalidad se nos escapa siempre. Pero allí, aquella mañana, aquel 14 de julio, hay hombres, mujeres, obreros, pequeños comerciantes, artesanos, incluso burgueses, estudiantes, pobres; y no faltarán numerosos rufianes de París, atraídos por el desorden y por la increíble ocasión, pero quizá también, como todo el mundo, por algo más difícil de expresar, más imposible de perderse, más gozoso.

En la fortaleza crece la inquietud. El gobernador sube a las torres. Oye bramar a la multitud allá abajo, la ve culebrear como una aguada hirviente. Se diría que París acaba de ser tocado por una inmensa varita mágica; es un continuo fluir, entre las paredes amarillentas, a través de los jardines y a lo largo de los fosos. Gente por doquier. Hay que imaginárselo. Hay que imaginarse por un instante al gobernador y a los soldados de la ciudadela echando una ojeada por las almenas. Hay que figurarse una multitud que es una ciudad, una ciudad que es el pueblo francés. Hay que imaginar su estupor. Hay que imaginar el cielo oscuro, tormentoso, el pesado viento del oeste, los cabellos que se pegan a los rostros, el polvo que enrojece los ojos, pero, sobre

todo, la multitud, en el borde de los fosos, en las ventanas de las casas, subidos a los árboles, a los tejados, aquí y allá.

Durante su larga historia, la Bastilla había sido tomada en tres ocasiones. La primera, durante la jornada de las barricadas, el 13 de mayo de 1588. La segunda, a la entrada de Enrique IV en París; resistió unos días y al final cayó. La tercera, durante la Fronda. Pero el 14 de julio, la Bastilla no está sitiada por el duque de Guisa y un puñado de bribones, no está hostigada por los ejércitos del rey de Francia, ni por los del príncipe de Condé. No. La situación es totalmente nueva, sin precedente en los anales. El 14 de julio de 1789, la que sitia la Bastilla es París.

París

Una ciudad es una enorme concentración de hombres, pero también de palomas, de ratas, de cucarachas. Las ciudades aparecieron hace unos cinco mil años, nacieron en algún lugar entre el Tigris y el Éufrates, como la agricultura, la escritura o el jardín del Edén. Caín marcaría el origen de la primera ciudad, en el país de la errancia. Y, en efecto, cada ciudad es una reunión de emigrados y errabundos, la cuna de todos los apátridas. Allí nacieron al parecer los metales y el arte de la flauta. A menudo Dios castiga a las ciudades: Enoc con el Diluvio, Sodoma y Gomorra con una lluvia de fuego y Jericó con un toque de trompeta. Porque la ciudad es el recurso que halló el hombre para escapar al proyecto de Dios.

Pero en esta ocasión, el 14 de julio de 1789, Babilonia será más fuerte que el Diluvio, más viva que la hoguera, más ruidosa que todas las trompetas. Ahora la ciudad es inmensa, París es una de las mayores ciudades del mundo, no es ya una villa, con su ágora, su foro, es una gran ciudad moderna, con sus suburbios, con la miseria que se aglutina a su alrededor, saturada de noticias y poblada de rumores. En ella se encuentran gentes de toda Francia, e incluso del extranjero, emigrados que hablan su jerga, mezclan sus vidas y acceden a la experiencia que se deriva de ser muchos: el anonimato. Sí, ahora somos anónimos, nos hemos desgajado de la familia antigua, redimido de los lazos feudales, desembarazado de lo habitual, liberado del prójimo.

París es una masa de brazos y piernas, un cuerpo lleno de ojos, de bocas, una barahúnda por tanto, soliloquio infinito, diálogo eterno, con innumerables

azares, contingencia en abundancia, vientres que jaman, viandantes que cagan y sueltan sus aguas, niños que corren, floristas, comerciantes que parlotean, artesanos que curran y parados sin ocupación. Porque la ciudad es una cantera de mano de obra barata. Y cuando no se tiene empleo, se aprende mucho. Se aprende a rondar, a observar, a desobedecer, también a maldecir. El paro es una escuela exigente. Uno aprende que no es nada. Eso puede ser útil.

Una ciudad es un personaje. Ni vodevil ni tragedia, no, es un personaje para pieza al aire libre, sin figurantes, sin coro, sin puesta en escena. Es una masa, una muchedumbre, bullicio excitante, una caterva, una multitud. A París han venido de todas partes, de Pontarlier, de Gigny, de Épernay, de Loudun, de Guémar, de Montpeyroux, de Quenoche, de Verrières, y se han hecho sastres, zapateros, jornaleros, funcionarios, mendigos, putas. Se llaman de apellido Mathieu, Guillaume, Firmin, porque los pobres no suelen tener nada mejor que ponerse. Pueden también llevar apellidos y nombres iguales, Pierre Pierre, Jean Jean; eso rubrica dos veces su pobreza. Tienen también apellidos de oficios, Mercier, mercero, Meunier, molinero, Lesaulnier, salinero, Vigneron, viñador, porque bregan, sí, por encima de todo están ahí para eso, para deslomarse. Pero también ostentan nombres ridículos, Godailler, Quignon, Fagotte, Bourgeonnau, Tronchon, Pinard, puesto que no son más que moscas y escoria. También tienen apodos, Pasquier alias Branchon, Munsch alias Meuche, Heu alias Harmand. Pero pronto tendrán un nombre, se llamarán Étienne Lantier, Jean Valjean y Julien Sorel.

* * *

En un siglo se han trazado más de un centenar de mapas de París; pero la ciudad avanza por todas partes. Cambia de forma y sigue desbordándose. En 1705, el geógrafo Nicolas de Fer diseña un plano de París para uso de la policía; pero tan pronto como ha concluido el mapa, zas, se ha quedado pequeño, la ciudad revienta. Jean de la Caille asume la labor. Serán veinte hermosísimas planchas, trocitos recortados como porciones de un pastel. Pero, una vez más, las vendedoras de infusiones y de sombreros viejos siguen hasta cada vez más lejos las diligencias polvorientas, la ciudad hace de las

suyas, la asfixiante amenaza de quedarse sola la tortura, extiende los brazos, se estira en los marjales, abre las piernas.

Ya Luis XIII, pese a ser hombre cortés, había decidido fijar los límites de París, encorsetar la ciudad, y la administración real se había esforzado en colocar barreras, postes. En vano. La ciudad se extendió. Luis el Grande también lo intentó; deseaba acotar París en unos límites razonables; su proyecto no lo era. La ciudad creció más y más, y, ya bajo la Regencia, se desbocó. Jaillot elaboró un nuevo plano, pero apenas le dio término, a los pocos minutos quedó desfasado. No bien alcanza la mayoría de edad, Luis XV se lanza al ruedo, y el padre Jean Delagrive, que dos años atrás había publicado un plano de la capital antes de destruirlo, juzgándolo demasiado imperfecto, acepta el reto. Después realiza numerosos trazados, se abandona a los meandros embarrados de la realidad, se pierde en los dédalos de callejuelas y callejones sin salida, se aclara al final, y su plano es el primero en que aparecen los Campos Elíseos. Demasiado tarde, la ciudad se ha marchado ya, ha vuelto a abrir las patas. Entonces deciden jugar fuerte, el poder está harto de esa capital toda abollada, y nivelan, alisan; la ciudad ha de ser tan plana como un mapa de geógrafo, tan suave como una hoja de papel. Y los planos se multiplican, se superponen, el Scotin, el Cassini, otro Delagrive, el Seutter, el Vaugondy, un último Jaillot, se suceden en un abrir y cerrar de ojos. Nada que hacer. La ciudad sale de sí misma, se extasía, se vomita, exhibe sus relieves; Belleville y Montmartre forman parte ya de París.

Por último, asciende al trono Luis XVI, el bondadoso; pero como todos los tiranos indulgentes, magnánimos, será más feroz que sus predecesores. Sea como sea, se aferra a su capital. Durante su reino con fama de bonachón, se planimetra a destajo. Esnauts & Rapilly elaboran un maravilloso y pequeño mapa; viene luego el de Bonne, donde el Sena dibuja su bello signo de interrogación; a continuación Esnauts & Rapilly reinciden, intentando superarse. Y así numerosos cacógrafos se encaramarán al caballo de madera y entrarán en el tiovivo. De mapa en mapa, la ciudad crece a ojos vistas como un niño en las fotografías, como si hojeáramos un furioso folioscopio. ¡Ah!, más les valdría a esos geógrafos esperar un poquito a que acabe de estirarse para retratarla. Pero no, quieren reproducirla en vivo y depositarla al punto en su lecho de muerte. La ciudad no lo consiente. Versalles se sulfura; puesto que la ciudad no quiere estarse quieta, la ceñiremos con una inmensa barrera, nada que ver con la antigua muralla de Felipe Augusto. Habrá puertas, peajes; los recaudadores de impuestos harán pagar sus derechos de entrada, la ciudad será tomada como rehén, se podrá obligarla a que devuelva lo robado. Y, en

efecto, París queda encerrada; a base de ladrillos y de sillares, la ciudad queda rodeada por un muro gigantesco. Se cercan más de tres mil hectáreas. Las obras se realizan a buen ritmo; 1786, el recinto meridional está terminado; 1788, Ledoux acaba de dar término a la rotonda de la Villette, y, a través de su espléndido pozo de luz, puede contemplarse el cielo. Los parisinos echan pestes.

Pero apenas está terminado el muro, ni siquiera se ha inaugurado cuando, durante la noche del 12 al 13 de julio, los parisinos incendian sus barreras y abren numerosas brechas en la enorme cáscara. ¡Pobre muro de los recaudadores de impuestos! No habrá aguantado más tiempo que los planos de la ciudad. Ni la geometría territorial ni el arte de las cercas han logrado atar corto a esa enorme masa de hombres. Además, la ciudad se ha convertido en una vasta obra, los peatones zigzaguean entre los andamiajes, los montones de arena y de piedras. Las calles se prolongan, se derriban las casas antiguas, y la ciudad sigue desplegándose sin cesar, lasciva, concupiscente.

La multitud

Hay que escribir lo que se ignora. En puridad, se desconoce lo que ocurrió el 14 de Julio. Los relatos que poseemos son encorsetados o descabalados. Hay que plantearse las cosas a partir de la multitud sin nombre. Y debe relatarse lo que no está escrito. Debemos deducirlo del número, de lo que sabemos de la tasca y de la calle, del fondo de los bolsillos y de la jerga de las cosas, mondas deformadas, mendrugos de pan. El parqué se agrieta. Se divisa al grandísimo gentío mudo, masa afásica. Están allí, en la Bastilla, cada vez hay más personas en las calles de alrededor. Los que no disponen de fusiles van armados con palos, con dañinas puntas herradas, mazas, sacacorchos, ¡tanto da! Desde el Arsenal hasta Saint-Antoine, los muelles y las calles están atestados de gente. Los pordioseros, los limpiabotas, los cocheros, todos los campesinos llegados a París para buscar pitanza están allí. Los estudiantes arrancan las estacas de las empalizadas, las patas de los taburetes, los brazos de las carretas. Saltan, gritan. Pesadas nubes se desplazan por el cielo. Mean delante de las puertas.

¿Qué es una multitud? Nadie quiere decirlo. Una mala lista, redactada más adelante, permite ya afirmar lo siguiente: ese día, en la Bastilla, está Adam, nacido en Côte-d’Or, está Aumassip, vendedor de ganado, nacido en Saint-

Front-de-Périgueux, está Béchamp, zapatero, Bersin, trabajador del tabaco, Bertheliez, jornalero, originario del Jura, Bezou, de quien no se sabe nada, Bizot, carpintero de obra, Mammès Blanchot, de quien tampoco se sabe nada, aparte del bonito nombre que tiene y que parece una mezcla de Egipto y de estiércol. Está también Boehler, carretero, Bouin, zurrador, Branchon, de quien no se sabe nada en absoluto, Bravo, carpintero, Buisson, tonelero, Cassard, tapicero, Delâtre, recaudador, Defruit, herrero, Demay, albañil, Delore, botillero, Desplats, herrero, Devauchelle, aguador, Drolin, cerrajero, Duffau, zapatero, Dumoulin, labrador, Duret, panadero, Estienne, desconocido, Évrard, pasamanero, Feillu, trabajador de la lana, Génard, empleado, Girard, profesor de música, Grandchamp, dorador de metales, Grenot, techador, y Grofillet, y Guérin, y Guigon. ¡Vaya!, ya tenemos un buen puñado de mamíferos, hombrecillos de Brueghel.

Están también Guindor, baulero, Hamet, frutero, Havard, portero, Héric, desconocido, Heulin, jornalero, Jacob, del Marne, Jary, peón caminero, Jacquier, desconocido, Javau, bombero, ¡y Joseph, carpintero! Son extraños los nombres, nos da la sensación de tocar a alguien. Y así, incluso cuando ya no queda nada, cuando sólo sabemos un nombre, una fecha, un oficio, un simple lugar de nacimiento, creemos adivinar, rozar. Parece que podamos entrever un rostro, un aire, una silueta. Y, entre las mandíbulas del tiempo, creemos a veces oír voces, la de Jouteau, calderero, la de Julien, camarero, la de Klug, candelero, de Kabers, el prusiano, de Kopp, el belga, de Lamouroux, el mecánico, de Lamy, trabajador portuario, de Lamboley, el bracero, de Lang, el zapatero, de Lavenne, el albañil, del hojalatero Lecomte, e incluso la de Lecoq, que no dejó más rastros que una mosca. Hay miles de tipos con delantal, con sus picas, sus hachas o sus navajas. Están Peignet, cuya madre se llama Anne Secret, cosa sublime; Richard, que acabará ciego, en los Inválidos. Sagault, que morirá dentro de una hora. Julien Bilion, que conversa, más allá, con unos compañeros. Están Poulain, bracero, Vachette, jornalero, Jonnas d'Annonay, Jacob del Bajo Rin, Secrettain de Boissy-la-Rivière, y Raison, y Cimetière, y Conscience, y Soudain, y Rivière, y Rivage.

Por supuesto, un nombre no es gran cosa. Una profesión, una fecha, un lugar, modesto estado civil, una etiqueta. Son las sílabas de la verdad. Legrand, que era portero, Legros, capitán, Legriou, montador de péndolas, Lesselin, peón, Masson, el vendedor de clavos, Mercier, el tintorero, Minier, el sastre, Saunier, el trabajador de la seda, Térière, el aserrador, Mique, el cerrajero, Miclet, el Juan Lanas, los hermanos Moreau, Juan Lanas también, Motiron, el fabricante de cordones, Navizet, el dorador, Nuss y Oblisque, los

ná de ná, todos han nacido, y han currado y zampado y bebido y caminado de acá para allá por París, y por supuesto ese día estaban en carne y hueso en la Bastilla. Sí, estaban Pinon, el botero, Paul, el médico, y Pinson, y Potron, y Pitelle, sí, estaban todos allí, tras su barba de tres días y la verja oxidada del alma, farfullando, al pie de las murallas de piedra.

Sí, abajo del todo, entre los árboles del jardín del Arsenal y las callejas del barrio de Saint-Antoine, sabemos que estaban un Plessier, y un Ramelet, vendedor de tintorro, que seguramente se despepitó todo lo que pudo, ¡y un Pyot del Jura, un Raulot de ningún sitio, un Ravé de no sé dónde, un Quantin, sin señas, un Quenot! Estaban incluso un Poulet, al parecer, y un Quignon, un Rebard, un Robert, un Rogé, un Richard. Los había para todos los gustos, los había para el listín entero. Estaban un Roland con una sola ele y un Rolland con dos, estaban un Roseleur y un Rotival. ¡Ah!, qué entrañables son los nombres propios; el listín de la Bastilla es mejor que el de los dioses de Hesíodo, se nos parece más, nos refresca el cerebro. Así que, adelante, no nos detengamos, nombremos, nombremos, recordemos a los famélicos, a los melenudos, a los napias, a los bizcos, a los tipos legales, a todo el mundo. Recordemos un instante a ese Saint-Éloy que, por una feliz casualidad de los nombres, vive en Saint-Éloi, y que se dedica al hermoso trabajo de encargado de una casa de baños, recordemos a Saveuse, el gendarme, a Sassard, el gilipollas, a Scribot, el destripaterrones, a Servant, el subalterno, a Serusier, el verdulero, y a los dos Simonin, uno de Ludres, el otro de Bayona, y a Thurot, de Tournus, y al gran Athanase Tessier, a quien no conoce nadie, procedente de Gisors, solo sin duda, y que a los veintitrés años está allí, en medio de la multitud, feliz. Porque son rematadamente jóvenes los que están delante de los fosos de la Bastilla. Taboureux tiene veinte años, Thierry tiene veintiséis, y el otro Thierry diecinueve, y el tercer Thierry, cuya edad desconocemos, no será mucho mayor, Tissard tiene veintitrés años, Touverey veintiuno, Tramont veinte, Tronchon veintiuno, Valin veintidós. No hay nada tan maravilloso como la juventud. Pero están también los nombres sin fecha, sin oficio, sin nada, más entrañables acaso, los Verneau, los Vichot, los Viverge, ¿quién da más? Está Perdue, alias Parfait. Paul, alias Saint-Paul. Vattier, alias Picard. Bouy, alias Valois. Bulit, alias Milor. Cadet, alias Labrié. Cholet, alias Bien-aimé. Están los padres y los hijos, los hermanos. Guillepain I y Guillepain II. Tignard I y Tignard II. Están Voisin I y Voisin II. Los dos Caqué. Los dos Camaille. Cuatro Baron. Están Berger y Bergère. Están Goutte y los dos Goutard. Están Petit, está Lenain. Está Villard, alias Commissaire. Está Becasson. Está Boulo, está Bourbier. Está Caillou, está

Canon. Está Quitte, está Pardon. Está Renard, salido de su novela. Está Robin, salido de su canción. Está Roussel, que es cadete, también como diría la canción. Están Lelièvre y Leloup. Están Leblanc y Lenoir. Están Ride y Ridelle. Están Tiné y Tinard. Está Tétu. Está Tondu. Y los nombres se destrozan, se desgastan pegados unos a otros, y así están Pahn y Prou, Wouasse y Onasse. Y ese Pecheloche, de nombre tan dulce, y ese Pasquier apodado Branchon, y ese Parmentier, que vive en Regret, y ese Pierrat, que vive en Liesse.

La mayoría son extranjeros. Han venido a buscar trabajo y se arraciman en los suburbios. La región de donde proceden habla el bearnés, el vasco, el berrichón, el champañés, el borgoñón, el picardo, o el poitevino, y aun el *sous-patois*, el *maraîchin*, el *mâconnais*, el *trégorrois*, y así hasta el infinito. De este modo, Jary venía de Saint-Mars-d'Outille, Houard venía de Jouy, Falize era de Amiens, Folley de Citers, Garneret de Quenoche, Garson de Beuvrage; y había emigrantes arrancados de más lejos. Medel importado de Mutzig, Cabers importado de Lovaina, Kiffer contrabandeado de Oberdorff, y el guapo Calcina Melassi procedente del Piamonte.

¡Ah!, los embarga una curiosa sensación de bienestar, una suerte de felicidad que no conocían. Cantando se precipitan hasta la Croix-Faubin. Fagotte charla con un tipo que es de Pontarlier y atiende al memorable nombre de Athanase Gachod. Y todo el mundo charla. Lapie, que es de París, charla con Melot, que es de Malbrans. Naizet, el feriante, charla con Collet, que viene de Landrecies. Se mezclan todos los acentos, las jergas, los oficios. *Ferry* que viene de la Sarre, Feuillet que viene de Issoudun y Boussin que viene de La Vèze y Bournillet que baja de Allonnes y Bezou que viene de ninguna parte y palmará de cólera en París cuarenta años después, y Bastide que viene de Aimargues y volverá allá para palmar en la miseria, y Bock y Boisson, y los dos Bocquet, uno de Venarrey y el otro de Dompierre. Resulta demencial la cantidad de vidas que contiene un suburbio. Y aunque el tiempo ha conservado el rastro de cientos de hombres, de las mujeres, por el contrario, tan sólo nos quedan unos nombres: Marie Choquier, Catherine Pochetat, Marie Charpentier y Pauline Léon. El río se detiene allí; se oculta bajo tierra. Y si bien las mujeres han quedado tan diezmadas en nuestras memorias, si bien sus apellidos de solteras han desaparecido, si sus señas, su fecha y lugar de nacimiento no han llegado hasta nosotros, al menos nos quedan sus nombres de entonces. Se llaman Thérèse o Marie-Thérèse, Louise o Marie-Louise, Catherine o Marie-Catherine, Jeanne o Marie-Jeanne, Anne o Marie-Anne, pues hay miles de Maries en esa multitud del 14 de julio y miles

de Jeannes, pero también hay Geneviѐves, Élisabeths, Madeleines, Françoises, Gabrielles, Juliennes y Marguerites, sí, allí están todas, dan el brazo a Bock y a los dos Bocquet, al de Venarrey, como al de Dompierre. Con Melot comparten una manzana, con Barrot intercambian una broma, con La Vèze y Bournillet, una sonrisa. Pero todavía las llaman con el apellido del marido, la Garnier, la Lorion, la Gerveau, la Lambert, la Blanchet, la Jutot, que lava la ropa, la Cottin, que pimpla en la taberna, la Beaudra, que pone a secar sus paños, la Quinquet, que sopla su vela, la Titus, que zurra a su crío, la Navet, detrás de su mostrador, y la Bassin, delante de su lavadero. Además esas mujeres tienen oficios, son vendedoras ambulantes, costureras, obreras, pulidoras, alquiladoras de sillas, vendedoras de sombreros viejos, vendedoras de pescado fresco, vendedoras de bastones, de fruta, de alfileres, de cirios, de crestas de gallo, vendedoras de todo.

¿Y cuántos más había, cuyos nombres cayeron en el olvido? Nadie lo sabe. Nadie los conoce. Sin ellos, no obstante, no hay multitud, no hay masa, no hay Bastilla. Por fuerza hay que llegar a ellos a través de la pequeña maraña de los testimonios, a través de esa linde que se deshilacha, que arranca de los grandes testigos y se diluye conforme nos dirigimos a la multitud, conforme nos acercamos al pueblo. Y así, desde Cholat, vinatero, iletrado, que dejará aun así un pequeño informe que ha dictado, hasta Claude, que contaba entonces veintidós años y era hijo de Antoine, calderero, y de Marie-Louise, y que, en 1789, vivía en la rue de Lappe, lo que constituye ya de por sí una pequeña historia, nos falta recorrer aún un buen trecho y llegar hasta Roger, de quien sólo sabemos el nombre de pila, nada más, Roger, y desde allí, a partir de esas dos míseras sílabas a las que tanto hemos apelado desde entonces, en los cafetines, en todas las fábricas de Francia y de Navarra, desde el fondo del mutismo aterrador de las cosas escritas, al final tenemos que abandonar todo vestigio, ausentarnos de las letras, prescindir de los archivos, morder la nada y caer en la gran cuba donde ya nadie tiene nombre.

Un representante del pueblo

Las nubes abofetean el cielo. El viento silba en las calles, se retuerce bajo los tejados y forma grandes mantos de polvo. Hay que entornar los párpados, respirar tras un faldón de la chaqueta. Una inmensa excitación ha invadido los suburbios, la gente teme a los regimientos reales que tienen sitiado París, se acuerda de Réveillon, de los trescientos muertos; quiere plantar cara. Algunos explican que el príncipe de Lambesc corre hacia el Ayuntamiento. Se necesitan armas y pólvora para defenderse. Y nuevos grupos de obreros y artesanos, hombres y mujeres, cruzan de continuo la puerta Saint-Antoine. Intentan deslizarse como pueden por el camino de la Avancée. Bock y los dos Bocquet se aúpan juntando las manos. Detrás de ellos, una mujer les dice que no se imaginan lo *muchó* que *andó* ayer. Toinette besa a Bezou. Madeleine despeina a Melot. De pronto, la gente se aparta, se acerca una delegación del Ayuntamiento en medio de la multitud. Los soldados repelen a los curiosos. Tres hombres, Jacques Belon, oficial de arcabuceros, Charton, sargento de los guardias, y Billefond, sargento primero, intentan alcanzar mal que bien el primer puente levadizo. Una alquiladora de sillas distrae al auditorio imitándolos. Los rodea una gran multitud y les cuesta lo suyo abrirse paso; la gente se burla un poco de ellos, se ríen, los empujan suavemente. Al ver a la inmensa multitud que los seguía, De Launay, el gobernador de la Bastilla, les comunicó que sólo podían entrar ellos tres, que él enviaría a modo de rehenes a cuatro oficiales de bajo grado. Al final fue recibida la pequeña delegación.

Ésta exigió educadamente que De Launay retirase los cañones que amenazaban la ciudad. Se asegura que Bernard-René Jourdan de Launay era hombre falto de experiencia, que planteó mal la defensa de la fortaleza, y que dio muestras de suma debilidad e indecisión. Pero durante los días anteriores a la sublevación, De Launay había reforzado rigurosamente las defensas. La ciudadela le resultaba en extremo familiar; hijo de un gobernador de la Bastilla, al parecer nació dentro de sus muros. Su hija estaba casada con el barón de Jumilhac, cuyo padre había sido asimismo gobernador de la fortaleza, de modo que De Launay estaba emparentado con la Bastilla por partida doble. Hasta la edad de nueve años vivió allí, corrió por las torres, revolvió en sus sótanos e hizo equilibrios sobre las cureñas de los cañones. Allí transcurrió toda su primera infancia. El 14 de julio de 1789, llevaba viviendo unos veintidós años en la ciudadela. ¡Veintidós años! No era lo que se dice un pipiolo.

Los cañones son retirados de las troneras. El gobernador invita a comer a la delegación. Entretanto, la multitud no se apacigua. Se han subido a los tejados, han trepado a las farolas, y comienzan a hacerse preguntas sobre los tres tipos que han entrado en la Bastilla. La gente habla, se pelea, argumenta. Las mujeres reparten vino; entre ellas, ha perdurado un nombre, el de Marie Choquier. Tiene veintitrés años, su madre es vinatera en Laval, es cuanto se sabe de ella.

La multitud se espesa por momentos. Cada vez es más compacta. Los sublevados de los Inválidos han llegado con sus fusiles y reclaman pólvora. Una segunda delegación se abre paso a duras penas. Es la más famosa de las cuatro delegaciones que se designaron aquel día; a la cabeza está Thuriot de La Rosière, acompañado por dos soldados, Bourlier y Toulouse. Thuriot deja a sus dos guardias en el puente levadizo; un inválido lo conduce ante el gobernador. Seguía allí Belon, terminándose un refresco. Thuriot y él se saludaron amablemente, y a continuación Belon abandonó la Bastilla. Pero a la multitud se le había hecho largo el tiempo transcurrido; lo zarandearon, preguntándole acerca de lo que se había hablado, lo que había exigido u obtenido, y comoquiera que sus respuestas resultaban confusas, lo sacudieron un poco. Un buen tío, Ribaucourt, acudió en su ayuda y consiguió sacarlo del apuro. Así se cruzaron, en un pequeño y cómico *ballet*, las dos primeras

embajadas. Las gentes del Ayuntamiento desean que se retiren los cañones con el fin de calmar los ánimos; pero repartir la pólvora, ni en broma. Entre el pueblo y quien se erige improvisadamente como emisario suyo, se abre de pronto un abismo. Toda la Revolución está ya ahí. La Llanura o la Montaña. La Constituyente o la Convención. El aplazamiento o la voluntad popular. Son las once y media de la mañana.

La delegación de Thuriot venía del distrito Saint-Louis-de-la-Culture. La idea era hacer entrar a una guardia burguesa en la plaza. Para apaciguar a la multitud, Thuriot quiso cerciorarse de que se habían retirado los cañones y de que no estaban cargados; exigió subir a las torres. El relato de este episodio constituye la pieza maestra de Michelet. Pasaje atormentado, emocionante, en el que ejercita de maravilla *el poder de las lágrimas*. Concibe un gran papel, el del parlamentario «sin miedo ni piedad, que no conoce obstáculo alguno». Según el gran historiador, Thuriot encarna «el genio colérico de la Revolución». Pero si todo eso enardece al lector, si la pieza está lograda, tan lograda que resume por sí sola cierta concepción humana, sensible, del arranque revolucionario; si Jules Michelet logra convertir la delegación de Thuriot de La Rosière en el momento más deslumbrante de la jornada, episodio emblemático que sitúa en el centro de su dispositivo literario, el ombligo del 14 de Julio; si nos envuelve con palabras, nos embriaga de gloria, pese a las escasas consecuencias que tuvo el acontecimiento, si lo agranda y lo abulta para transformarlo en una escena dantesca, una inverosímil hazaña, es porque, merced a un sublime malabarismo, como el diablo transportando a Jesús a lo alto del templo, eleva la figura del emisario por encima del mundo. Mediante uno de esos embrujos de la escritura, Michelet desliga al pueblo, inmensa masa oscura que avanza desde el barrio de Saint-Antoine, de su representante, que pasa a ser el auténtico protagonista de la Historia.

Así y todo, transcurridas más de dos horas, cuando Thuriot de La Rosière salió de la Bastilla, su situación distaba mucho de ese ditirambo; la multitud lo abucheó. Lo agarraron del cuello de la camisa y unos hombres armados con hachas lo rodearon. Lo increpaban a gritos. Bourlier y Toulouse, los dos fusileros que lo acompañaban, se habían perdido entre la multitud; durante un instante se quedó solo, muy solo. Lo empujaron, lo insultaron, lo acusaron. La cabeza debía de darle vueltas. Tenía a la sazón treinta y seis años; elector de los diputados del Tercer Estado en los Estados Generales, pese a ser bastante buen orador, hombre de tribuna y de salón, en la Bastilla, por el contrario, en medio de los pequeños artesanos, bauleros, sastres, caldereros, no está tan a sus anchas como en un estrado. Y resulta comprensible, parece un señor entre

aquella gente modesta. Nada que ver con la Asamblea, cuando tras la caída de Robespierre intente una conciliación entre montañeses y termidorianos, no son los pactos oficiosos los que pueden salvarlo aquí, agarrado por un pulidor de mármoles y un estibador. Y Jacques Alexis Thuriot de La Rosière —él, que será diputado de la Asamblea legislativa en 1791, allegado de Danton, miembro asiduo del club de los jacobinos, que posteriormente será elegido en la Convención, ocupando un escaño entonces en los bancos montañeses, y que votará a favor de la ejecución de Luis XVI, que participará en primera línea en la caída de los girondinos, que entrará en el Comité de Salud Pública, pero se sumará en otoño al movimiento de los indulgentes que condena el Terror y, volviéndose de repente más discreto, escapará a la carreta de los condenados— acabará abandonando la vida política; y mucho tiempo después del 14 de Julio, muchísimo tiempo después, hará una estupenda carrera de magistrado; tan estupenda que pasará a ser fiscal general en el Tribunal de Casación, y el 15 de mayo de 1813 Napoleón lo nombrará caballero del Imperio. Y cabe preguntarse, un tanto perversamente, eso sí —ya que los hombres incuban quizá una parte de su futuro en las malas decisiones que a veces les arrastran—, si ese día, el 14 de julio de 1789, no hay ya un poco de plata de cruz azul en el abismo, con una estrella de doce rayas doradas cantonada, a la diestra, con un ojo abierto —en vez del buen soldado Bourlier —, y a la siniestra, con una balanza de arena —en vez del fiel Toulouse—, como su escudo de armas lo consagrará más adelante.

Pero volvamos con él, vapuleado por la multitud, sin duda presa de vértigo, forcejeando, sin lograr salir del pasaje cuyas verjas se disponían a cerrar. En ese instante nos hallamos a años luz del bellísimo relato de Michelet, del coloso altivamente encaramado en la torre, que asoma la cabeza entre las almenas, y hacia quien el pueblo lanza un inmenso clamor. Thuriot camina de lado, protegiéndose la cara con los brazos, la levita rasgada, una mano lo agarra, saltan los botones de la chaqueta, le arrancan la camisa. Ahora llevará el cabello no tan bien rizado como en el medallón donde podemos admirar su perfil, menos esmeradamente recogido en las sienes, todo alborotado, hirsuto incluso. Y tal vez no oiga lo que le dicen; como tantos parlamentarios después de él, no escucha, no capta *lo que quiere* esa multitud, no oye lo que le gritan, porque baraja ya su pequeña idea, sus intereses, sus opiniones. No se le ocurre que la multitud pueda saber algo, incluso tener razón, y que, al fin y al cabo, ella es la soberana, lo son esas mujeres que cotorrean, esos cretinos que gritan, esa gente que lo agarra y le pide cuentas.

En ese momento preciso, Thuriot tal vez oye a los chiquillos que alborotan, los perros que ladran, las ruedas de una carreta contra el pavimento. Sueña. Ya no está allí. Es viejo y está en el exilio en Lieja. Hace de diputado de sí mismo en la nada. Negocia con la nube de estrellas que le sombrea los ojos, con el zumbido de su cráneo, el ronroneo de su oído. El pasado lo embarga, vaticina ante los talleres de la catedral, en Sézanne, su ciudad natal, aturdido por el estrépito que arman los zapateros, cuyas tiendas se cavaron en los flancos de la iglesia, como parásitos que corroyeran la piedra. Y mientras lo vapulean un poco, mientras su camisa y su levita están hechas jirones, Thuriot de La Rosière, cuya *rosa* está ya salpicada de saliva, mancillada por manos sucias, jaspeada de jugo de tabaco, se sofoca quizá bajo el aliento de Pichon, un calderero que estaba allí el 14 de julio, bajo las torres, o el bueno de Perdue, alias Parfait, de quien sólo sabemos el nombre y el apodo, o bien jadea entre los puños cerrados de Guigon, quien tras una carrera de soldado retornará a Privas en 1802 y reanudará su hermoso oficio de sastre y, más adelante, se hará cartero, por la gracia de la precariedad. Se asemeja a la tabla de El Bosco, a menos que sea de otro pintor, misterioso y acaso más grande, ya que el Cristo con la cruz a cuestas sobrepasa las ingeniosidades habituales del maestro, sus escenas grotescas donde se codean extraños batracios y en las que se toca la flauta con el culo, y donde las partituras de música aparecen impresas en el trasero. Sí, para imaginar a Thuriot en medio de la muchedumbre es preciso volver a ver esas cabezas asandwichadas, como pegadas unas a otras, afluyendo, acordarse de esas caras joviales que se tronchan, perfiles desdentados, ojos exorbitados, frentes relucientes por su calvicie incipiente, agujeros negros de la boca, boquetes, dientes cariados, hacinamientos de cocorotas y de bustos, jetas sobre jetas, y se entiende mejor entonces, no ya el contraste entre la elegancia de Thuriot de La Rosière y los supuestos andrajos de la multitud, sino lo que sentiría Thuriot, lo que alucinaría Thuriot, lo que maldeciría.

Pero en ocasiones los náufragos reciben auxilio. Al verlo, Bourlier y Toulouse se interpusieron animosamente entre la multitud y el parlamentario. Por último, otro soldado, Aubin Bonnemère, que venía de su mismo distrito, se lo arrancó a los que lo sujetaban, lo apartó de las manos de Marie Choquier, que lo zarandeaba, lo salvó de los brazos de Athanase Gachod, que lo aferraba por lo que le quedaba de camisa, y de las tenazas de Thouvenin y Sagault, que le taponaban el careto; y Thuriot pudo abandonar la escena sin demasiadas pupas, y marcharse un poco conmocionado. Aun así, no pudo zafarse del todo de su cortejo, caminó rodeado de gentes hostiles,

amenazantes, que querían oír lo que tuviera que decir antes de dejarlo ir, y saber lo que se había murmurado entre hombres de mundo en el interior de la fortaleza.

Una vez que hubo dado cuenta de su misión en Saint-Louis-de-la-Culture, la multitud, un tanto despechada, lo dejó regresar al Ayuntamiento. Allí, repitió el mismo relato, agobiado de cansancio, ya incapaz de nada. En ese instante, Thuriot desaparece, se evapora del 14 de Julio, *exit* Thuriot. Ha agotado su papel, cuando el asedio ni siquiera ha comenzado. Tras unos minutos de descanso, se retira de nuevo a Saint-Louis-de-la-Culture para intentar conjurar el peligro, calmando la agitación de su distrito. Pero antes de que se marchase, antes mismo de que abandonase la escena, mientras, a la luz de su delegación, el Ayuntamiento se planteaba publicar una proclama para apaciguar los ánimos e informar a la población de que el gobierno no tenía *ninguna intención de dar la orden de disparar a la multitud*, atronó precisamente el primer cañonazo.

El Arsenal

Se ignora dónde dio el disparo. A partir de entonces todo se torna más confuso. Los testimonios de la época están cargados de imprecisiones y lagunas. Hubo heridos. Pero ¿quiénes? Desonel tal vez, o Jacques Greffe, que fueron alcanzados durante la sublevación, uno no se sabe cómo, el otro de un disparo en las piernas, y debió de vociferar con su bonito acento de Bayona. La multitud se vio obligada a retroceder, incluso a ocultarse, a apiñarse en las calles de alrededor, a deslizarse tras las chimeneas en los tejados, a parapetarse tras las puertas de los figones. Debieron de eclipsarse detrás de los árboles, tumbarse, reptar, correr. Sí, debieron de correr, volar, pero también mantenerse bien erguidos, en actitud de desafío. Entre ellos, habría gente osada, temeraria. Habría de todo. Los chiquillos se escondían bajo las carretas, las mujeres se mantenían a la entrada de las casas. Y una vez pasado el primer momento de sorpresa, comenzaron sin duda a organizarse.

Después de dejar atrás la Grève, Cholat, pequeño vinatero de la rue des Noyers, recala en los muelles. Probablemente ha chillado, gritado con las gaviotas, escrutando el cielo, piulando frases hechas, efluvios de Jean-Jacques Rousseau que habría oído detrás de su mostrador y que repetía ahora como un oráculo salpicado de juramentos. Hasta entonces había servido tragos,

vendido su vino, despachado botellines de calvados, le iba más o menos bien, y sin embargo soñaba con algo distinto, pensaba que la existencia podía ser diferente, mejor. En su lengua de tabernero, se decía, claro que sí, para el caso todos somos iguales, pero tampoco es justo que unos se pasen la vida currando mientras que a otros siempre les sirvan. Debía de decirse eso y otras muchas cosas, rudimentos de ideas, medio formuladas, cuyos jirones constituían el fondo de su discurso. Llevaba toda la vida acarreando cajas de vino y enjuagando botellas; ya desde niño bregaba en la bodega de la rue des Lavandiers, y le subía las garrafas a su padre. Desparramaba paja en el suelo, pasaba la escoba mañana y noche, lavaba los vasos, desembarraba el reguero de delante de la tienda; y tan sólo había aprendido a llevar las cuentas de las consumiciones de los clientes y devolver el cambio. Era cuanto sabía hacer. Y sin embargo, entre dos idas y venidas a la bodega, le había quedado tiempo para forjarse opiniones, una concepción del mundo. Ni que decir tiene que su ideología podía parecer somera, ingenua quizá, vestigios de *El contrato social* oídos en el bistró, batiburrillo de experiencias contradictorias, las de un trabajador que es pequeño patrono.

Y no obstante, hoy, ni más ni menos que bajo el estímulo de esas ideas brumosas, él y unos compañeros acarreaban quintales de hierro colado a orillas del Sena, apartando con el pie las ramas que impedían el paso, repitiendo retazos mal digeridos de la *Enciclopedia*, para infundirse valor. Algunos de sus compañeros serían a buen seguro antiguos clientes a quienes había camelado, soltando su cháchara, rugiendo tras su mostrador a lo largo del año. Pero ahora ya no charlaban entre dos copas de orujo, se dirigían *realmente* con cañones a la fortaleza. A lo largo de los muelles, Cholat había arrastrado con él a unos a los que todo les importaba un bledo y que vegetaban bajo los plátanos; se habían sumado afablemente al grupito. Y todos aquellos hombres marchaban ahora hacia la Bastilla. Se llamaban Lenoble, Guyot, Ferrand, Lanneron o Laverdure, y había también un centenar de otros tipos, desertores, parásitos de figones, oportunistas. Al llegar a la rue des Trois-Pistolets, una vez rebasado el hermoso mascarón de encima de la puerta donde el demonio saca la lengua, algunos insistieron en conducir la artillería hacia la rue Saint-Antoine. Entre los cañones que trajina Cholat, hay uno totalmente plateado, precioso y que procede del Guardamuebles: es el cañón del rey de Siam.

Cholat propone pasar por el Arsenal, tal vez encuentren allí restos de pólvora, merece la pena ir a echar una ojeada. De inmediato arranca a correr por la rue du Petit-Musc: bonito nombre el de esa calle, el de un olor cálido,

envolvente. Pero significa algo más triste. La calle se llamaba antaño Pute-y-Muse, o sea, donde las putas se daban un garbeo, deambulaban. El nombre transmutó, como tan bien saben hacer los nombres, y de la Pute-y-Muse pasó a ser el Petit-Musse, y luego el Petit-Muce con *ce* (pequeño escondite) y finalmente el Petit-Musc, tan lindo. Esa calle existía ya en 1358. Algunas tradiciones perduran. Las putas permanecieron allí, entre aquellas callejas. En el puerto del Trigo hacían la calle las más míseras; sus cadáveres aparecían regularmente en el Sena. A buen seguro el 14 de Julio había busconas en las ventanas. Se oía cantar entre las persianas. Los chiquillos jugaban a la rayuela. Las moscas rechinchaban a los transeúntes. Las siluetas desvaídas se sucedían bajo los porches, escena monótona y triste. Cholat trota, seguido de algunos mozos, acarreando sus ochenta kilos de humanidad, jadeando. Zigzaguea entre los charcos; lo interpelan unas sirenas desde las ventanas y los umbrales, quieren saber qué sucede; contesta que se está luchando, que corre al Arsenal en busca de pólvora. Le gotea el sudor por los ojos. Tras la cortina de sal, vislumbra las pequeñas humaredas de la isla Louvier; una mula deambula entre las barcas. Se diría que Cholat corre por la nieve, lleva la camisa empapada, mira hacia arriba, ¡ah!, si se pudieran cosechar las estrellas como las patatas, si se pudiera reír y llorar a la vez.

Tras pasar Cholat por la rue du Petit-Musc, se difundió la noticia. Los pendones del puerto del Trigo subieron por la rue de la Mortellerie, interpelándose, entre risas, las busconas abandonaron la rue Poirier, de nombre tan inocente, y recalaron en la rue des Coquilles; las fulanas de Planche-Mibray y del carrefour Guilleri, hoy desaparecidos bajo el cemento, tiraron por la rue Saint-Antoine; las de Saint-Méry, las de Popincourt y de Saint-Marcel, en fin, todas las prostitutas de París afluyeron a la Bastilla. Ese día, las putas no pescaron clientes, sino que echaron una mano y cuidaron de los heridos, como siempre han hecho en las grandes jornadas de la Historia.

Al final, delante mismo del muelle, Cholat tuerce a la izquierda y corre hacia el cuerpo de guardia. Sin resuello, exige que abran el almacén de pólvora. Se sienta un instante y deposita la pistola sobre los escalones; le zumban los oídos y cierra los ojos. Sus párpados son grávidas esponjas oscuras. Le da la impresión de haberse quedado pequeñito, de estar sentado en el brocal de un pozo inmenso, negro. Alza la cabeza, un inválido sacude la ceniza del

cigarrillo. Se han incorporado unos hombres, que revientan a hachazos la primera puerta. Los soldados los observan sin inmutarse. En ésas, aparece un tipo, aterrado, que les dice que no dejen entrar a nadie, por temor a un posible fuego, y les reparte temblando la pólvora. Pero no es suficiente, el resto está en la Bastilla.

Dos noches atrás, los suizos habían acarreado doscientos cincuenta barriles de pólvora y los habían llevado rodando al patio, bajo mantas usadas. Al día siguiente, los soldados los bajaron a los subterráneos. Sin duda De Launay temía que algún grupo de sublevados se apoderase del Arsenal. Había hecho ensanchar las troneras, reparar el puente levadizo y reforzar las defensas de la Bastilla. Ahora, la multitud inquieta la asediaba.

Una vez vaciado el Arsenal, acarrearon los cañones por la rue de la Cerisaie en dirección a la ciudadela. Hacía cada vez más calor. Los hombres, jadeantes, los hacían rodar, resbalar. Las ruedas dejaban sus cicatrices en la gravilla. Por último, penetraron en la gran avenida del Arsenal. Y allí estaba la Bastilla, cara a cara, como lista para un duelo.

Sonó un primer cañonazo. Aquello pareció milagroso. No sucedió nada. La arena de la avenida enrojecía los ojos. Cholat nunca había disparado un cañón, y tampoco había utilizado un mosquete, vendía su morapio, servía a los parroquianos, enjuagaba los vasos y charlaba. Muchos hombres allí presentes se hallaban en el mismo caso. Al maniobrar la pieza, a Baron, alias Giroflée, las ruedas de la cureña le aplastaron el pie izquierdo. Lanzó un grito pavoroso. Le brotaba sangre de la bota. Echaron para atrás el cañón. Le quitaron la polaina y la bota para vendarle el pie. Con un pie descalzo y el otro calzado, el hombre continuó cargando la pieza. Un tal Canivet, un chaval de doce años, les traía de vez en cuando vino, un trozo de salchichón, y noticias de lo que sucedía al otro lado, en la rue Saint-Antoine.

De súbito, mientras el cañón vomitaba otra bala, un hombre fue derribado por el retroceso. Había intentado prender la pólvora con un trozo de tabla. El hombre se había echado sobre el cañón, procurando sostener la chilla ardiendo. El disparo se había producido demasiado deprisa y, al tropezar sobre la cureña, perdió el conocimiento. Aquello duró cinco minutos, nos refirió Cholat en su pequeño relato, pero es increíble lo que vaga una mente en cinco minutos; aquel día, la mente no debía de disparatar menos que de

costumbre, todo lo contrario, y entre las hileras de árboles que delimitan los muros y forman como un pasillo en dirección a la fortaleza, mientras su mano herida le hacía padecer, vio u oyó algo, a través de sus párpados, en el silencio del dolor, percibió tal vez un minúsculo torbellino de polvo, el vuelo rápido de un gorrión. Tal vez oyó, a través de la niebla, cuatro cañonazos. Desde entonces no se sabe nada de él. El hombre desaparece como apareció en la Historia, simple silueta.

En el mismo momento, Jean Rossignol sube por la rue Saint-Antoine. Están cerradas ya todas las tiendas. Con él van Pigeau, escultor, Pierron, carpintero, Fossard, relojero, Thirion, maestro ebanista, y Rousseau, farolero. Recorren la fachada de la iglesia de los Jesuitas, actualmente Saint-Paul, saltando entre los peldaños de la escalinata cuando un disparo procedente de la Bastilla abate a un hombre. La multitud se escabulle por la rue des Balais, la gente se esconde detrás de la fuente Sainte-Catherine. Silencio. El chico es un cartero del servicio de postas. No saben su nombre.

Los nombres son maravillosos. Y uno de los más maravillosos es sin duda Rossignol. Nació pobre en el barrio de Saint-Antoine, benjamín de una familia de cinco. A los diez años, Jean Rossignol se colocó de aprendiz. Cuatro años después abandonaba la capital para trasladarse a Burdeos, ansioso por embarcar. En vano. Contratado en una orfebrería, fue despedido al cabo de ocho días y vagó de aquí para allá.

Pasó el tiempo; se alistó en el ejército y, a los ocho años, lo abandonó y retornó al oficio de orfebre. El 12 de julio de 1789, de paseo por Belleville, entra a eso de las seis en una vinatería. Se dispone a bailar; entra una multitud que comienza a hablar de barreras derribadas e incendiadas. Los músicos se largan. La gente vuelca las mesas en medio de un tremendo barullo. Sale. Lleva una hora caminando. Se le pasa lentamente la borrachera. Le gusta caminar de noche por la ciudad, bajar por el barrio del Temple como si descendiera a toda prisa por una escarpadura interior, fumando, respirando, barajando toda suerte de ideas. Se cruza con pequeñas cuadrillas desperdigadas. Le gritan: «¡Viva el estado llano!». Fue su primer contacto con la Revolución.

Más adelante, el joven palurdo se convertirá en general bajo la Convención. Tras la caída de Robespierre, pasará un año en la cárcel.

Escribirá sus memorias, cuya primera frase: «Nací en una familia pobre», es por sí sola una novedad. Para ello hay que recordar las de La Rochefoucauld, que comienzan así: «He pasado los últimos años del ministerio del cardenal Mazarino en la ociosidad que conlleva por regla general la caída en desgracia…». O bien las del cardenal de Retz, cuyo «Señora, por repugnante que me resulte entregarle la historia de mi vida…» introduce coquetamente un millar largo de páginas. Pero por el momento, Rossignol no está redactando a la sombra sus memorias, no es aún general, no ha sido desterrado de París por Bonaparte, no corre aún de cárcel en cárcel, no ha sido deportado a las Comoras ni padece la fiebre que se lo llevará en pocos días, tras dejarlo inerte en un jergón, entre retazos de recuerdos. Por el momento, no es más que un joven trabajador que recorre los figones. Pero helo aquí ahora trastabillando bajo la metralla, en la rue Saint-Antoine, ante el palacete de Mayenne. El grito al que contestó en la calle dos días atrás despertó algo y marcó su destino. En lo sucesivo la expresión «estado llano», para los tipos como él, significa el pobre contra el rico, el conjunto de la nación contra un puñado de privilegiados, como escribirá él mismo en su calabozo cinco años después. En un grabado que se conserva de él, Jean Rossignol tiene una mirada triste, algo dulce y cordial. Todavía es joven, pero no es ya el obrerillo camino de la Bastilla, debe de ser ya general. Una suerte de melancolía o de desilusión le ensombrece la mirada, como si supiese que el final no será bueno, como si presintiese que el mundo seguiría otros derroteros, que sus esperanzas se verían defraudadas. Cuentan que el pueblo de los suburbios se negaría, hasta trece años después, a creer en su muerte. En las tascas de Belleville y de los Porcherons, los charlatanes fabulan: Rossignol se escapó de las Comoras, encabeza un grupo oscuro, indómito, allá por África. Así sobrevivió en las memorias.

Pero, el 14 de Julio, no es un fantasma que camina hacia la fortaleza, aún no lleva plumas en el sombrero, su levita no está cosida con hilo dorado ni los peluqueros han martirizado su cabello. Tiene veintinueve años. Es un joven desgreñado, cree en lo que desea. Aquella mañana, en la rue Saint-Antoine, le arde el pecho, le devora la idea. Echa una mirada a la derecha, señala a los cañoneros que el camino está despejado. Pasa a la rue du Petit-Musc. Un poco más allá, Claude Cholat irrumpe en el Arsenal. Se hallan a trescientos metros el uno del otro. No se conocen.

El puente levadizo

La rue Saint-Antoine destripa la Bastilla. Se diría que se dispone a forzarla un inmenso ariete. La ciudad afluye, se desparrama desde todas partes. Se resguarda de los disparos; hay gente detrás de cada puerta de la rue des Remparts, gente bajo todos los árboles de la gran avenida del Arsenal, gente detrás de cada montón de leña de la rue des Marais. La Bastilla está rodeada por la humanidad. Pero no son las hordas bonachonas que van y vienen de la feria; es una multitud armada con picas, espetones, sables oxidados, horcas, viejas navajas, malos fusiles, *pila*, destornilladores. Las armas relucen, en medio de una extravagante algarabía, confusión de voces y gritos.

El asalto comenzó desde todas partes y desde ninguna, fueron disparos de fusil y pedradas. Los gritos desempeñaron su papel. Los juramentos desempeñaron su papel. Fue una gran guerra de gestos y de palabras. La multitud turbulenta, expresiva, lanzaba piedras y sombreros viejos. Un horrible rebullicio, plagado de juramentos. Los soldados, el orden que representaban, recibían toda clase de nombres: culos mierdosos, chanclas de casquera, bacinas, bocapicos, pedorromierdas, mamadomierdas, y todas las cosas de mierda, y todos los colores de mierda, mierdas rojas, mierdas azules, mierdas amarillitas. Y todo aquello estallaba con guasa. Entonces de pronto partió un nuevo disparo de lo alto de las torres. Como por la mañana, la gente corrió a resguardarse, los rostros empapados de sudor. Un hombre se arrastraba por el suelo en medio del patio. Se apoyó un instante en el codo y gimió. Detrás de las puertas, bajo los porches, la multitud comenzó a exhalar

un jadeo sordo. Ese zumbido ascendía hacia las murallas; parecía venir de las calles abandonadas, de las plazas vacías. El herido, de largo cabello negro, yacía inmóvil. El sol agudizaba la impresión de desolación. Luego, el murmullo se hizo inteligible. La multitud jaleaba con voz grave: «¡Asesinos! ¡Asesinos!». La gente salió poco a poco de debajo de los tejadillos, de todas partes; algunos grupillos se despegaban de la sombra y gritaban cada vez más fuerte: «¡Asesinos!». La palabra dicha no deja traza, pero obra estragos en los corazones. Nos acordamos toda una vida de una palabra, de una frase que nos ha emocionado. En el interior de la fortaleza, los soldados retrocedieron en una oscilación apenas perceptible. Les asaltó una terrible soledad. Las murallas húmedas, oscuras, no eran ya una protección; los encerraban.

A partir de ese momento, no se entiende ya nada. Los lugares se tambalean, el tiempo muere. Todo se precipita. Un joven tendero observa que resultaría fácil alcanzar el paseo de ronda, en lo alto del muro de la contraescarpa. Ese paseo da la vuelta al foso; desde allí, se podría asaltar el patio del Gobierno. Jean-Armand Pannetier, tal es su nombre, dejará un pequeño relato de la jornada, después volverá a caer en el olvido. Pero en ese momento, el martes 14, él es la chispa que prende la pólvora. Como es de elevada estatura, se planta contra el muro y junta las manos para aupar a los demás. El carretero Tournay es el primero en subir. Luce un chaleco azul. Tiene veinte años. Le siguen ocho o diez más. Pasan por encima de un puesto que sirve de tienda a un vendedor de tabaco. La multitud les grita, se ríen, los animan. Se arma un follón inconcebible. Tournay trepa al tejado del cuerpo de guardia. Unos compañeros le vocean, el viento le abomba el chaleco.

Deseo, imagino, que, en ese instante, el carretero Louis Tournay haya sido él mismo, sólo él mismo, de verdad, en su intimidad más perfecta, profunda, allí, a la vista de todos. Duró un instante fugaz. Unos pasos de baile sobre un tejado de tejas. Una serie de *deboulés*, la cabeza suelta, alta, y un rosario de *trenzados*, de *piqués*, incluso de piruetas. O mejor dicho, no, fueron pasos muy lentos, pequeñas *glissades, pas de chat*. De pronto Tournay, bajo el gran cielo, en el día gris y azul, lo olvida todo. El tiempo muere un instante en él. Se tambalea junto a una chimenea. La gente teme que se caiga. ¡Oh! Se acuclilla en la pendiente interior del tejado, las tejas le queman las manos; ya no se le ve. Está solo. El patio del Gobierno está vacío, frente a él. Ahora es apenas una sombra, una silueta. Los soldados de las torres lo miran. Salta al patio.

Allí está aún más solo. Cumple una extraña tarea. Nadie sabe en qué consiste la libertad, de qué modo se obtiene la igualdad. Louis Tournay, el

carretero, el joven de veinte años, ha pasado al otro lado de la vida. Y eso que él no es más que un pedacito de multitud que ha ido a parar allí, solo, en el patio del Gobierno. El patio es horriblemente amplio. Tournay se estremece. ¿Qué hago aquí?, se pregunta. Da unos pasos por la gravilla. Puede que, pese al ruido, oiga crujir la planta de sus pies en el suelo de los reyes. Tiene a su derecha el palacio del Gobernador, abandonado por los soldados de la fortaleza. Las dependencias están desiertas. Parecen haberlo estado siempre. Enfrente está la avenida del Gran Patio, el pasaje que conduce al último puente levadizo: un pequeño pasillo que va desde el Antiguo Régimen hacia otra cosa. Una vez recorrido el istmo, una vez salvada esa fina franja de piedra en cuyo extremo se encuentra la puerta cerrada con candado de la ciudadela, no se ve más que un agujero negro.

Un compañero salta a su vez. Ya son dos. El tipo que acaba de caer del cielo se llama Aubin Bonnemère, estaba ya ahí antes, auxiliando a la delegación de Thuriot cuando fue un poco zarandeada por la multitud ante la Bastilla. Aubin es de Saumur. Tiene treinta y seis años. Su padre es barquero. Ha vivido a orillas del Loira, ha escrutado los bancos de arena que se desplazan todos los años, las brumas que corroen las orillas. Pero Louis y Aubin no son los únicos que juegan a ser equilibristas, hay ocho o diez húsares más en ese tejado. Debemos estar atentos a esas vagas presencias, contornos, perfiles, a esas locuciones que utiliza cualquier relato para guiar a su lector. Sigamos conservando junto a nosotros un instante más a esos ocho o diez, por obra y gracia de un pronombre personal, como amiguitos, ya que también ellos corren por el tejado, tal vez hagan el payaso y bailen en el horizonte. Tournay está en el patio, y allí, desaparecen, se les abandona definitivamente, no se los volverá a ver. Son los hombrecillos de Brueghel, esos patinadores que vemos de lejos desde la infancia, sombras familiares vislumbradas en el fondo de un cuadro, sobre el hielo. Nos producen sin embargo un curioso efecto de espejo desde su bruma. Nos sentimos más cercanos a ellos que aquellos que se plantan en primer plano. Son sus siluetas las que escrutamos, las que intuyen nuestros ojos, las que humedece la niebla. Y si soñamos, sólo están ellos.

Ahora Aubin y Louis entran en el cuerpo de guardia. Arrojan los cajones al suelo, abren las puertas; buscan las llaves, pero no encuentran nada. Fuera, la

multitud golpea con fuerza el puente levadizo, se impacienta. Llegan de todas partes, el camino sinuoso que conduce al último patio está atestado. Ahí están Collinet, el sombrerero, con Giles Croix, su compañero, y Varenne. Se mueren de ganas de ver lo que pasa. Es tal el ruido que se gritan al oído retazos de frases. Varenne ha perdido un zapato. Los otros se tronchan. Cojea en medio del caos. En la rue Saint-Antoine, corre el rumor de que se está entrando en la Bastilla. Ante eso, la gente se precipita hacia la Avancée. Todos quieren ver. Jean Julien quiere ver, Laurent quiere ver, Toussaint Groslaire quiere ver, Dumont quiere ver. No tienen fusiles ni picas, pero quieren ver caer el gran puente levadizo. Falaise, el zapatero, también quiere ver. Antes de salir de su zahúrda, se ha metido en el bolsillo dos balas de plomo; no sabe qué hacer con ellas, tanto da, Falaise es también un poco tímido, un poco viejo también. Se quita la gorra y se pasa maquinalmente la mano por el cráneo lampiño. Los rumores desfiguran lo que sucede a unas decenas de metros. ¡Se ha tomado ya el puente levadizo de la Avancée! ¡Cae la Bastilla! Y la multitud avanza, avanza, en una formidable algarabía. Y Rousseau, François Rousseau, cuya maravillosa profesión es encender las farolas, no quiere quedarse al margen. No piensa siquiera en combatir, y como si la Bastilla fuera a caer sola, porque es lo que todos desean, avanza sin pensárselo, entre los demás, agarrado a la manga de Joseph Dumont; se deja llevar por la corriente.

Louis Tournay se iza hasta la báscula. Desde las torres, los soldados descargan los fusiles sobre el puentecillo. Una bala hiere a Jean Julien y le dejará lisiada la mano derecha. Laurent resultó herido, Servet resultó herido, Lamotte recibió un balazo en el pie. Toussaint Groslaire recibió un balazo que le atravesó el antebrazo; se volvió para echar a correr y, por si fuera poco, recibió otro en el hueso iliaco, justo debajo de la nalga. Dio unos pasos hacia atrás y cayó.

Alcanzaron un pico a Tournay. Estaba empapado en sudor. La camisa desgarrada, los pies encajados entre las piedras, quiere romper las cadenas del puente levadizo. Los fusiles escupen desde lo alto de la fortaleza. Tournay ya no ve nada, únicamente oye el rascar de las hachas sobre la puerta del puentecillo. ¡Ah!, qué solo se siente de pronto, solo con su rabia y esos cientos de voces que le gritan que se dé más prisa, que lo alientan, que lo maldicen. De repente, rompe a llorar como un niño. Seguía golpeando, golpeaba cada vez más fuerte, pero lloraba de rabia y de tristeza. Las lágrimas le nublaban la vista; le dejaban largos regueros en el rostro impregnado de polvo. Tournay gemía, golpeaba, esgrimía el gesto de la bestia, torciendo las

cadenas con su pico, pegando, rabiando, una pequeña mosca royendo el terrible artilugio. Aubin acababa de hacer saltar de un mazazo los cerrojos de la puerta. ¡Sólo quedaba él! Aquello acrecentó su desespero. Redobló los golpes. Se hirió en la mano. Y siguió, siguió golpeando; había dejado de pensar, estampaba, conmocionaba las anillas de hierro, anonadaba aquel enorme brazalete, golpeaba, golpeaba, golpeaba cualquier cosa de cualquier modo, hundiendo la nariz del pico entre los anillos, torcía, retorcía, desenroscaba, exhausto, alentado o insultado por los desconocidos que vociferaban tras las puertas. En ese momento, el cielo palideció. La multitud se enconó. Golpeaban con los puños las maderas del puente, entrelazando insultos comunes con palabras altisonantes. Se oían voces de mujeres y consejos de oradores de taberna. Todo el mundo sabía lo que había que hacer. Y Tournay gemía, las manos llenas de sangre.

Por fin las vigas oscilan y se derrumban; el puente levadizo se desploma sobre el foso. La multitud retrocede en medio de una polvareda. La plataforma rebota con gran estrépito, matando a un hombre que estaba demasiado cerca. Tournay se apoya en el muro, aturdido, feliz, llora. Nadie piensa ya en él. La gente se agolpa en el patio. Lo olvidan. Se desvanece. Su epopeya no ha durado más que unos minutos.

La enfermedad de la delegación

La multitud se abalanza al pie de la ciudadela. Entre la Bastilla y París, tan sólo hay ya un puente de piedra y una cortina de madera. Parece una novela de capa y espada, pero los muertos no se levantarán. Collinet se abre paso entre los cientos de personas que se atropellan. Tira de la manga a sus compañeros, ¡venid! Se ríen, arrastrados por el tropel que penetra en el patio. Falaise no quiere entrar con ellos; intenta retroceder, pero resulta imposible, hay demasiada gente, no puede ir a contracorriente. Un desconocido le arranca el sombrero entre risas para luego lanzárselo. Un compañero le grita unas palabras al oído. Es François Rousseau, han acudido juntos para luchar, pero conforme se acercan al último patio, les embarga una mezcla de exaltación y de pánico. Atraviesan el puentecillo, y se agazapan un instante tras las cadenas rotas para recobrar el aliento. Y de repente, se reanudan los disparos. La gente corre desde todas partes. Un guardia francés cae muerto y, sin pensárselo dos veces, Rousseau agarra su fusil. El cañón está caliente. Coge la bolsa de pólvora, pero olvida llevarse la baqueta; y helo aquí encaminándose hacia la muralla. Se abre paso entre la gente que corre. Le dan empujones. La gravilla arde bajo el sol. El cielo es blanco. Rousseau es feliz; apunta el fusil hacia las torres.

Vuelven a sonar las descargas a más y mejor. Un vizcaíno golpea a un hombre en pleno corazón y lo rebana en dos; es Louis Poirier. Hace un rato ha bajado cantando por la rue de Charenton, y ahora echa las entrañas. El caos es indescriptible. Los asaltantes se tumban detrás de los parapetos. Unos tipos

atraviesan presurosos el patio, los grupos se desperdigan y los amigos se pierden. Silban las balas. Hace un calor atroz. Collinet sube al parapeto que jalona el foso; y vislumbra a lo lejos a Falaise, que se adelanta hacia las torres; le hace señas. En medio del guirigay que reina, entre las espirales de humo, la silueta de Falaise parece bambolearse. Alza la mano en el aire, sin que se sepa muy bien por qué, y la agita enloquecido por encima de la gente.

Cuando cesa el tiroteo, el patio está sembrado de cadáveres. El silencio produce un efecto extraño. La gente duda en salir de su escondite. Poco a poco se arriesga a dejarse ver. Un herido lanza gritos espantosos. Dos guardias franceses lo arrastran bajo el tejadillo de una tienda que bordea el camino de ronda. Una corneja picotea el hombro de un cadáver sentado contra una pared. De repente Giles Droix hace señas para que acudan; ha encontrado a Falaise. Su cráneo desnudo y lampiño brilla en el pavimento. Tiene el costado ennegrecido y el pulgar arrancado. Siguen en su bolsillo las dos balas de plomo que se llevó dos horas antes de su casa; no habrá tenido la ocasión de utilizarlas. Un poco más allá, cerca del puente levadizo, Collinet incorpora otro cadáver, la sangre le chorrea por el cuello. Es François Rousseau. Las moscas le devoran los ojos. Arrancan dos tablas de las casernas. En una depositan a Falaise y en la otra a Rousseau. Son, más o menos, las dos de la tarde.

Por su parte, el Ayuntamiento, después del mortificante fracaso de Thuriot, había enviado rápidamente otra delegación. La componían el presidente de los electores, Delavigne, Ledeist de Boutidoux, diputado suplente, Chignard y el padre Fauchet. Cabe imaginarlos, mejor ataviados sin duda que la mayoría de aquellos con los que se cruzaron durante su pequeña excursión, comisión oficial, pintoresca, en medio de una multitud en armas. Les costó horrores abrirse paso, lo que demuestra que había entonces mucha gente, una inusitada masa de gente, con ese prodigioso empuje que muestran las multitudes, unas multitudes que se exasperan cuando se las amenaza. Apenas nadie reparó en su llegada. Los asaltantes tenían mejores cosas que hacer que inmutarse por una enésima delegación; luchaban. Los electores intentaron tímidamente acercarse a la fortaleza. La multitud los atropellaba, sin prestarles mayor atención. Unos disparos dispersos los rechazaron. Se retiraron, prudentemente. La pequeña comisión ni siquiera logró alcanzar las murallas.

Pero estaba ya en camino una nueva embajada. La negociación es una enfermedad como cualquier otra. Esa delegación fue la más solemne. La encabezaba Louis-Dominique Éthis de Corny, procurador del rey. Lo escoltaban el señor de la Fleury, el conde de Piquot Sainte-Honorine, y Poupart de Beaubourg, que pretendía descender en línea directa de un tesorero de Carlos VI: capitán de dragones y cruz de Saint-Philippe, lucía aquel día un hermoso uniforme verde y ostentaba sus condecoraciones. Debemos añadir, si queremos que el retrato sea completo y genuinamente fiel, que más adelante será encarcelado por tráfico de asignados, y más tarde por saqueo, malversación, complicidad con los círculos contrarrevolucionarios, e incluso por acaparamiento de bienes durante la toma de la Bastilla. Pero no nos apresuremos. Los acompañaba también Pierre-André Six, arquitecto, según pretenden algunos, y Louis-Lézin de Milly, abogado que, nacido en la Martinica treinta y siete años atrás, pertenecía a una de las grandes familias de Louisbourg y era por entonces secretario del ministerio fiscal de París junto al propio Éthis de Corny. Es un hombre de ideas moderadas, favorable a una monarquía constitucional, como la mayoría de sus colegas. Entre sus contribuciones notorias durante la Revolución francesa figura un discurso, pronunciado el 20 de febrero de 1790, en el que pone sobre aviso contra esa desorganización de las colonias que inevitablemente acarrearía la abolición de la esclavitud; Milly era un colono. Poco después apelará contra el derrocamiento del rey; luego su carrera se orientará, apacible, hacia misiones de policía y vigilancia.

Como puede verse, esa embajada, compuesta con mucho tacto y pragmatismo, era la flor y nata de las delegaciones. A eso de las dos de la tarde, aquella risueña comitiva salió, cauta precaución, por la puerta trasera del Ayuntamiento, porque la place de Grève, invadida por el populacho, era ahora peligrosa. Recorrieron cuidadosamente la curvilínea rue du Martrois, que continuaba la rue Pet-au-Diable. Frente a Saint-Gervais, la afable partida dobló a la derecha en la rue Longpont; acto seguido, para extremar su prudencia sin duda, decidieron tomar por los muelles. Dieron numerosos rodeos, pasaron por callejas, sin dejar de advertir a las patrullas de la milicia burguesa con las que se cruzaban de que no dejaran pasar a nadie. No procedía contribuir a la sublevación. Por fin divisaron a Coutans, comisario en la alcaldía, en el muelle de los Célestins, y lo instaron a sumarse a ellos. Y así el extravagante cortejo atravesó la insurrección como por milagro.

Por fin, tras recorrer, renqueando, doscientos metros, nuestra embajada fue a parar al Arsenal. En el patio del Salpêtre, ordenan al suizo que cierre la

puerta, poniendo cuidado en sellar todo lo que se pueda. Helos aquí en el patio del Orme. No las tienen todas consigo. El procurador del rey, Louis-Dominique Éthis de Corny, ordena que se redoble el tambor y se ice la bandera. La pequeña delegación es un modelo de disciplina en medio del caos.

Tras haber procedido según las normas, el conde de Piquot Sainte-Honorine, Boucheron, el bandera Joannon y el tambor entran solemnemente en el patio del Gobierno. Y allí, estupor, se topan con un gran número de particulares, como dicen ellos mismos, armados con fusiles, hachas y palos. La pequeña embajada anuncia temblorosa en tono oficial que la Ciudad los envía para parlamentar. Estupefactos sin duda, los combatientes se hacen a un lado y los diputados alcanzan el pie de la ciudadela. Boucheron, bien educado, se quita cortésmente el sombrero: la multitud lo mira, atónita; por allí sin duda andan Fournier el Americano, Maillard, futuro miembro de la Convención, y tal vez La Giroflée, cuyo pie descalzo, envuelto en vendajes, estará en este momento completamente rojo.

Desde el interior de la fortaleza, entre dos disparos de mosquete, se los oye mal; por fin, la guardia ordena que el pueblo se retire para dejar pasar a la delegación. Los diputados instan a los combatientes a que cese el fuego. Debió de ser una escena bastante curiosa, pintoresca. Imaginémosla. Jean-Baptiste Balanche. Pierre-Louis Bidois. Jean Bole. Jean-François Boyer. Louis Chambin. Jacques Communeau. Pierre Crampon. Antoine Cras. Claude Niquet. Jacques-André Noël. Jean-Baptiste Roubault. Llevan horas afanándose bajo un fuego graneado, apuntando sus mosquetes, descargando, y retirándose después bajo las bóvedas. Allí, desgarran a toda velocidad un rollo de papel, llenan la cazoleta, vierten la pólvora en la caja, y la bala. Jacques mira a Pierre, salen del refugio donde se habían retirado y apuntan su cañón hacia el cielo. Una chispa inflama la pólvora deslizándose por un agujerillo llamado luz. Y de nuevo toca retroceder, vaciar el fusil y recargarlo. Las nubes corren muy alto, de cuando en cuando los cañones relucen en las torres. Resulta casi imposible alcanzar las siluetas de los soldados. Éstas flotan en el firmamento, entre las gaviotas.

En poco tiempo, en Chemillé, en Vihiers, en Dol, en Coron, en Moutière, la mayoría de esos hombres habrán muerto, diezmados por las guerras del año II. Y mientras luchan, muchos de ellos ya heridos, ahora que están resueltos a tomar la ciudadela, seguros de lo que hacen, hete aquí que asoma la nariz un grupito de burgueses y les ordenan que cese el fuego. Chambin se troncha de risa. Communeau les tiende el mosquete, gritando que con eso se podrán

hacer un bonito perchero. Llueven las rechiflas. Canivet, que corre por allí, silba una tonadilla malintencionada. Louis-Sébastien Canivet era bastante más espabilado que Éthis de Corny y el resto de su cuadrilla. Es posible que el pequeño Navet de Victor Hugo, el amigo de Gavroche, el que grita «¡Abajo Polignac!», haya birlado una parte de su apellido a ese petulante personaje. Lo llamaban Canivet a secas. Habrían podido llamarlo Caniveau, el arroyo de la calle.

Un pañuelo

Entre abucheos, la pequeña delegación acabó volviendo sobre sus pasos. Sólo Milly permanece un instante frente a la fortaleza, agitando frenéticamente el pañuelo. Cabe imaginar la cara que pondrían los carreteros, los hojalateros, las comadres, los chiquillos de París al ver, en medio de un tumulto sin precedentes, cómo aquel tipo colgaba su pañuelo en la punta del bastón y lo sacudía en el aire. Milly está por entero en su pequeño pañuelo blanco. Debía de resultar tronchante, penoso, indecente tal vez. Impecable con su sombrero, sus polainas y su reloj de bolsillo, el hombre ha acudido para calmar los ánimos; tal es la profesión del personal del Ayuntamiento. En cuanto una mente se exalta, se la encarcela o se ordena a los gendarmes que le disparen, pero cuando decenas de miles de mentes se exaltan a la vez, se envía una delegación, se anuda un moquero en la punta de su *stick* y blande éste amablemente.

Boucheron abandona a Milly con su pañuelito, y se reúne con el procurador del rey, que se mantiene prudentemente bajo las bóvedas con el resto de la delegación. Éthis de Corny, paternal, insta por última vez a los combatientes a que se apacigüen para que pueda entrar en la Bastilla. Louis-Dominique tiene cincuenta y dos años, un asomo de tripa y muchos amigos. Se ha carteado con Voltaire, frecuenta a Lafayette, Jefferson es en este momento su huésped en París, tiene asuntos más importantes que atender. Está casado con Marguerite-Victoire de Palerne, que ha favorecido su carrera introduciéndolo en ambientes donde se maneja dinero. Una vez comprado su

cargo de procurador del rey, ha alcanzado el cenit de su carrera, y todavía ignora, él que ha redactado un pequeño ensayo sobre los hombres ilustres, que esa delegación tambaleante será su único hecho glorioso, su pedacito de cielo.

Pero Éthis de Corny pensaba sin duda en otra cosa, hacía remontar muy lejos la corriente. Sostenía que los Éthis provenían de Ethe o de Aedh, rey de Escocia, que reinaba sobre los pictos, bisnieto del rey Domangart mac Domnaill, y que, por esa rama, descendían de los galitzianos, que a su vez proceden de los egipcios cuando huyeron de las diez plagas. Así, la sangre del procurador del rey se remontaba hasta la Antigüedad bíblica. No sé si los Éthis de Corny están emparentados con los La Garde de Tranchelion, gentilhombres, señores de Tranchelion en Lemosín, o si fueron parientes de los Becdelièvre, señores de Mocqueville y de Ronchoux, un ilustre de los cuales se distinguió en el ataque al Pachá Ibrahim y fue más adelante gran veedor de Normandía, o si están vinculados con los Couffon llamados Couffon de Trevros, cuyo truculento apellido está clasificado en el puesto número sesenta y cinco mil doscientos setenta y seis de los apellidos inventados en Francia y cuyas mansiones originarias son tal vez una siniestra casa de campo cerca de Plouarzel o una casa solariega en Mayenne; el caso es que las malas lenguas murmuran que el abuelo de Éthis de Corny, lejos de descender de los faraones, era en realidad tabernero, pero me cuesta creerlo.

La jugada del pañuelo pinchó. El numerito no había colado. El público, bárbaro, siguió disparando tiros de mosquete sin prestar atención al espectáculo. El sable de oficial de Éthis de Corny ya no tuvo más ocasión de lucirse. Y eso que era elegante, con su guarda de estilo alemán, su monterilla cincelada de bronce dorado, guardamano de cola corta decorada con un casco empenachado posado sobre escudos con fondo de banderas de trofeo, su cómodo puño de madera recubierto de becerro encerado marrón para que la mano pudiera sostenerlo sin esfuerzo; sí, su espada debía de impresionar, con su hoja curva y acanalada, azulada y dorada, grabada en su primer tercio con coronas de follaje, y en el centro un húsar a caballo, cargando, coronado con una banderola portando inscripción; y puede afirmarse que sentir penetrar en el cuerpo esos setenta y nueve centímetros y seis milímetros de largo, con sus muy leves oxidaciones por el uso, constituía sin duda un privilegio. Pero el pueblo que se batía no se mostró sensible ni a su vaina de madera encolada

con cuero lustrado negro y cuatro guarniciones de latón repujado, ni a su boquilla ornamentada con laureles y palmas, a las dos anillas con bandas de cuero, a los cáncamos acanalados, estampados con relieve de trofeos de armas, ni a las anillas de latón dorado, a la larga contera festoneada con guirlandas donde muere un casco empenachado en un carcaj de flechas, ni a su cinturón de tafilete rojo, bordado con hilos de seda, ni a su suntuosa hebilla formada por dos bucles calados unidos por un gancho en forma de S, decorado con dos serpientes. Y se comprende al pueblo, pues basta con echar una ojeada al sable de Éthis de Corny, a ese hermoso sable de húsar encargado hacia 1785 en Estrasburgo, en la Tête Noire, establecimiento del proveedor Berger, sí, basta con ver el sable de Louis-Dominique Éthis de Corny, conservado por la familia hasta el óbito de su último representante, en Fontainebleau, el año 2000, basta con ver esa Durandarte de hombre de mundo, accesorio de boato, para calibrar el abismo que media entre Éthis de Corny y Pierre Folitot, calderero, herido durante el sitio, y que pondrá fin a una triste carrera de gendarme en los Inválidos.

Tras informar a Éthis de Corny de la iniciativa de Louis-Lézin de Milly, quien con su dulce acento criollo intenta aplacar los ánimos enarbolando su pañuelo, Boucheron decide ir a buscar a su protegido, no vaya a ser que sufra alguna desgracia. El bravo soldado zigzaguea entre los guardias franceses, entre los insurrectos, y se encuentra al bueno de Louis-Lézin en la misma postura de antes, con su pañuelo blanco, que agita arrebatadamente. Y en vez de hacerle ver que todo aquello resulta ridículo, en vez de tirarle de la manga y llevárselo al restaurante, a los barrios elegantes, para compensarlo por sus hazañas, he aquí que Boucheron y Piquot se adelantan a su vez y agitan de nuevo sus sombreros. Da la impresión de que se despiden de alguien o de algo, quizá del Antiguo Régimen. Amablemente, solicitan de nuevo a los asaltantes que no sigan disparando; insisten, pánfilos, incluso pesados, en que suspendan las hostilidades. Pero los rebeldes no quieren saber nada. Y entonces se produce el milagro.

Un cadáver

Cuando ya todo el mundo lo daba por imposible, he aquí que se otean señales de paz en lo alto de las torres. Febril, la delegación avanza. Se presentará para entrar en la fortaleza. Poupart no cabe en sí de gozo. Éthis se muestra triunfante. Por fin podrán desempeñar su papel. Pero, en el momento en que atraviesan orgullosos el patio, una descarga procedente de las torres siega a varios de los asaltantes que se hallaban junto a ellos. Nuestros amigos se dispersan, amilanados, cuando suenan nuevas detonaciones. El viento se lleva los sombreros. El sol aparece tímidamente. Éthis se arrima a un muro, no lejos de un cadáver. Jadea, el rostro encendido, y puede que se haya meado en los pantalones. Los miembros de la pequeña delegación, aterrados, corren al azar a lo largo de los cuarteles, golpean las puertas, gritan en vano que les abran. Prosigue la fusilería. Fue en ese preciso momento cuando Jean-Baptiste Cretaine, de sesenta y dos años, nacido en Beaune, Côte-d'Or, quien, creyendo que le había llegado la hora, había avanzado temerariamente junto a las torres para instar a De Launay a que se rindiera, resultó herido. Perrin recibió un balazo en la pierna izquierda. Turbin fue acribillado a perdigonadas. Y Sagault cayó muerto.

Pero ¿qué es Sagault, ese nombre plantado ahí como un cadáver? Sabemos muy poco de él. Su envoltorio está vacío. Vivía en la rue Planche-Mibray y su profesión era batidor de oro. Su nombre ni siquiera es seguro, aparece a veces como Saganet. Debió de creer en las señales de paz, como los demás, y adelantarse un poco a pecho descubierto, tímido, pero no lo

suficiente. Debió de dudar un instante y decirse que él, pobre batidor de oro, sabía bien poco y que, al fin y al cabo, si el procurador del rey quería entrar en la ciudadela, tendría razones importantes y tal vez diera con una solución, allá arriba, para todo el mundo. Entonces se acercó, quería ver. Dio unos pasos, siguió a Poupart y a Corny, les fue detrás zalamero, impresionado por su facundia; y dejó tras él todo cuanto amaba, a su joven esposa, su pequeña vida de simple empleado, su cuchitril en Planche-Mibray, sus amigos de la taberna, sus certidumbres de pobre, y dio unos pasos de muñeca mecánica con la esperanza de obrar bien.

Durante los breves instantes en que avanza a pecho descubierto, sin despegar la mirada de las torres, tratando de interpretar las señales, debió de tener el corazón muy frío y muy fogoso a la par, protegido por las fuerzas de la costumbre y desasosegado por algo distinto, algo incierto tal vez, pero más hondo. Sí, no cabe duda de que intervino también su inclinación al riesgo, al desafío. Todo ello se arremolinó muy rápido en su cabeza, cual minúsculos residuos de verdad incapaces de ensamblarse. Se produjo una escampada, un rayo de luz los cegó, y luego una grávida nube lo engulló todo. Un compañero les gritó que no se acercasen más, ¡que volvieran! Sagault apenas lo oyó, alzó la vista; y se produjo un destello, una pequeña brizna de luz cerca del cielo, en lo alto de las torres. No se percató, no le dio tiempo. Aquello brillaba. Una detonación pareció llegar de muy lejos, de detrás de él. Pero, antes de que lo alcanzase, sintió un calor en el vientre. ¡Vuelve!, oyó. Sintió entonces unas terribles ganas de dejarlo todo, de dar media vuelta hacia la rue Saint-Antoine, de correr hasta la Grève, y de ir a ver a su mujer; había olvidado decirle algo.

De pronto sintió como si alguien lo empujase suavemente hacia el silencio. Vio gritar a Perrin, pero no lo oyó. Se le nubló la vista. Se le secó la boca. Y cuando quedó tendido en el suelo, boca arriba, mirando al cielo, escupió un largo hilillo de sangre y de espuma; luego un gritito. El patio estaba vacío, ahora horriblemente vacío. Estaba solo, ahí tumbado, macilento. Perrin, a diez metros de él, se apretaba la pierna. Turpin se había arrastrado hasta el muro y lloraba. Y mientras Éthis de Corny jadea bajo el parapeto y gesticula en dirección a sus compañeros para que acudan a buscarlo, Sagault yace solo en medio del patio. Yace entre sus penas, su historia dispersa, la que alguien ha arrojado al suelo: la Planche-Mibray, su taller, sus abrazaderas, sus martillos, sus finas pinzas de caña, todo cuanto había acompañado su vida mortal sembraba el suelo a su alrededor. El cielo está allí, inmenso. Sagault es pequeñito. Es pequeñito con su delantal de artesano, porque ha venido sin

cambiarse, con vestimenta de trabajo; y muere con su vieja bata de trabajo, cubierta de manchas como la paleta de un pintor.

Dios mío, qué pequeño es un hombre. Y qué grande es el patio. Los muros se separan, el cielo pesa; hace un calor espantoso. ¡Su mujer estará preocupada! Viven en un desván desde donde se ve París, eso constituye su gran riqueza; disfrutan, por las noches, de estar un rato asomados a la ventana. Se toman de la mano, intercambian trivialidades sobre el color de los tejados y el arbolito que se vislumbra, abajo, en el patinillo; conversan un rato sobre el día transcurrido. Es lo que se llama quererse. Bueno, tampoco es gran cosa, por supuesto, no es una vida de procurador del rey, ni de abogado, ni de elector, sino una vida de poquita cosa. Y tampoco está mal esa vida, se compone de muchas cosas que resultaría difícil nombrar, una manera de arrebujarse el uno contra el otro en la cama, de los hábitos bobos que se tienen, de los modos de llamarse, de tirarse los trastos, de reconciliarse también, un tono de voz. La vida diaria no es fácil, claro. Aún no se ha pagado el alquiler, el mes ha sido duro, poco trabajo y mucho gasto. Pero ambos arriman el hombro. Son jóvenes, no pierden las esperanzas. Anoche, él y su mujer jugaron a los dados, en vez de cenar. Las cosas irán mejor el mes que viene. De repente, a través de no sé qué desplazamientos desencadenados de imágenes y de palabras, se le aparece el rostro de su mujer, un poco inquieto, preocupado. Pero ¿qué es lo que ha olvidado decirle? No lo sabe. La ve guapa, muy cerca de él. Por las noches, en el desván, se acarician: el sabor de los labios, de la boca, todo eso es tan dulce, tan interior, que uno no sabe describirlo. Cada hombre posee su secreto.

Le vienen a la memoria las sábanas blancas. La ventanita. El patio donde juegan los niños. ¡Ah!, qué hermosa y tranquila es la vida, a cubierto, detrás de sus recuerdos. Ahora dos tipos lo arrastran como un saco, junto al muro. Ha perdido el conocimiento. Uno de ellos le agarra la pierna y le quita los zapatos; se los pone muy deprisa, se ha quedado descalzo. El otro le arranca la camisa y le vuelve los bolsillos. Entonces, la acomodadora que se mantiene detrás de nosotros en silencio, a lo largo de nuestra vida, alza por fin la cabeza y le pide que la siga. Sagault observa su cara inexpresiva, sus pupilas transparentes, ¡se parece a Milly, a Corny y a todos los demás! La multitud vocifera a su alrededor. Le gritan que no obedezca. Y en esta ocasión le gustaría no ir, coger el fusil…, pero la mano le pesa demasiado, su brazo está muerto. Un muchacho espantado pisa su cadáver. Aquéllos eran los postreros instantes de su existencia, lo supo bruscamente; y le asaltó la extraña idea de que un vacío, un espacio en blanco marcaría esos instantes. No quedaría nada

de él, todo lo que había hecho, sus contados muebles, sus pingos, se venderían deprisa y corriendo, abandonados en la calle. ¿Qué sería de su mujer? Al parecer algunas vidas contaban más que otras. Todo lo que amaba caería en el olvido.

Entonces sintió que lo alzaban. Tuvo miedo. Su cabeza cayó hacia un lado y abrió los ojos. A lo largo de la muralla, entre las piernas de los que lo llevaban divisó una diminuta flor amarilla. Un ranúnculo. Su atención se concentró por última vez, hizo acopio de sus últimas fuerzas. ¡Un segundo más! ¡Sólo un segundo! La florecilla era pálida, amarilla. El tiempo se paralizó como el rayo. La contempló. ¡Ah!, cómo le habría gustado tenerla entre los dedos. Cómo le habría gustado… no sabía qué. Se le nubló la mirada; pero ¿qué había olvidado decir? Lo depositaron en el suelo, un suelo duro y frío. Le pareció que se le hundía la cara en el agua helada; sintió un fuerte dolor en el vientre. Un perro le husmeó el calzón, luego la cara. El aliento lo templó un poco. Sonó un grito; un tipo le soltó una patada al perro, que huyó aullando.

* * *

Una vez pasada la fusilería, los asaltantes salen de las bóvedas. Éthis se incorpora también, se sacude el polvo y se enfunda torpemente el sombrero. ¡Toda esa carnicería es culpa de ellos! Lo agarran por el cuello, furiosos; le sueltan un bofetón y de repente se siente pequeño, mucho más pequeño que Turpin y su pierna que le sangra, mucho más pequeño que Sagault, el cadáver. Tiene miedo. Intenta aclarar la voz, hacerse oír. Los buenos discursos son una especialidad, una fuerza; impresionan a la gente humilde. Éthis traga saliva, intenta decir unas palabras, pero le invade el canguelo y no le salen más que unas pobres locuciones trilladas, frases hechas, una fastidiosa amalgama de indignación y autoridad.

Pero no es el único al que agreden; Louis-Lézin también recibe patadas en el culo, y se traga el pañuelo. A Piquot también le cae un tortazo bien merecido. Acaban de morir asaltantes por culpa de su desidia, de su estúpida delegación. Nadie les ha pedido nada. De modo que se marchan, lastimosos,

rodeados de fusiles y de hachas, de jetas siniestras, nada tranquilizadoras. Éthis de Corny se escabulle el primero. Imaginemos su cara fofa, dulzona, un poco rolliza, mientras trota lejos de los cadáveres, llevando tras él a lo más granado de la delegación, sin preocuparse por los soldados rasos que le habían acompañado para aportarle protección. Peor para los soldaditos, fuera, nos largamos, que se las apañen con sus congéneres. Pero Boucheron, que es buena persona, vuelve sobre sus pasos. Busca un instante a Joannon, el bandera, no lo encuentra. El hombre se habrá unido a los insurrectos.

Y mientras Boucheron rehace solo el mismo camino, recorriendo las casas, bajo los disparos, hete aquí que en el patio del Salpêtre, ¡menuda sorpresa!, divisa a Poupart. El pobre Poupart se ha quedado atrapado en medio de un grupo de jornaleros y peones; hablan de matarlo. Esta vez va en serio. Así se comportan los ciudadanos con sus representantes, cuando tienen ocasión de encontrárselos. De inmediato, Boucheron se interpone, grita que es un error, jura que se disponen a marchar al asalto de la fortaleza, que precisamente vuelven al Ayuntamiento para pedir un refuerzo de cañones. Los otros debieron de mirarse perplejos. Les devolvieron las pistolas, rostro ceñudo, receloso. Y mientras Poupart y Boucheron se van sin más explicaciones, la multitud los sigue, amenazadora. Entonces nuestros amigos, una vez en la calle, para burlar a los miserables que los hostigan, gritan hasta desgañitarse. Gritan que hay que tomar las armas, que acaban de disparar a una delegación de ciudadanos. No deja de tener su gracia imaginar a los miembros de aquella embajada olímpica, a la que una multitud rodea, atormenta, veja, haciendo de revolucionarios; y además del tono lírico, ingenuo, que emplea Boucheron en su relato para narrar el episodio, resulta desternillante imaginar a Poupart y a Corny desgañitándose, vociferando que los han traicionado, que hay que tomar la Bastilla a puro cañonazo y llamando a la insurrección. Pero el público no se deja engañar, y hasta el final, hasta que llegan al Ayuntamiento, una multitud hostil los sigue desde *el escenario de los hechos*; y pese a todas las promesas que nuestros notables prodigan esforzadamente, pese al catecismo revolucionario que claman de repente de calle en calle, haciendo bocina con las manos, les frotaron el cráneo con los puños y los corrieron a sublimes patadas en el culo. Una vez de regreso en el comité, bajo el artesonado, no volvió a hablarse de mandar cañones. Sus colegas, indignados,

les prestaron ropa decente, ya que la suya estaba hecha trizas. Fue su primer contacto con el pueblo, y optaron por dejarlo correr.

Una tabla sobre el vacío

Entonces la multitud, exasperada, lo incendió todo. Comenzaron quemando dos carretas de estiércol que había por allí. Una serpiente espesa corre por el empedrado, repta a lo largo de las murallas. Apesta. Pican los ojos. Escupen los pulmones. La gente se tapa la boca con el mandil. La niebla invade el patio. No se ve nada; la Bastilla desaparece en la bruma. Y puesto que no se podía incendiar el castillo, prenden fuego a las dependencias.

El fuego es algo maravilloso. Pero el fuego que destruye es todavía más bello. Coronas de llamitas azules muerden el maderamen. Las jambas de las puertas se convierten en grandes antorchas de luz. Los muros parecen consumirse desde el interior. La gente mira. Los cuarteles del patio arden y todo el mundo mira. Los ojos se pierden en los contornos que se disuelven. El hombre queda enajenado por entero, hipnotizado, replegado en sí mismo; por momentos, se diría que el fuego cobrará forma, se convertirá en señal, en figura, que las imágenes desfilarán en él como en una bola de cristal.

El 14 de Julio hubo varios gigantes. Delorme. Hulin. Y ahí está Réol. Tiene un nombre de dios. En realidad se llama Mercier, es vinatero. Lo llaman también Vive l’Amour. El humo no va con él. Pierden el tiempo. No se ve nada, imposible luchar. Hay que apartar esas dos carretas que arden en medio del patio. Grita que le ayuden; levantan los varales; ¡oh!, quitan de ahí la gran barbacoa, la izan, avanzan medio paso; ¡y luego, soltad, soltad! Un tipo se ha chamuscado el pelo. Le pegan un puntapié a Canivet; el chiquillo se

esconde bajo la carreta. La caravana de ceniza y humo bordea los cuarteles en llamas.

* * *

Habían bajado el puente levadizo y le habían cortado las cadenas, pero el rastrillo seguía cortando el paso. La multitud entró en masa en el pequeño puente. Unos hombres izaban las cureñas de cañón a través de los dientes del gran rastrillo. Se juntaban en grupo contra la verja, empujando los grandes tubos de hierro colado, aguantándolos y haciéndolos girar. Humbert ayudaba a ejecutar la maniobra. Serio, peleón, Gaulier gritó que aquella chatarra le *remordía* los dedos; levantaron lentamente el tronco; su mano no era ya más que un pedazo de carne.

Bajo el porche, depositaban suavemente las cureñas en su soporte. Luego las hacían rodar para situarlas en primera línea, abajo, frente al puente fijo. Al atravesar el patio, sortearon dos cadáveres. Uno de ellos yacía con la boca abierta, de cara al cielo. Apuntaron las bocas de bronce hacia el último puente levadizo. El pequeño cañón del rey de Siam estaba también allí, apuntando a la Bastilla.

Humbert se coloca detrás de un cañón, como si estuviera en su mesa de trabajo. Él, el pequeño relojero llegado de Suiza, vierte la pólvora, rellena con la baqueta, un soldado levanta la bala, y pum. Humbert hace eso por primera vez, habitualmente se dedica a cosas precisas, mecanismos de reloj. Y hete aquí que hoy dispara en dirección a una fortaleza. El cañón tose una, dos, tres, cuatro, cinco, seis veces. Las murallas resisten. Las bolas de hierro colado descantillan la caliza y terminan su prodigiosa carrera en los fosos de la fortaleza, entre los nenúfares y las ratas. Trazaron entonces el plan para forzar las puertas. Había que acercar más los cañones, sobre el puente de piedra. Hicieron rodar las piezas hasta la avenida del Gran Patio, avanzaron resueltamente hasta la Bastilla; y se colocaron en batería a unos metros, frente al gran puente levadizo. Era el último obstáculo.

En el interior de la fortaleza reinó un instante de espanto. Los cañones apuntaban a las plataformas de madera. Podían reventarlas de un momento a otro. Un poco más allá, las dos carretas seguían ardiendo y el humo corroía los ojos. En el patio flotaban torbellinos de polvo. Desde todas las ventanas vecinas se disparaba hacia la Bastilla. Los cañones hicieron fuego a su vez. Pillado bajo los tiros de la fortaleza, Humbert estuvo a punto de caerse, se incorporó, tropezó con un cadáver, y comenzaron a disparar contra el enorme portal. Una descarga terrible partió de lo alto de las torres. Barrió la barbacana del puente.

De súbito, los amotinados que se encontraban allí se llevaron una gran sorpresa al ver asomar, muy poco a poco, de un agujero en la plataforma del gran puente levadizo, al otro lado del vacío, *una nota*. Por una pequeña abertura, destinada en realidad a colocar un fusil de defensa, y por lo tanto a matar, alguien había deslizado un billete. Aquel breve mensaje estaba redactado en un trocito de papel, algo así como una chuleta escolar. Lo habían enrollado como una cerbatana; y cualquiera hubiera dicho que se pasaban secretamente una carta de amor.

Los asaltantes buscaron el modo de alcanzarla. Gritaban en todas direcciones, ansiosos de leerla. Y es que desde hacía siglos esperaban aquella nota, palabras de disculpa tal vez, que nos comunicase que todo había acabado, que había sido una broma pesada, la Historia, que no se repetiría, que ahora, se podía salir tranquilamente de los cuadros de Le Nain y de las canciones de borrachos, que se habían acabado los salarios de miseria, el desprecio.

Están al borde del vacío, la nota está ahí, no se puede llegar a ella. Unos hombres intentaron arrancar un tablón de las cocinas que habían ardido. En vano. Un tipo llamado Ribaucourt corrió entonces al taller del carpintero Lemarchand, en la rue des Tournelles. En el momento crucial, en el instante heroico, lo primordial pasa a depender de un apaño, eso es precisamente lo más bonito; hay que ir a la carpintería a buscar unas tablas. La acción queda en suspenso, el instante histórico, enorme, queda obstaculizado por un hecho práctico, elemental: se necesita una tabla para cruzar el foso y hacerse con la nota; pero tablas sólo las hay en la carpintería, y la más cercana está en la rue des Tournelles y el carpintero se llama Lemarchand. Ribaucourt sale pitando pues hacia la rue Saint-Antoine; pero en el camino sinuoso que arranca de la Bastilla, la gente le pregunta qué hace, adónde va así, a contracorriente. ¡A

buscar una tabla! A Ribaucourt lo toman por chiflado. Estamos a dos pasos de tomar la Bastilla, ¡y éste corriendo a buscar una plancha! El tal Ribaucourt es un perro viejo. Corre rápido. Conoce bien el barrio, vive en Les Blancs-Manteaux. Y el taller del carpintero está en el arranque de la rue des Tournelles, mira por dónde. Pero la multitud es densa y Ribaucourt está cansado. Es que pronto le van a caer cincuenta tacos. Y además lleva allí toda la mañana, como todo el mundo. Le hemos visto ya asomar la cabeza entre la multitud, le ha salvado la vida a Belon, el sargento primero de la primera delegación. La multitud estuvo a punto de lincharlo, pero Ribaucourt lo sacó del apuro no se sabe muy bien cómo.

Nuestro hombre se abre paso en la calle. ¡Qué gentío! Nadie sabe lo que va a hacer ese tipo que atraviesa el río y que corre desde el Ayuntamiento hasta el barrio de Saint-Antoine, sin prestar atención a lo que le rodea. Ribaucourt está exaltado, el corazón le late a toda pastilla. Todo el mundo lo espera. Viene a ser como un actor que abandona las tablas en plena función, justo antes del desenlace, y deja el escenario vacío. Esos miles de personas que están en la calle y que lo empujan no saben lo que se espera de él, no saben que sin él no se pasará al acto siguiente. Hacen falta esas malditas tablas. El vacío está ahí, entre los hombres y Dios, bien habrá que salvarlo. A Ribaucourt se le ha ocurrido lo de las tablas, la idea de una pasarela improvisada, conoce al carpintero Lemarchand, sabe perfectamente dónde está su taller, ¡sólo falta que le dé un patatús con esa multitud que le mete prisa! ¡Por todos los diablos!, está empapado, el calor es insoportable. Ribaucourt avanza entre rostros, entre jetas, se cruza con cientos de miradas, huele el sudor de los hombres, admira la belleza de las mujeres, dice algo a la concurrencia, algo que nadie oye.

Ahí lo tenemos en el taller de Lemarchand. Le expone el asunto en un periquete. La Bastilla está a punto de caer. Necesito una tabla. Ahora mismo. El tipo lo capta. Precisamente tengo ahí once tableros, que no te estoy haciendo el artículo, venga, cojámoslos, te acompaño. Los dos hombres llevan uno cinco tablas, el otro seis. Y ahí están en medio de la multitud, sufriendo martirio, con sus tablas, como dos tipos que se mudaran de casa un 14 de Julio, en plena *fiesta*, y atravesaran el tropel con sus trastos de cocina o su canapé.

Por fin, Ribaucourt regresa con sus once tablas. Deslizaron entonces la más larga y recia hasta el puente, atravesada en el foso, pero es demasiado estrecha y se tambalea. Una tabla no es un puente. Al otro lado, la nota sigue esperando.

Fuera, la multitud no tenía ni idea de lo que pasaba. Unos tipos se encaramaban a hombros de sus compañeros y vociferaban: ¡nos gustaría saber lo que está pasando! Están colocando una tabla, les contestaban. ¿Una tabla? Debía de parecerles raro, impropio, disparatado quizá, una broma. Sí, eso es, les estaban gastando una broma. Al final, les tomaban el pelo.

Los funámbulos

Un hombre se aventuró por el camino de madera. Sonó un «Oh» y se hizo el silencio. El rumor crecía en las calles aledañas, pero ahí, en el gran patio, todo el mundo callaba. Los centinelas en lo alto de las torres se asomaban para verlo, los armados con pistolas seguían desde las ventanas los movimientos del funámbulo, todos los que estaban en el puente levadizo querían ver danzar al hombre en la tabla. Y, de pronto, Michel Béziers dio unos pasos, era el hombre; toda la atención se centraba en él. No había ya ni Bastilla, ni reino de Francia, ni nadie en París. Sólo existía Michel Béziers. Por supuesto, un desconocido, un hombrecillo de la Trinité, en Mayenne, un tipo de treinta y ocho años, un pobre diablo de zapatero, vestido con harapos. Había sido soldado en Córcega. Y tal vez fue allí donde le tomó el gusto a hacer de saltimbanqui, en el ejército, entre dos colocones de mirto, ya que aún no se conocía el *cap-corse* ni el cinzano. Pero aquel día Michel Béziers estaba serio, no iba de listillo. Las gaviotas chillaban. El viento del oeste traía pequeñas volutas de polvo. El ver clavados en él los ojos de toda aquella gente pesaba demasiado para su pobre cabeza. La tabla se estremeció y Michel, el hombrecillo de Mayenne, se cayó. Dio la impresión de que el hombre se precipitaba al fondo del abismo. Era a la par ridículo y grandioso. Un suceso o un símbolo.

Se produjo un rumor indescriptible. Todos querían saber lo que había ocurrido. Se asomaron. Humbert sostiene que había muerto. Otra versión es más festiva, más divertida. En el foso, entre las basuras, las piedras y las

plantas acuáticas, Michel, a quien creían muerto, gemía y se aferraba el codo. Se lo había roto. Resulta curioso cómo lo trivial se entrevera en la historia del hombre, cómo lo común se codea con lo ideal. Aquí estamos muy lejos del Antiguo Régimen, muy lejos de la retórica del honor, que nada tiene de ideal, y de los grandes episodios relumbrantes de la monarquía, muy lejos de Bayard y del Rey Sol. En el momento en que el tiempo está a punto de quebrarse, en que la voluntad humana debe franquear una etapa descabellada, un tipo se rompe tontamente la crisma. Pero lo sublime vuelve a imponerse.

El teniente de la Bastilla, que oteaba por un pequeño agujero de cerradura todo lo que ocurría fuera, sostuvo que el siguiente fue Élie. Pero el bueno de Élie es el comodín de todas las fabulaciones. Esa misma noche intentará, en vano, salvar del linchamiento al gobernador de la Bastilla. A ojos de los notables, eso lo convertirá en un honrado ciudadano y en lo sucesivo encarnará la imagen edificante del sublevado presentable.

Otra hipótesis atribuye la hazaña a Maillard, lo cual resulta más interesante, más sombrío, más terrible. Maillard es como Fournier el Americano, o como el negro Delorme, un paria de la Revolución, un desaforado, uno de los que abrazarán el derrotero insurreccional de las cosas. Tiene veinticinco años. Participa activamente en todas las grandes jornadas revolucionarias. Se sumará a la marcha de las mujeres sobre Versalles, en octubre. En la tribuna de la Asamblea, declara: «Hemos venido a Versalles a pedir pan». Un mes después, se muda al barrio de Saint-Jacques.

Se entrega sin cesar a la política más turbulenta. Avanza con la corriente. Se lo encuentra uno en los cafés, se pelea, conspira. Frecuenta por ejemplo la tienda de Cholat, en la rue des Noyers, acompañado de Rossignol, de Ouasse y de otros sediciosos, autores de artículos incendiarios, siempre dispuestos a sublevarse. Maillard parece estar pegado a la cuadra del mundo. El 10 de agosto de 1792, ahí lo tenemos de nuevo, activo, decidido, metido de lleno en los acontecimientos. Se muda a la rue Jean-Pain-Mollet. Sigue presente en las Masacres de Septiembre, al igual que Delorme, que Fournier. Con un traje gris y el sable al lado, juzga; el pueblo estaba exasperado, su intervención salvó vidas humanas. Aún se mudó otra vez. La casa de un panadero, frente al Ayuntamiento, será su última morada. En medio de los disturbios, los cometidos de Stanislas-Marie Maillard serán cada vez más trágicos, cada vez más incómodos, sufridos. Y es que Maillard no actúa a las órdenes de nadie, no se presenta a las elecciones, no es un notable, sigue el arduo curso de la Revolución. Está con todo el mundo, con los hojalateros, los curtidores, las vendedoras de sopa.

Al final, Maillard se amarga. Duerme mal por las noches. Su mujer está en la cama, él la mira. La luz de las velas es lívida. Se acerca penosamente a la ventana; una sombra se extiende a lo largo del Sena. No sabe qué hora es, muy tarde sin duda, le duele todo. Ha pasado la vida, eso lo sabe; ah, cómo le gustaría poder gozar de un pequeño momento de felicidad, sólo muy poquito, en vez de esa gran rutina de la ira. Su mujer está ahí, dormida; se habría contentado con poco, cree; ese pequeño apartamento donde viven desde hace un tiempo, unos paseos por los muelles, con eso ya habría bastado. Podría haberse dedicado a un oficio, cualquiera, como los demás. Es lo que se dice mientras vuelve a toser, el pecho ardiendo. Se sienta, está extenuado. Ha dormido poco en los últimos cinco años. Pero están todos como él, los Robespierre, los Billaud, los Collot, están cansados, les gustaría tumbarse en la tierra blanda y dormir. La Revolución no se detiene por la noche. Uno no puede volver a casa, poner el cubierto, fregar un poco, hojear un buen libro y acostarse temprano. No. Sólo puede picar algo en una esquina de la mesa y hacer el amor aprisa y corriendo. Así se le ha pasado la juventud. Al principio el torbellino era cálido. Rebosaba esperanza. Era feliz. Hasta que el torbellino se tornó frío, muy frío. Sí, a Maillard le habría gustado una vida más plácida, hijos, ¿quién sabe?, una biblioteca incluso, ¿por qué no?, ver un poco de país. Pero no habrá visto más torbellinos que los del Sena. No habrá visto otro París que el París patas arriba. Se echa un poco más de vino; el carillón del Ayuntamiento da las cinco. Maillard echa un vistazo a su habitación. No hay nada. Todo es gris. Carga la pipa, lentamente, bajo la lámpara. Tan pronto como la enciende, comienza a toser. La deja, sale al pasillo para no despertar a su mujer y escupe sangre.

Pasan las horas. Despunta el alba. Maillard está echado en la cama. Tiene treinta años. Un retrato suyo nos lo muestra rudo, viejo antes de tiempo, barbilla arrugada, nariz aguileña, labio abultado, con algo duro y fatigado en el rostro. Y ahora, antes de remontar la corriente, debemos llevar con nosotros al Maillard que redacta entre toses una carta de justificación a Fabre d’Églantine al final de su vida arrebatada, a quien imaginamos bajo la lámpara, noches enteras, encorvado, enfermo, tomando infusión tras infusión, la puerta custodiada por los guardias. Debemos tender la mano a ese Maillard, a la sombra que escupe una estrella de sangre en su camisa, a ese anciano de treinta años sobre el que ha pasado la Revolución, y que muere pobre y airado, entre dos pilas de papeles. Por supuesto, la prosa de Maillard es un poco vehemente, tal vez grandilocuente, pero apesta a verdad. Huele a exasperación, a impaciencia, y parece siempre amenazada por una suerte de

crisis. Y ese Maillard, ese anciano de treinta años a quien su esposa cuida en su piso, el anciano, el que escupe sangre, pero también el Maillard de combate, el Maillard de pluma tanto como de espada, ése es el que habla a todo el mundo, tanto a los hombres como a las mujeres, a los pobres, a los más humildes; y con todo eso, con el olor de la lámpara de aceite que satura la habitación, con el hililllo de sangre que se seca en sus labios, hay que remontarse hasta el Maillard del 14 de Julio.

Llevémoslo con nosotros, tomemos en nuestros brazos a ese Maillard enfermo, amargado, y trasladémoslo al joven de veinticinco años, del que se cuenta que era alto, y no encorvado, ojos soberbios y no amarillentos ni con bolsas, que llevaba el pelo oscuro recogido en una coleta y no alborotado sobre un viejo batín, que vestía un traje gris con anchos bolsillos y medias de seda multicolor; y una vez que ha entrado por entero el viejo Maillard en el joven, atravesemos con él el vacío, ese 14 de julio. Michel Béziers se ha partido la crisma, y he aquí a su vez a Stanislas Maillard haciendo equilibrios; la multitud no lo pierde de vista. Da un paso, otro, con gesto seguro, decidido, utilizando los brazos como balancín, un metro, dos metros, el espacio se ensancha, se dilata, tres, cuatro, cinco, seis, un hombre, Maillard, se aproxima por fin a la fortaleza. Alarga la mano, como en el techo de la Sixtina, y coge el papelito.

Hace el camino de vuelta muy rápido, sin vacilar, tiende el mensaje a Claude Degain, que está allí casualmente y no sabe leer. Se lo pasa a Élie. La multitud escucha. «Tenemos un montón de pólvora; haremos saltar el cuartel y la guarnición, si no aceptáis la capitulación de la Bastilla»; «¡Aceptamos!», grita entonces Élie, en uno de esos arranques generosos en que un hombre sustituye a los demás. Sonó un grito general. Una reprobación.

Fue un instante de fluctuación. No se deseaba una capitulación, en la que los asediados salieran con todos los honores. Se exigía una rendición pura y simple. El gobernador, acompañado de cuatro inválidos, descendió bajo la bóveda y extrajo una llave del bolsillo; seguía dudando. La multitud gritaba: «¡Bajad los puentes!». De Launay tenía la frente empapada de sudor, la mirada extraviada. Los suizos sentían que aquello era el fin, que iban a abrirse las puertas y que iban a arrastrarlos, atropellarlos, maltratarlos, quizá matarlos por una fuerza lógica e irrevocable. Aquello debió de helarles la sangre. Y no

obstante, en el fondo, querían ver a aquella gente, sus caras, sus ojos, la forma de su boca, a aquella multitud tan numerosa, a aquellos zapateros, pescaderos, a los que sin embargo conocían bien, cuyo deseo hoy parecía tan hondo; les parecía de repente no haberlos visto nunca.

Transcurrió un cuarto de hora. Un rumor incesante remolineaba en el aire como ciego. Al final, al ver que no pasaba nada, la multitud se apartó; se colocaron tras los cañones, dispuestos a hacer fuego de nuevo. En ese instante, aquello hizo mella bruscamente en el corazón de De Launay; exhausto, dio orden de que bajaran el puentecillo.

Cuando la plataforma chocó con el borde, fue como si dos lados del mundo se tocaran. De inmediato, Maillard, el pequeño Canivet, Degain, Tournay, Cholat, Élie, Hulin, Arné, Humbert, los hermanos Morin, todos se precipitaron hacia allí; pero la puerta de detrás del puente levadizo permaneció cerrada, se quedaron bloqueados. La aporrearon. Una mísera puerta seguía interponiéndose entre la multitud y la fortaleza. La Bastilla era ahora una simple casa a cuya puerta todo el mundo llamaba. Entonces, escena irreal, cual portero de noche a quien despiertan en un hotel y que bosteza, un inválido, ajeno a la retórica de las grandes ocasiones, entreabrió y preguntó cortésmente qué deseaban.

El diluvio

Fue un diluvio de hombres. Serían poco más de las cinco cuando la multitud irrumpió en la Bastilla. En el patio interior, los inválidos y los guardias suizos están en fila. Con los bolsillos repletos de clavos y de perdigones, los amotinados vociferan: «¡Abajo las armas!». Un oficial se niega a obedecer. Se arrojan sobre él y le arrancan el sable. Jean-Baptiste Humbert corre hacia la escalera de la izquierda, sube los escalones de cuatro en cuatro. La gran espiral de piedra le marea. Todo va muy deprisa; Humbert enfila cientos de escalones sin encontrarse con nadie, vuelve a bajar, a subir, escala la torre, y al llegar arriba, sin aliento, sobreexcitado, se percata de que está solo. Desde lo alto de la torre contempla la multitud que cerca la ciudadela; se ve gente por doquier, la ciudad entera afluye hacia la Bastilla. París quiere entrar. Siguen sonando disparos. El cielo está oscuro. Y Humbert está solo, solo en la cumbre del mundo. Lo ve todo, lo sabe todo, es el primer hombre.

Pero se acaba el sueño, Humbert divisa a un soldado agachado que le da la espalda. El suizo no lo ha visto, sin duda no sabe que se ha tomado la Bastilla. Humbert lo encañona lentamente. La punta de su fusil encara el espinazo del soldado. No le ve la cara. No es más que una sombra petrificada, una gárgola.

Humbert grita: «¡Abajo las armas!». El tipo se vuelve, perplejo. Tiene una carita afable. Deposita de inmediato el arma y asegura entre lágrimas que pertenece al estado llano, que lo defenderá hasta la última gota de su sangre y que no ha disparado un tiro. Humbert recoge su fusil y pone la bayoneta sobre el vientre del hombre. Una barriga es algo blando, redondo, repleto de

vísceras, tripas, con ellas se pueden preparar salchichas para un regimiento. Está llena de protuberancias y convexidades, de cavernas, de gas, llena de tubos, de bolsas, de curvas, de epigastrios. Pero Humbert no es hombre sanguinario. Ama a su prójimo y no es feroz. Confisca al soldado su cartuchera, y se vuelve rápidamente hacia el cañón con el fin de derribarlo de su cureña para impedir que se utilice. Todo sucede en unos instantes bajo un pesado baldaquino de nubes. El suizo no se mueve. Humbert no lo pierde de vista. Pero en el momento en que se inclina sobre el cañón, el ojo pegado a su carne oscura, una bala procedente de otra torre, reventando el aire con su envoltura negra, le atraviesa la nuca. La parte inferior de su rostro se crispa, parece pequeñito y tan frágil de pronto; se le enrojece el cuello, y algo muy potente le frena, le empuja, le atrapa. Cae. Su cabeza golpea la piedra, sueño negro, se rompe un hilo, el dolor se repliega en su interior, muy adentro, húmedo y caliente. Despierta poco después en los peldaños de la escalera. El suizo lo sacude por los hombros, la herida sangra mucho; lo ha llevado hasta ahí. El rostro fulgurante de calor, ambos hombres se miran. El soldado le desgarra la camisa para vendar la herida.

Corrían en todas direcciones. Cada uno tomaba el camino más corto hacia la verdad. Rossignol subía a otra torre. Mientras ascendía, vio una celda cerrada y descorrió el cerrojo. Encontró allí a un joven, un hombre guapo, pero muy pálido. ¡Qué gusto poder sacarlo de allí! Rossignol regresa a la escalera, loco de alegría. Al llegar arriba se topa con un panadero, Morin. Él y sus hermanos giraban los cañones. Hacían aquello como cualquier otro trabajo, arremangados. Puede que uno de ellos tuviera una colilla en la boca. Otro escupía al vacío. El animal es pesado, pero consiguen hacerlo deslizarse. Entre la lista de vencedores, aparece un Morin, panadero, pero no se sabe nada más de él. Tan pronto asoma en lo alto de la torre, se disuelve en el azul. Debajo de él, en la lista, hay otro Morin, zapatero. Tal vez sea uno de sus hermanos. Tenía treinta años. Procedía de Énoque, pueblo cuyo nombre, sin duda mal entendido o quizá simplemente mal escrito, nos hace soñar con grandes ríos o bondadosos patriarcas. Pero también a él, exceptuando su minúsculo currículum, se lo traga la noche.

Y ahora imagino a Delorme, el negro; en medio de la multitud, entra en la Bastilla. Él también corre, se pierde por los pasillos, penetra en los calabozos.

El humo de las carretas, que siguen ardiendo, asciende hasta lo alto de las torres. Asoman cabezas a las escasas ventanas del edificio, como demonios saliendo de su guarida. Abajo, llegan hombres de todos los suburbios. Reaparece el sol. Las caras arden, la ropa está mugrienta. Ya nadie se reconoce. Es demasiado bonito. En los jardines, los matorrales gimen bajo su capa de polvo. El viento azota los árboles. ¡Dios, qué hermoso es el mundo, visto desde arriba! Se levanta viento. El cielo se desploma. Hay cadáveres en el patio. ¡Qué hermoso es un rostro!, mucho más hermoso que la página de un libro; los sentimientos surgen en él por doquier y se apagan. Pero los muertos son tristes, intimidantes. Noventa y ocho muertos e innumerables heridos yacen sobre las angarillas improvisadas, las mesas de las tascas aledañas o alrededor de las iglesias. Sólo han quedado algunos nombres, pequeños fragmentos de vida fósil: Begart, Boutillon, Cochet, Foulon, Quentin, Grivallet, Poirier, David, Falaise, Rousseau, Gourni, Ézard, Desnous, Courança, Blanchard, Levasseur, Sagault, Bertrand, Essaras, Aufrère, Renaud, Gomy, Dusson y Provost.

En cambio, las muertes de Flesselles, preboste de los comerciantes, que se daba pisto en el Ayuntamiento, y del gobernador de la Bastilla, De Launay, a quien el pueblo linchó esa misma noche, están perfectamente documentadas. Sobre la muerte del gobernador queda el interrogatorio de François Desnot, cocinero. Sobre la de Flesselles, queda la declaración del sepulturero de la iglesia Saint-Roch y una información de oficio. Desafortunadamente para él, el tiempo ha conservado otros documentos. Una declaración del director de la manufactura de armas de Charleville nos revela el ofrecimiento de doce mil fusiles que se le hizo el 13 de julio, a eso de las cuatro de la tarde, pero el alcalde de París no le dio curso. Sin embargo, a lo largo de la jornada del 14, el pueblo le reclamó armas y el bueno del preboste de los comerciantes no cesó de prometérselas, lamentando no disponer de ellas. Eso retrasó considerablemente la toma de la fortaleza y causó numerosos muertos.

Pero con el fin de que la barca acabe de llenarse, agreguemos esa carta de la casa del rey, quien, el 11 de diciembre de 1789, anuncia a la marquesa de De Launay el pago de una pensión de tres mil libras, *habida cuenta de las desdichas y las pérdidas que hubo de sufrir el 14 de julio*. Y por lo que respecta a Flesselles, se conserva igualmente ese atestado del precintado de su palacio de la rue Bergère, y su casa rural del Marais, lo que nos da una pequeña idea de lo que perdía al exhalar su último suspiro. Pero, acerca de eso, cabe consignar también la última ofuscación para quienes no gozaron de tales favores, esa decisión del rey que, el 6 de marzo de 1792, concederá a la

viuda del preboste de los comerciantes una gratificación de cuatro mil libras, *habida cuenta de su triste situación*.

* * *

Ocho meses después, el 23 de marzo de 1790, hacia las ocho de la mañana, Marie Bliard abandona la rue des Noyers, en Maubert; hace frío, un chal le cubre los hombros. Pasa por delante de Saint-Séverin y por el puente Saint-Michel, y se presenta en el despacho del comisario Duchauffour, en la rue Saint-Louis, cerca del Palais. Las comisarías sin duda han cambiado, desde luego, pero en las instituciones se perpetúa siempre un pequeño aire de familia, un modo de vida, un folclore. La hicieron esperar en un tosco banco. El tiempo se le hizo largo. El yeso se desconchaba encima del mostrador, un ordenanza vegetaba sentado en su silla.

Por fin la llamaron, le había llegado el turno. La hicieron entrar en un pequeño despacho, donde un tipo gordo la invitó a sentarse. Llevaba una mala bata de sarga negra, sucia y agujereada. Era el escribiente. Le pidió que declarara su apellido, nombre de pila y condición; a continuación le preguntó cuál era *el objeto de su visita*. La mujer comenzó a hablar, con su lengua de comadre, a narrar la historia en desorden, es decir, su orden personal. Narró su vida, y pasó al martes 14 de julio, pues el señor se impacientaba. Habló entonces de su compañero François Rousseau, farolero. Era un buen hombre, no tenía queja de él. Salió por la mañana, el día de la toma de la Bastilla, fue al barrio de Saint-Antoine. Al oírlo, el escribiente se alza las antiparras y la interrumpe. Quiere saber para qué había ido su marido a la Bastilla. ¿Pensaba sumarse a los sublevados? Pasa una sombra ante la ventana del despacho. Marie Bliard no sabe muy bien qué contestar; de pronto no se siente muy a gusto en el despacho del comisario. Balbucea. Su marido tenía que hacer un recado en el barrio de Saint-Antoine, le han dicho que entró en el patio de la fortaleza, arrastrado por la multitud quizá, o para ver qué pasaba; no ha vuelto a verlo.

El escribiente abre una carpeta. Silencio. Hojea un expediente. Marie Bliard se queda quieta, como si tuviera que permanecer inerte, no hacer ruido,

ni el menor movimiento, estar como muerta, mientras el señor inspecciona sus entrañas. Alza y baja varias veces las gafas, luego levanta la nariz y, con voz lenta y fría, le pregunta por qué ha tardado tanto en presentarse. Marie no lo sabe; acaba de enterarse de que a lo mejor puede cobrar una pensión. Desde que desapareció su marido, la vida no es fácil, una ayuda no le vendría mal.

El caso no le hará ganar más de veinte sueldos, el escribiente no tiene, pues, que perder el tiempo. La deja un momento a solas. Ella descansa los puños cerrados sobre las rodillas; no se mueve. En el patio ladra un perro. Oye abrirse y cerrarse las puertas. Luego vuelve el escribiente, sostiene una hoja en la mano, ella observa que tiene las uñas manchadas de tinta. El hombre le explica que es un atestado del año anterior; a eso de las nueve de la noche, el 14 de julio, tres particulares llevaron al Châtelet dos cadáveres. También ellos pretendían haber entrado en el patio del Gobierno empujados por la multitud, en el momento en que cedía el puente levadizo. Allí, vieron dos muertos y los trasladaron primero al Ayuntamiento y luego al Châtelet.

Los tres particulares se llaman Jacques Collinet, sombrerero, domiciliado en la rue Saint-Nicolas, Giles Droix, sombrerero, domiciliado en la rue des Filles-Dieu, y Jean Varenne, impresor en papel en la pequeña rue de Reuilly. El escribiente alza los ojos por encima de las gafas; ¿los conocía su marido? Ella no sabe nada. El escribiente prosigue: el primer cadáver, de los dos que depositaron en el Châtelet, es de un hombrecillo calvo, vestido con calzón de ratina gris, zapatones, camisa de tela gruesa, chaqueta de paño verde oliva, chaleco de algodón blanco. Tenía una larga herida en el costado y el pulgar de la mano derecha arrancado. La descripción era escueta, técnica, y sin embargo Marie Bliard adivinaba una figura tumbada bajo las bóvedas oscuras del Châtelet, un cuerpecillo muerto al que esa descripción confería una suerte de vida secreta. El escribiente se pellizcó el bigote y dijo que el hombre había sido identificado y se llamaba Falaise. Luego pasó al otro cadáver. A Marie Bliard comenzó a palpitarle el corazón. *De sexo masculino, unos cuarenta y cinco años de edad. Vestido con medias de lana acanaladas grises, calzón blanco*. Y a partir de allí, no oyó nada, el inventario quedó relegado al silencio, en un apagado zumbido. Era como si le balbucearan toda su vida, los veinte años que había vivido con su marido, la mísera vida que llevaban en la rue des Noyers, el trabajo, la criatura fallecida a temprana edad, las dificultades, los minúsculos momentos de dicha, los paseos por los Porcherons, todo ello era expuesto ahora a retazos, con voz monocorde, como si de ese modo quisieran sustraérselo. Recordaba las medias que le había hecho, el calzón comprado en las Misères, en los muelles, los zapatos atados

como habían podido con cordones viejos, la chaqueta de lana gris, el pañuelo de algodón encontrado en el puesto de ropa usada y, en el bolsillo, la llave maestra que François llevaba siempre. Y el escribiente seguía recitando su poema: chaleco de algodón blanco, sombrero con escarapela, camisa de tela gruesa, y cuanto más se alejaba el cuerpo real de François Rousseau, más se disolvía en otra cosa. No era ya ni un cadáver, ni siquiera un nombre, se trocaba en un objeto, unas líneas en un registro, un algo que se quería clasificar, catalogar, para liquidar el asunto. Miró por la ventana y no vio nada, sólo la pared de enfrente, y al ordenanza, que fumaba al fondo del patio. Y sin interrumpirse, el escribiente pasó de la ropa a las heridas, como si aquello formara parte de un catálogo, como si no hubiera diferencia entre un viejo pañuelo y una herida mortal, entre un chaleco que se arroja a la basura y un cadáver que se baja tambaleando en unas parihuelas a los calabozos del Châtelet.

Unas balas le habían atravesado la garganta. En el atestado no constaba nada más. De repente, Marie vio la sangre en la herida. Le pareció verla, poder tocarla. El cuello de la camisa comenzó a apretarle el cuello, y se recompuso la cofia, que le oprimía la frente. Se retorció una punta del delantal. El escribiente había tomado la pluma y la había mojado en la tinta. No se molestó en gastar otra hoja, comenzó a rellenar una estrecha columna en el margen del atestado. Trazaba extrañas líneas sinuosas, a toda prisa. La mujer oía su uña rascando la hoja. Era un hombrecillo rechoncho de cabello ceniciento. La tinta era muy negra y su escritura finísima. Una vez que hubo copiado la fecha y *ante nos Consejero del Rey*, escribió, tachó tres palabras y puso cara de malhumor. Prosiguió: *ha comparecido Marie Jeanne Bliard, viuda de François Rousseau, farolero, domiciliado en París, rue des Noyers n.º 17*. Y de súbito, todo quedó atrapado en los hielos. Su nombre, el de François, su oficio de farolero, el piso de ambos, con un trazo de pluma, fueron vaciados, despojados de sus vísceras. Tan sólo quedaban ya las palabras: viuda, farolero, domiciliado. La máquina proseguía, *quien nos declaró que el 14 de julio, día de la toma de la Bastilla*, y conforme el escribiente transcribía sus palabras, una lengua oscura se adueñaba de ellas, las cubría de tachaduras, las troceaba, las privaba de toda vida. No era ya François al que habían matado; era otro, que ella no conocía. Y ahora llegaba el momento fatídico, las palabras del escribiente descendían lentamente los peldaños fríos de la escalera, se oían sus pasitos secos en las baldosas. Luego el hombre se detuvo, recobró el aliento, alzó la mortaja y recitó cada sílaba retranscribiéndola: *el se-gun-do par-ti-cu-lar, cu-ya des-crip-ción del ca-dá-*

ver; en ese momento, a Marie Bliard se le paralizó el corazón; le pareció que la habitación era inmensa, y al instante muy pequeña, que la palabra *cadáver* se hallaba allí, entre los papeles. Sintió que ascendía en ella una pena profunda; pensó en la niña que habían tenido, los dos, y que había muerto también; y se sintió de pronto muy sola, tan sola como *Marie Jeanne Bliard, viuda de François Rousseau, farolero, domiciliado en París, rue des Noyers n.º 17*, se sintió tan sola como un cadáver de farolero en los calabozos del Châtelet, y fue como si todo lo que había amado se hallase presente allí, en el atestado, y fuera a dormir siempre allí, en unas líneas secas, escritas a toda prisa por un comisario de policía. La recorrió un escalofrío. Se le agarrotaron los labios. Alzó la cabeza. Fijó, aterrada, la vista en el hombre que tenía enfrente. No la veía. Escribía.

Lluvia de papeles

Cae la noche. Innumerables multitudes suben a las torres de la Bastilla. Nos quedamos mudos, sobrecogidos. El cielo ya no nos abruma. Canivet está sentado en la barandilla, silencioso frente al vacío. El muchacho quiere ver el Sena, las aguas oscuras. Intenta reconocer los monumentos, señala con el dedo Saint-Eustache, Saint-Gervais. ¿Eso es la iglesia de Sainte-Geneviève?, pregunta. La altura embriaga, desconcierta. Todo está allí, ante él, dédalo de calles, meandros, arterias oscuras, abiertas en la roca. Lo ve todo, pero no reconoce nada, como Moisés en su montaña. Le corren regueros por el rostro. Unas parejas se asoman, unos jóvenes se divierten y se asustan dándose empujones. Se aman, se besan en la boca. Las mujeres se sueltan el pelo. ¡Y eso son las luces de la Courtille! ¡Y eso las de la Butte-aux-Cailles! En realidad, no son los monumentos que admiran, no son los grandes edificios que sus ojos buscan ávidamente en la oscuridad; los adivinan apenas, una cúpula, un campanario, una aguja; no, lo que descubren es lo que se ofrece de repente, son los tejados entremezclados, las fachadas irregulares, una urdimbre de callejas impenetrables, un bosque de chimeneas, de buhardillas, su ciudad; ella es la que contemplan pasmados, la que han levantado con sus manos. Entonces se ríen, se ríen, disparan al aire; cada cual cuenta lo que ha visto, repiten indefinidamente los mismos episodios, pequeñas heroicidades o momentos de pánico. Miles de relatos crepitan, circulan, se abultan. Cuando Rossignol intenta al final bajar, resulta imposible porque el tropel sube sin

cesar, la gente no deja de subir, se diría que París entero se ha dado cita en lo alto de la fortaleza.

Y lo saquean todo. La destrucción de la Bastilla comienza de inmediato. Lanzan las piedras al vacío; la parte superior de las torres es cercenada, roída. En unas horas no se asemeja ya a nada. Son arrojados los muebles, las ropas desgarradas, rotos los espejos, todo es destruido, saqueado. ¡Qué grato es deshacer y demoler! Nadie piensa en el mañana. ¡Quieren derribarlo todo, tirarlo todo, dañar, trastocar, estampar! Y el gusto que da, un gusto inconcebible. ¿Que no se puede pagar el alquiler?, ¡pues a hacer puñetas todo!, y allá va un sillón destripado, una mesa sin patas, un espejo tuerto, un candelabro manco, un orinal lleno de heces. ¿No tenemos bastantes cuartos para comer?, ¡pues a tomar viento!, bailamos descalzos, nos apretamos el cinturón, follamos, empinamos el codo. Feseleaux juega a las cartas en una celda; Lefebvre gargajea religiosamente en un moquero que le ha *tomado prestado* al gobernador; Chorier mea por la ventana; Navet se prueba ropa, se enfunda chaquetas, se encasqueta sombreros, desfila ante el espejo, se contempla; Leroux se echa unas carreras por los pasillos; Louise hojea el correo del teniente de la Bastilla y pone a fundir un sello de cera que llueve sobre el entarimado; Marguerite pasea pelucas prendidas en el extremo de una pica; Marie se enfila argollas de hierro de los reclusos; Pierre-Pierre arroja un corazón de manzana; Hue se ha puesto las antiparras del gobernador y se da contra las paredes; y Tronchon lee en voz alta un libro vuelto del revés. Todo el mundo está ahí y pierde la cabeza, se divierte.

Pero aquello fue también muy serio. Se hicieron por fin con la pólvora. Cada cual cogió la que quiso. Aquella misma noche el pueblo entero estaba en armas. En las cuatro esquinas de la ciudad, la gente repetía que se había tomado la Bastilla, que sus puertas estaban abiertas. El júbilo prendió en todo el mundo. Descargas de artillería celebraban la victoria. Hubo una semana de festejos públicos, de abrazos fraternales. Y la noche del 14 de julio fue sin duda la más agitada, la más feliz, pero también la más atormentada que haya conocido ciudad alguna. Se encendieron farolillos en todas las ventanas. Advirtieron a todo el mundo de que no se acostara. La alerta fue general. El pueblo celebraba, pero se mostraba irritado, amenazador. Hacia la medianoche, grupos de hombres recorrieron las calles al grito de: «¡A las armas!», organizando un jaleo infernal. El júbilo se confundía con la alerta. Todavía se temía la llegada de las tropas reales, había que prepararse, buscarse. Los grupos llamaban a todas las puertas, golpeaban las ventanas, hacían tintinear los letreros y tambalearse las marquesinas. Entraban en las

casas y reclamaban a todos los hombres, las armas pasaban de mano en mano, arrancaban las verjas para hacer picas. Todo París estaba en pie. De nuevo, sonó el toque a rebato. Se disparaban cañonazos. Y se arrancaron trozos de acera, adoquines, las calles quedaron muy pronto patas arriba y al poco la ciudad entera se llenó de barricadas y atrincheramientos. Se derribaban viejas carretas. Se arrojaban dentro toneles, mesas, armarios rotos. Detrás se juntaban piedras, chatarra, utensilios de toda suerte para abrumar a los soldados. Mujeres armadas desfilaron con sables y espetones. Los burgueses estaban amedrentados. Jamás habían pasado una noche tan terrible. Gentes de oficios humildes, parados, vagabundos, deambulaban a la luz de las antorchas. La calle era de todos. Se forjaban picas, se fundían balas. Los guardias franceses ocupaban las barreras. Desnudos de cintura para arriba, acodados en una mesa arrojada fuera, fumaban, bromeaban. Había sombras agazapadas en el campanario de Notre Dame, en los tejados, y vigilaban, al acecho.

Las tropas del rey se retiraron en silencio. Y aquella noche las marquesas durmieron fatal, los libertinos no acudieron al lupanar y las carrozas permanecieron en la cochera. Se asaron sardinas en los escalones del Ayuntamiento, se desplazaron las mesas. La gente irrumpió desde todos los suburbios al centro de la capital; llegaban incluso de más allá, venían de Gonesse, de Sèvres, de Montrouge. Los fosos de la Bastilla estaban ahora sembrados de despojos, patas de mesa, puertas de armario, astillas de maderas insólitas, palanganas de loza, cajas de polvos, cepillos y peines, jirones de ropa. Una inmensa alegría se apoderó de la ciudad. La gente bailaba, cantaba, se reía. Los testimonios de ese día hablan de un ambiente delirante, exuberante, nunca visto. El júbilo. No se da todos los días, el júbilo. Y se expandió por doquier, ascendió por las avenidas, las calles serpenteantes, las escaleras ruinosas, penetró en los desvanes, saturó el río, hundió las puertas, cortó los puentes.

Hacia las nueve de la noche, en el Ayuntamiento, el marqués de La Salle, comandante de la milicia burguesa, pasó *bajo las bayonetas* y recibió sonriendo a *los vencedores de la Bastilla*. Después de abrazarlos y colmarlos de cumplidos, les pidió que desvelaran sus nombres. Gran número de ellos se negó a identificarse. Entonces, los electores, Éthis de Corny quizá, y Poupart

de Beaubourg, ahora intrépidos, indolentemente acodados en la falleba, los alentaron a que se dieran a conocer. Comoquiera que insistían, los amotinados comenzaron a alejarse, recelosos, esquivos. A decir verdad, los comprendemos, algunos vencedores serían colgados, acusados de sus *excesos*, apenas fueron incluidos en las listas del Ayuntamiento. Por más que el marqués de La Salle llamara amablemente a los hombres que se alejaban intentando hacerlos volver, en tono paternal, tartufo y santurrón, éstos se escabulleron por las callejas. Y así, los hombres escapan del patíbulo como escapan de los libros de Historia.

* * *

Cuentan que, al concluir la jornada del 14 de julio, llovió. No estoy muy seguro. Existe división de opiniones. Lo que es indudable es que hubo una lluvia de papel. Volaron toda suerte de archivos judiciales, registros, demandas no atendidas, libros de cuentas, que se vio planear, revolotear, depositarse en los tejados, en el barro, sobre los árboles, en los sucios fosos de la fortaleza. Los curiosos observaban aquellas brazadas de hojas y de cuadernos arrojados por las ventanas. Parecían una especie de limosna, de ofrenda superflua e inútil. Caían los libros y nevaban las hojas.

Deberíamos abrir más a menudo las ventanas. De cuando en cuando, así como así, de improviso, mandarlo todo a hacer puñetas. Sería un alivio. Deberíamos, cuando se nos encoge el corazón, cuando el orden nos envenena, cuando el desasosiego nos asfixia, forzar las puertas de nuestros Elíseos irrisorios, donde los últimos vínculos terminan de pudrirse, y birlar las carteras, camelar a los alguaciles, morder las patas de las sillas y buscar por la noche, bajo las corazas, la luz como un recuerdo.

Sí, a veces, cuando el tiempo es demasiado gris, cuando el horizonte es demasiado mortecino, deberíamos abrir los cajones, romper los cristales a pedradas y arrojar los documentos por la ventana. Los decretos, las leyes, los atestados, ¡todo! Y todo eso caería, se vendría abajo lentamente, llovería sobre la calle. Y revolotearía en la noche, como esos papeles grasientos que, después de la feria, se arremolinan bajo el tiovivo. Sería bonito, y divertido, y

regocijante. Los miraríamos caer, felices, y deshacerse, hojas volantes, muy lejos de su temblor de tinieblas.



ERIC VUILLARD, nació en Lyon (Fracia), el 4 de mayo de 1968. Es un escritor, cineasta y guionista francés.

Publicó su primera novela en 1999, *Le Chasseur*. Posteriormente dos libros poéticos, *Bois vert* y *Tohu.* En 2009, publicó la novela épica *Conquistadors*, y en 2017 ganó el premio Goncourt con *L'Ordre du jour*.

La mayor parte de sus obras tienen, como marco de referencia, hechos de carácter histórico: la caída del imperio inca (*Conquistadors*), la revolución francesa (*14 Juillet*), la conquista colonial de África (*Congo*), la Primera Guerra Mundial (*La Bataille d'Occident*), la Alemania nazi y la anexión de Austria (*El orden del día*).

Realizó en 2008 un largometraje, *Mateo Falcone*, que es una adaptación de la novela corta de Prosper Mérimée. La película fue presentada al festival de Turín y al festival Premiers Plans de Angers, en 2014.

Vive actualmente en Rennes.

Éric Vuillard

14 DE JULIO

Lectulandia